



TERCER

LIBRO



---

Dos clases de personajes luchaban en Sihuas por ser los más importantes: los hombres y los caballos. Frente a ellos, los demás estaban descalificados, en especial los burros medio cubiertos por la carga y subiendo penosamente las cuestas. Las llamas no contaban, sólo las vi de paso una vez, cuando encarecieron mucho los burros y cruzó una piara de ellas, cargadas de metal o quizá de carbón; y tampoco las mulas, que si bien eran más fuertes y a veces más caras que los caballos, jamás los igualaban en belleza, porte o elegancia. Un potro despertaba más admiración que una mula; aun entre los niños corría la historia de que algún burro pecaminoso y alguna yegua perdida se habían encontrado en la sombra, y de ese oscuro cruce de caminos había nacido la mula. Y los bueyes, idiotas y perezosos, tampoco llamaban la atención, y así era con los cerdos, cuyes y gallinas; existían sólo para servir a alguien, como los pobres en una casa rica.

En cambio, montar a caballo era como subir al techo de una casa, sentir la tierra moverse en un dulce temblor, abrirse ella y girar en abanico por el turno de los viajes. El ritmo de los cascos era el caer de unas gotas de agua, el tañido de una campana metida en la carne, o un simple golpe en la tierra, como las pisadas de un hombre que alguna vez había avanzado de cuatro pies y ahora estaba arriba, de jinete, oliendo la hierba dentro del animal y de sí mismo. Y cuando el jinete volvía de la chacra, a medio galope, y desmontaba para reunirse con la familia y entregaba las alforjas llenas de comida o fruta, sólo entonces el animal se despedía con un relincho, y se iba a dormir entre pasos que eran gotas de agua sobre campanas.

Con el viaje definitivo a la costa murió esa armonía, ese reinado de los jinetes. En el tren de Huallanca, y luego en el camión de mudanza, no hubo sitio para los caballos, árboles o perros. Subimos huérfanos. Las

bestias quedaron proscritas de la ciudad, y en vez de potreros o establos, se construyeron garajes para los todopoderosos coches que dominarían las calles. La gente

---

olvidó que los caballos eran tan delicados que podían vivir también en casas frágiles; no había sino que recordarlos montados por mujeres, niñas o ancianas, a quienes cuidaban como con guantes, arrimándose a los pedrones del camino para que ellas subieran fácilmente a la montura, o pasándoles el coraje a través de la sangre, si las ganaba el miedo por los grandes viajes que hacían rodar el mundo.

## 22

En medio de sus idas y vueltas a la escuela, y de sus largos paseos con Andrés por la campiña, llegó el 10 de marzo, fecha de su cumpleaños. A la hora de almuerzo vio en la mesa, frente a él, un paquete ancho y pesado. Un año antes se habían olvidado de ese día y él se fue a pasear solo por el río, tratando de añadir su propio olvido; pero acabó llorando. Por eso la sorpresa fue aun mayor. Al romper bruscamente la envoltura (ademán que le quedaría para el resto de su vida) y caer pedazos del papel multicolor, tuvo que abrir bien los ojos. No sólo era un libro de verdad, sino que pesaba, tenía buen tamaño y estaba bien encuadernado; sin importarle que fuera usado, se levantó en seguida y fue a besar a papá y a mamá con auténtico agradecimiento. Luego hubo un silencio que nadie rompió. Papá dijo: "Por los diez primeros años de Pablo, salud", y brindó con el ponche. Pablo se relamió de gusto y se portó bien, sin discutir con nadie.

Al término del postre (los huevos a la nieve también le gustaban) se quedó solo, revisando el libro. Era el único realmente bueno que tenía; los demás eran simples folletos no reclamados en el correo. El maestro Goñi tenía un libro que cambiaba según los cursos, pero se los guardaba para sí y jamás nadie se atrevió a pedirse-los prestados; y además, tampoco existía una biblioteca en la escuela. Solamente Luis Quesada y Modesto Príncipe, dos chicos ricos de la clase, decían tener muchos libros en casa, pero nadie se los había visto.

---

La tapa era roja, y los adornos dorados consistían en grupos de líneas repetidas y paralelas, de arriba abajo; en el lomo, medio gastado, se veía claramente el título en letras que parecían de oro: "Estampas de la guerra con Chile". En seguida pensó en la posibilidad de que ahí se dijera algo del paso de las tropas del general Cáceres, no lejos de Sihuas, rumbo a Huamachuco, tal como le había oído decir al maestro; impaciente, y desconociendo aún que primero debería buscar el índice, se puso a hojearlo. Le gustaron más todavía los dibujos de personajes, quizá presintiendo que lo acompañarían en el futuro, como si fueran reales; y luego le interesó lo que representaban, una lucha desigual en que los peruanos, especialmente mujeres, niños y ancianos, sufrían tormentos y muertes tan crueles que le hacían abrir la boca, absorto, latiéndole el pecho, como si por una ventana viera las matanzas sin poder dar un grito.

Tenía permiso para no ir a la escuela. A nadie le extrañó que no saliera, hojeando el libro varias veces, hasta cansarse. Ya en su cuarto empezó a leer las breves historias, cada cual ilustrada por un dibujo. Sin saberlo, ya era hora del lonche y así lo confirmó un grito de mamá. Tomó el café con leche y los panes con mantequilla lo menos rápido que pudo y se levantó con los demás, dominando su impaciencia. A las nueve, otro grito de mamá: debería acostarse; era la primera vez que leía por un ojo y se desvestía ayudándose con el otro. Un grito final le hizo apagar la luz; pero las escenas seguían dándole vueltas, la guerra metida no sólo en los campos de batalla, sino en los hechos diarios, por pequeños y domésticos que fueran. Y ahí estaban familias enteras como la suya, con sirvientes como Leoncia, y de súbito la tropa enemiga irrumpía por el zaguán como el viento y desencadenaba su odio por cualquier nimiedad. ¡Ah, pero también los peruanos, aun los chicos y las muchachas, se vengaban salvajemente, garganta por garganta, puñal por puñal, y así, en conjunto, la guerra parecía un pozo negro y vacío mirando el cual no se comprendía a los adultos! ¿Qué buscaban, dónde estaba el provecho? Y pensar que una parte de eso había sucedido por estas sierras, las de Junín, Lima, Huánuco, Ancash y La Libertad, donde ya nadie hablaba de ello. Y

---

para remediar el olvido estaba ese libro.

Desde el día siguiente, con el menor pretexto, demostró que sabía cierto tema de la historia nacional, lo que provocó aplausos en sus compañeros de clase. Cuando acabaron por llamarlo "Calvo y Pérez", supo que su intención había sido tergiversada. Optó por hablar sólo con personas mayores y en la ocasión debida, en las visitas de amigos de familia, o en las fiestas patronales. En cuestión de semanas se extendió por el pueblo su fama de juicioso, para sorpresa de papá y David; pero también, a fin de no olvidar las anécdotas del libro, le contaba a Andrés una anécdota tras otra, y menos mal que éste le oía embobado. "Tú vas a ser Recavarren", le dijo un día, como si lo bautizara por una orden militar; "pero vas a llegar a tiempo a las batallas. Para vencer, tienes que ayudarme y llegar justo a tiempo ¿entendido?". "Sí, mi coronel", dijo Andrés, cuadrándose. "Coronel fue Bolognesi, yo soy general", dijo Pablo.

Desde entonces le nació la costumbre de mirar si tenían libros en las casas donde entraba y le asombró descubrir que en la mayoría de ellas, como en la del propio tío Javier, no había uno solo. Elena leía Purrete y los tiraba por la alfombra, si bien en los altos, en el cuarto de Shesha, halló títulos más interesantes; números saltados de Para ti, Leoplán y Maribel (lecturas para hombres, mujeres y niños por igual), viejos ejemplares de El Comercio, La Crónica y Buen Humor, diagramas y dibujos de Billiken, para construir juguetes y toda clase de objetos de papel o madera. En casa del señor Príncipe, vio una Historia del Universo en un tomo grandote, pero la parte dedicada a América Latina y al Perú era muy chiquita; esa injusticia le disgustó. Y nada más, excepto los libros que exhibía el maestro Goñi, pasándolos bajo las narices de los alumnos, como si fueran perfumes, sin prestárselos a nadie.

Un día en que el maestro había tardado en volver al salón después del recreo, pudo leer en la carátula qué dirección del ministerio de Educación los enviaba a Sihuas; por la noche ya había escrito una carta pidiendo libros para los alumnos, no sólo para el maestro, y

---

firmado como Norberto Cáceres, pues explicó muy claro que temía usar su nombre. Un mes más tarde, aparte de un delgado paquete para el señor Goñi, llegaron dos gruesos para don Norberto Cáceres, Clase de segundo de primaria, Escuela fiscal N° 293, Sihuas, Pomabamba.

– ¿Cómo, tienen ustedes un nuevo maestro? – preguntó papá al abrir juntos la valija.

– Yo se lo entregaré –dijo él.

Menos mal que David no solía ayudar a papá en ese trabajo, tan grato para Pablo por las novedades de toda valija, la variedad de cartas y encomiendas, las otras valijas pequeñas dentro de la grande, los rollos de revistas, y sobre todo, los periódicos últimos, de hacía una quincena, que papá y él leían por turno.

Por la mañana, llegó el primero, y sudando, a la escuela, y subió a los altos, adonde no subían sino los del cuarto y quinto año. Esperó al director sentado sobre los dos paquetes. El director, un hombre amable y recién llegado al pueblo, oyó sonriendo la historia de los paquetes dirigidos a la clase del segundo año, si bien en el ministerio habían equivocado el nombre del señor Goñi; pero si los devolvían, dijo Pablo, perderían los libros, y si el director pedía que los enviaran al maestro Goñi...

– Si vienen a su nombre, se los queda –dijo el director–; eso ya lo sabemos. Pues entonces yo escribiré agradeciendo el envío y pidiendo que en adelante los manden al cargo de director, pero de ninguna persona en particular. Así los distribuiremos entre todos. ¿Qué te parece?

– Justo lo que iba a pedirle –dijo Pablo, feliz de hallarse ante un hombre inteligente.

Ese fue el comienzo de la biblioteca escolar: las pilas de libros de texto, según materias y grados de enseñanza, detrás de la figura móvil y nerviosa del maestro. En cuanto faltaba un tomo, subía a hablar con el director, y sin acusar a nadie, obtenía de él una carta que llevaba cumplidamente al correo, pidiendo el volumen.

Sí, crecía el estante de libros, pero ninguno se refería a Sihuas o Chimbote, ni generalmente a Ancash; y cuando, en la calleja del mercado, mirando entre montones de papas y zanahorias, compró un folleto

---

sobre las ruinas de Chavín de Huantar y otro sobre el Museo de Historia de Huaraz, le dolió profundamente que la tipografía y la carátula fueran tan feas, mal impresas y llenas de erratas.

Al dejar Sihuas con su familia, por primera vez hizo el balance de una época. No les había ido mal. Papá había ascendido y ganaría mejor en Caraz, ciudad mucho más grande que Sihuas y con un colegio, el Dos de Mayo, del que todos hablaban y donde se matricularían David y Pablo. El primero repetiría el año, quedando rezagado por el camino y con la estúpida satisfacción de Pablo por haberlo vencido, pero también con la soledad como una eterna sed en los labios, sin un compañero a su lado.

En la madrugada oscura y azul, conforme los cuatro jinetes de la familia subían por la cuesta de Agocirca, de antemano envueltos en ponchos de jebe para la futura e inescapable lluvia, Pablo lamentó asimismo el no haber aprendido quechua, así fuera para despedirse mejor de Andrés, que siguió a pie la caravana hasta la puna de Cahuacona. Buena parte de la zigzagueante cuesta la subió cogido de la cola del caballo de Pablo, inclusive acariciando a ratos el animal. Pablo quería decirle muchas cosas; era el primer amigo de su vida, le había puesto el campo en la mano, le había quitado el miedo cervical a arañas y avalanchas; pero el castellano de Andrés era escaso, y Pablo ignoraba el quechua. Sólo se sentían juntos, como al ponerse espalda contra espalda, mutuamente protegidos y reconfortados por una especie de fuego contra el frío. Cuando la luz fue brotando en la línea irregular de cerros, y desde ahí creció como una vasta mirada, blanca y azul, los cascos de las bestias rompieron los primeros tramos de escarcha. Ahí empezaban la puna y la despedida.

– Acá mismito mi voy –dijo Andrés. Les dio furtivamente la mano y se fue, guardando, como un tesoro, el billete de diez soles que le regaló papá.

Ahí quedaba ese pequeño condenado a servir para siempre a un ogro. No había podido decirle que luchara contra Javíborá. Siempre había relegado el aprendizaje del quechua, suponiendo que habría ocasión para todo, nos quedaremos en Sihuas mucho tiempo y esas cosas; pero tras los deberes de la escuela, venían los meses

torpes y satisfechos de las vacaciones, en que, aparte de dormir más, David y él se la pasaban viajando por haciendas vecinas, cuyos dueños, siempre alejados de sus fundos, habían dado la orden, menos mal, de atender a los hijos del telegrafista. Andrés no estaba originalmente incluido en las excursiones, pero mamá lograba de vez en cuando que tío Javier le diera permiso para acompañar a los chicos. Entonces, en las viejas casonas abandonadas, entre cerros de piel rugosa, verde o negruzca, en sitios de milagro o maldición, los peones cuidadores, sus hijos y perros salían a darles la bienvenida. Los hospedaban donde fuera, en salas finas o en chozas de paja, con los pisos de tierra recién regados y barridos, el menaje desportillado y los cubiertos dispares, potos de chicha en vez de refrescos, y quesos de cabra partidos con los dedos; y cuando, después de explorar chacras, bosquecillos y pedregales, les llegaba el sueño como una droga, caían redondos sobre viejos catres o pellejos que olían a otros viajeros. Los trataban, sí, como a huéspedes de segunda, pero ellos se sentían muy felices.

A veces, en ausencia de los dueños, parecían más bien invitados de los indios. Comían todos iguales y Andrés traducía; los peones sembraban al partido con los señores y se resignaban con una mínima parte de la cosecha. Pablo disparaba al aire sus contadas palabras en quechua y los partidarios reían. Todas sus palabras eran bromas seguras. Nadie le enseñaba el viejo idioma, pues aun Andrés callaba en cuanto le pedía pronunciar más despacio o repetir los vocablos; y David lo abandonaba también en ese trajín, lo dejaba solo, preguntando al aire. Había mucho de modestia y vergüenza en sus interlocutores que impedía el diálogo directo; y al parecer su condición de niño les quitaba la obligación de responderle. Y puesto que no había libros en quechua, sólo quedaba aprender oyendo a distancia, atento a la cocina, mientras David, Andrés y él mismo se aislaban

---

en el comedor. Así, con las paredes sumadas al aire, aun las risas y gritos llegaban apagados.

Justamente ese rumor vago y algo pedregoso, de vocales fuertes y tono sinuoso y cambiante, acabó por esfumarse en Caraz, donde la población india se reducía exclusivamente a los empleados domésticos y vendedores del mercado. En el colegio, el doctor Jurado era muy exigente y no perdonaba el tonillo indígena. Sus alumnos hablaban una hora diaria como españoles: niños, dónde estáis, aquí, jugando ampays; yo nací para infelice. Pero se divertía en cuanto se marchaba. "Oidme bien, chicos, vais a escribir lo que habéis hecho en vuestra última excursión al campo. Si no salísteis el fin de semana, pues recordad cuál fue vuestro último paseo; o si no, inventad, inventad". Por tanta españolada, lo habían bautizado como "Jurad, Jurad".

En una de esas clases, escribiendo sobre un paseo a Llanganuco, de súbito le faltaron palabras a Pablo, modos de hilvanar oraciones, y le sonaban mal los diminutivos. Se sintió en un lugar extraño y vacío, haciendo una mueca muda, sin la voz que pudiera acompañarla; quizá no sólo le faltaban los vocablos debidos, sino la facultad misma de recordar e inventar al propio tiempo, pues no podía pasar de una frase a otra con la facilidad de un bañista en el vado, cuyos movimientos se enlazan, elásticos y fluidos. Era como sentirse mutilado, adormecido, como si con los ojos muy abiertos mirara simplemente palabras ajenas, hurañas, sin dominarlas a su antojo. Y las palabras y frases quechuas tampoco le servían, pues su número era escasísimo en él.

¿Qué hacer, entonces? Parecía increíble: ignoraba el quechua, pero aun así, el castellano le parecía una segunda lengua, donde le era imposible moverse como el bañista en el agua; su primera lengua era un rincón oscuro y secreto en su corazón, que no se revelaba, pero tampoco desaparecía. El español retozaría en boca del doctor Jurado; pero muy poco en el diálogo de los mayores, o entre el rumor de la calle, si cabía decirlo así, y los niños dudaban, indecisos, perdidos, ante los muchos artificios de los adultos y el tonillo de la palabra enmudecida. Era como subirse a un caballo ajeno, de mañas desconocidas, y galopar ahí arriba de prestado.

¿David sentiría lo mismo? ¿Había, pues, otra lengua retraída e inmersa en su alma, como viviendo en sueños y sin deseos de despertar? ¿Y sintiéndola aún así, tan íntima, contribuiría a olvidarla?

Eran cosas muy difíciles para la cabeza de un niño. Las dejó para pensarlas después, algún día, sin suponer que también el olvido (la desidia, la ausencia, el no de las cosas) trabajaba mucho por su lado, y que no había mejor modo de alimentar el olvido de esa razón oscura que crecer y crecer, física y mentalmente.

## 23

He desayunado bien, no puedo quejarme de la enfermera; es limpia, ordenada, no huele mal y tiene fuerzas para alzarme y poner la chata. Me gusta que no sea mi centinela o mire mucho el reloj para escaparse. Y me deja el timbre en la mano: "Llámeme no más, ya sabe que estoy arreglando su cuarto, o si no, en la cocina, haciendo su dieta. Don Pablo y la señora Lucía han salido. Estamos de dueñas de casa".

Parece que la mañana nublada no será tan fea ni oscura como otras de junio; pero algo me falta. ¿Será cosa del frío? Oh, no, ella ha conectado la estufa. Atrás quedaron los meses gélidos de Cerro de Pasco, y la bendición del clima de Caraz. Sí, hemos sido gitanos, viajando de aquí allá para mejorar el presupuesto. Menos mal que los chicos no vivieron en Cerro de Pasco; creo que, adrede, se bajaron en Lima del camión de la mudanza. Para ellos aquí acabó el largo viaje desde su niñez; se hospedaron donde una hija del señor González, que tenía una casa grande en Magdalena. Dice que el marido era yugoslavo y ganaba bien en Chimbote. Les dieron prácticamente media casa y hasta yo misma entré alguna vez en ella, huyendo del pueblo minero, condenado a cinco mil metros de altura. Quién sabe si debí quedarme más tiempo con David, pero no sólo era el soroche y el frío de paredes, piso y techo, que calaba los huesos, sino la vergüenza

---

de estarse poniendo una chompa sobre otra, y aun la bata y el abrigo encima, ¿qué facha era ésa, a qué marido le va a gustar una mujer hinchada por la ropa y el pañolón? ¡Y con las estufas prendidas! Salía solamente a misa; nuestra muchacha hacía las compras. No quise que él me presentara a nadie para no devolver visitas. Y además, ¿dónde se ha visto otra ciudad tan fea y fría como la del trayecto, La Oroya, con la escoria formando cerros, tajos hondos por las calles, y socavones que amenazaban tragarse barrios enteros? Y lo peor, que el sol engañaba siempre; metía brazos amarillos por las rendijas y nos llamaba con el cuento de la mañana divina; pero apenas una salía a recibir esa bendición, venían las nubes, se desplomaba el cielo oscuro, y pies para qué te quiero, a huir de la lluvia que más parecía el llanto del mundo. Por las tardes, el viento silbaba y nos perseguía como si fuéramos delincuentes. Los aletazos podían tumbar a un hombre. ¡Pensar en los viajes infernales que hizo David para sostener a la familia! Pues torciendo esa misma razón, volviéndola un pretexto, escapé a los pocos meses “para ver cómo estaban los chicos en Lima”. Me vine trayéndoles un costal de ranas y unas papas amarillas de ensueño, lo único bueno que hallé en la estación; y asimismo otra vez, al volver a Cerro de Pasco, apenas vi que David estaba bien, huí a Tarma con el cuento de que dormiría mejor en un pueblo más bajo.

Así fue; dejé a David en medio del frío y el viento, y ahora está solo en su mausoleo, sin recibir visitas. No seremos ricos o conocidos en Lima, pero él tiene su mausoleo construido con dinero de Pablo. La verdad es la verdad, así sea del enemigo, como decía el abuelo Ezequiel. Fue un milagro que Pablo se transformara en cuanto viajó a Kansas City. Pensé en que no me escribiría, que se había alejado de nosotros para no acordarse más; ahora creo que tenía sus buenas razones, que en la casa no fue el preferido.

Desde sus primeras cartas, y todas muy cumplidas, una por semana, preguntó cuánto costaría el mausoleo que merecía su padre. Eso dijo. Me arrodillé cuando leí la carta. O sea que lo amaba en el fondo de su corazón; debe ser verdad que los hijos rebeldes sufren más que los mimados, que los nerviosos ven más lejos, que los

conflictivos de chicos, resultan ser muy buenos cuando mayores. Pero Davicho, el primogénito, se encendió de furia cuando le di a leer la carta; dijo que él compraría el mausoleo porque había querido mucho a su padre, y no Pablo que era un renegado.

Yo callé, esperando cómo resolvería el problema. Davicho, es verdad, no podía comprarle nada, ni siquiera a su mujer, Dora-la gorda; el pobre trabajaba mucho y siempre de guardia en el Hospital 2 de Mayo. A los médicos internos, ya se sabe, los explotan sus jefes. Vivía en un departamento de mala muerte, en la avenida Wáshington; había pagado la instalación del teléfono, pero no le alcanzaba para un automóvil a plazos. Esperé un mes antes de responder a Pablo y fingí olvidarme del mausoleo; pero Pablo no, insistió a través de Lucía, recomendó que me visitara y que decidiéramos juntas trasladar el ataúd al nuevo cementerio. No tuve escapatoria. David-chico se resintió, aunque después debió de entender. Pablo enviaba cincuenta dólares mensuales, era todo un sueldo local; el mausoleo quedó hermoso, de mármol corrido, una gran losa que brillaba, y el nombre de David Jiménez encima de un perfil de San Santiago, patrón de Cabana o Pallasca, ya no me acuerdo bien; pero pagué con gusto los trescientos dólares. Y luego Pablo siguió enviando, ya para mí, las mensualidades cumplidas. Quién lo hubiera creído. Sin duda fue el sentirse solo en tierra ajena, tal vez pasó noches en vela, así como yo, sin dormir casi media vida; aunque sólo conté hasta los sesenta y cinco, me dije basta, vivimos en un país donde no se llega a los cincuenta. Basta y muchas gracias.

Sí, me acuerdo haberle enviado a Pablo una foto del mausoleo, pero, en mi carta, nada de decirle mil gracias y te perdono el pasado; eso no, nunca someterse a los hijos como ahora hacen los padres. Por eso cultivan esa clase de niñitos-bien, con el carro prestado del papá y la plata extorsionada con dulces chantajes a mi colega la mami, y después acaban en el trago y la droga, emborrachándose como energúmenos cada viernes o sábado por la noche, cuando manejan como locos y se estrellan junto con sus chicas, y al amanecer, ya tienen a sus padres también enloquecidos, pero de verdad, aturdidos

---

o tontos de por vida, sin comprender qué pasó. Por el malecón les oigo pasar como por una pista de carreras y sus chicas gritando quizá de gusto o pidiendo auxilio; pero nadie hace nada, dice que el niño-bien es un negocio para la policía, dame tanto, primo, y me olvido de ti, o si no, entre ambos forman una banda de delincuentes dirigida por policías, claro, como se acostumbra ahora, y allá a robar y secuestrar; y así tenemos esta nueva clase de ladrones, como si ya no hubiera suficientes en Lima, con los militares que meten lo que sea por la aduana, los políticos con cada licitación, y las buenas familias con cada oveja negra que extraer de la cárcel con coimas. Nada de preocuparse del país, sino del bolsillo; quién no roba en el Perú, solamente los idiotas, la verdad es la verdad aunque sea del enemigo. Por eso yo defiendo a Javier; le dicen ladrón desde joven, para qué quieren los indios cosas finas como quesos suizos y mantequilla uruguaya, es natural que él ofrezca víveres a quienes sepan apreciarlos, eso nadie lo cambiará; los pobres seguirán siendo más pobres, es como una ley natural. Cuánto trabajó David y ahí está la miserable pensión que recibo, dos mil soles, lo que gana un conserje; bien hecho que Javier no se durmió y compró fundos y sobre todo organizó y canalizó la ayuda nacional e internacional. ¿O eso no es un trabajo? Con lo que cuesta organizar algo en este país. ¡Y cómo ordenaba los víveres en el depósito subterráneo! Al despedirme, bajé a ese sótano que parecía un anís de tan limpio, y viendo aquel botín, recordé las veces que me había regalado víveres para mejorar la comida de casa. El que se sienta libre de culpa que arroje la primera piedra; por eso me reí cuando Lucía dijo que Pablo lo acusaría, ahora falta no más que los hijos acusen a sus padres de haber robado para darles de comer; así todo el país estaría revuelto. El sueldo de mi David no alcanzaba, y eso que yo tenía mis fundos. ¿Qué de malo hay en recibir obsequios de un hermano? Este hijo rebelde quiere enlodar mi apellido, sin duda ya lo había planeado antes, porque desde que viajó no firma más que "Pablo Jiménez", como si no tuviera madre, dice que los gringos no usan el apellido materno; yo digo que los malos ejemplos no

deben imitarse, así uno esté en el país más poderoso de la tierra. ¡Qué falta de respeto a una madre! Yo fui la que ahorré pensando en traerlos a la costa, nunca hubieran sido nada en la sierra, ésa es la verdad aunque sea del enemigo; yo les hice comer bien y desarrollarse para no enfermar en esta ciudad de tuberculosos y que no tiene cielo, increíble, como una casa sin tejado; sólo veo, a través de la vidriera, el mar que se disuelve en la niebla allá en el horizonte, y encima ese color de sábanas húmedas, ese algodón sucio, esa eterna mancha hipócrita e indecisa, la mancha blanca, la peor de todas, la que disimula, encubre y calla, ocultando el cielo añil de mi juventud y las nubes blancas como novias. ¡Oh, y el sol amigo y compañero! ¡Qué lástima haber dejado ese mundo para encogerse aquí entre la neblina, reducirse a una silla de ruedas, como una niña vieja y deforme! Lástima no guiarse ya por el sol para vivir; ahora quedan apenas Dios y un retazo de tiempo.

– ¡Señora!, ¿llorando? ¡Oh, nada de arrugar esa carita! ¿Por qué no me llamó antes? ¿Necesita compañía, tal vez? ¿Y un tecito con leche? –viene la enfermera aduona.

– Estoy muy bien; si quiere, tráigame un café.

Lo digo tres veces para que entienda, gangueo, se me caen las sílabas por la habitación; debo recoger los trozos, pegarlos con mi saliva como un niño pega sus cromos en un álbum. Nada de té con leche. Yo, café. Té con leche le gusta al rebelde, por su manía de diferenciarse de nosotros, de aislarse en un rincón. A mí, en cambio, siempre me ha gustado charlar con mis amigas, digo antes, porque ahora odio que me vean enferma. Concho Alvis era mi favorita (¿habrá muerto en el último terremoto?); venía a verme a cualquier hora y no molestaba como una visita; esperaba sentadita en el poyo del zaguán. Era sábado o domingo, y me contaba cosas de muchachas mayores que yo. A veces no dormía pensando en sus historias y debía esperar hasta el otro sábado, porque en la escuela oían las paredes; y de nuevo ella sentadita y esperándome antes del almuerzo, para seguir la historia. Mi corazón se partía de angustia, y cómo fue, y tú qué le dijiste, y eso qué significa, y ella demorando en decir dónde habían estado, qué había creído ella que pasaría, la realidad era mejor que la

imaginación, oh es riquísimo, Grimanesa. Y un sábado por la mañana no vino Concho, sino Marga Pareja, sé que Concho te ha contado algo muy serio, salió con él ¿verdad?; no me engañes, Grima, para mí es de vida o muerte. Fiel a Concho, yo la mandé a rodar, pero no sé cómo la mosquita muerta se atrevió a denunciarme, y mamita me preguntó primero por las buenas y después me agarró de una oreja, y finalmente a sopapos, ¡tienes que decirme dónde está Concho, sabes que se escapó con un hombre, dímelo, y me dolió tanto que me pegara ella por primera vez que acabé gritando sí, sí, se llama Gustavo Alarcón! Pero entonces me tocó preguntar a mí, y por qué han huido juntos, mamita, ¿o sea que se han casado? Eres una tonta, dijo ella, acabarán matándolo como a tu hermano Ignacio. Me la pasé sin dormir y el otro sábado apareció no Concho, sino su muchacha en el zaguán, dijo que Concho me citaba por la tarde en el bosquecillo junto al río, justamente donde solía verse con Gustavo, y mi corazón empezó a desbocarse. Dijo que la habían traído de los pelos y el papá la había golpeado, y Concho lloraba encerrada en su cuarto. La esperé muerta de miedo y ella tardaba mucho, quizá Gustavo vendría también por mí y me robaría, oh iba a correr y entonces vi la sombra, el ladrón, el malvado que hace cosas horribles a las chicas, cuando en eso me libré de la contraluz, y oh Concho, oh Grima, eres tú. Nos abrazamos largo, largo, y empezó a contarme la segunda parte. Sí, los habían encontrado en Pomabamba; habían huido por turno a Pataz, a Tayabamba y a Buldibuyo, sólo para despistar, claro, porque pasaron rápidamente a Pomabamba y un matrimonio amigo de él los escondió en un cuarto bonito para ellos dos, y una sola cama, ¿te imaginas? El corazón me salía por la boca, y de noche dormían abrazados y haciéndolo a cada despertar, por supuesto. Oh feliz tú, Concho. Había que oírla y sobre todo mirar sus ojos trastornados en el atardecer, es lo máximo, Grima, lo máximo, y las dos paseando bajo los árboles, pero la noche llegaba ya y debíamos volver. Oh no sabes cómo me han pegado, estoy llena de cardenales, pero vale la pena, Grima, creo que voy a escaparme de nuevo; oh no lo hagas y si él

---

no te quiere. Eso ni dudarlo, sí me quiere. Bueno, ya tengo que irme, Grima, estoy presa en mi casa, pero un día volveré a escaparme con Gustavo y será para siempre, y nos casaremos, ya me hizo la promesa.

– ¿Qué dice usted, señora? ¿Quién es esa Concho? Pues bueno, sígale hablando como si fuera una visita, pero tome su café y deje de temblar.

Concho y Gustavo, ¿o no se llamaban así? Bueno, supongamos que se llamaran como yo digo. A ella, en verdad, la recuerdo poco o nada, después de ese último encuentro en el bosque, porque luego vino la muchacha india a entregarme un papelito. “Adiós, Grima querida, que Dios me ampare, me voy otra vez con él, rompe este papel, no puedo arriesgarme a decir dónde estaré”. Y nunca, nunca más escribió esa hermana que no tuve, pero que casi lo fue de verdad. Hasta que un día Javier llegó a casa con un indio que cargaba un costal de frutas; por épocas era muy bueno conmigo, y esa vez se quedó a almorzar, y luego a saborear el anís del mono en la galería, y dijo como de paso: “¿A que no sabes quién fue a pedirme trabajo? Un pobre diablo con ínfulas de futre y de costeño, el que se robó a una muchacha hará unos diez años, una compañera de tu escuela”. “¡Gustavo!”, grité. “Sí, no te imaginas cómo está de viejo”, dijo él. “Casi sin dientes y medio calvo; yo estoy rey a su lado. No lo reconocí, pero cuando me pidió trabajo ya lo había calado y lo mandé al diablo, un tipo informal como ése ni de regalo”. Eso dijo Javier, y yo bien hecho, hermano, pero me lo hubieras mandado a mí para sacarle los ojos, bandido, qué habrá hecho con mi amiga, dónde la abandonaría; o quién sabe esté muerta y el tipo se escapó en pleno velorio, para no pagar el entierro. Esos picaflores de pueblo son una calamidad; o bien les toca un balazo, o bien la vida los castiga. Gracias, Dios mío, alguien recibió su merecido, muy bien hecho, y yo haré que nadie le dé trabajo en Sihuas, que se vaya a una barriada de Lima, a vivir entre la basura, sobre la arena, sin agua ni árboles. ¡Esa será su condena!

Pero el café ha venido con el bizcocho que tanto me gusta. Ta, ta. Mamita te está dando la teta. Una delicia, lo que necesitaba, nada de remedios, mi café y el bizcocho

---

de media mañana y salgo del fondo mismo del mareo, de la sombra, y oigo la cosa absurda que he dicho, basta de mamitas y pueblos fantasmas, se acabó el sueño sin sueño de mitad del día, ahora sí soy yo misma donde quiera que esté, nada de viejas tontas gangueando y babeando, no existen mantos de Paracas que protejan, sino una sombra a contraluz. ¡Y cómo me sigue! Ha vuelto la mujer del rebelde, pero no me acuerdo de su nombre, ni me interesa. Y con ella, el rebelde y la enfermera, oh ya empiezan a manosearme para la inyección, las cosas que debe tolerar una. No hay dignidad en la vejez.

Aunque, después de todo, me tratan más o menos bien, son carceleros suaves, a cada rato dicen mira, te estoy cuidando, lo hago por ti, mamá. Como que se hacen la propaganda, igual que los políticos de esta tierra. Ellos sí son malos, ninguno con el entusiasmo y tenacidad de Javier. Por dos veces fue candidato a diputado, sin ser elegido por chanchullos. Pues peor para el pueblo, que prestó oídos dizque al robo de la ayuda a los damnificados. Pero hay quienes roban sin hacer el bien: no son como Odría y la señora María, dando trabajo y prosperidad al país, sacándolo del caos en que lo dejó el Apra, aliada a ese Pepe Lucho, un flaco dos veces traidor, con su propia clase y con los votos prestados del Apra. Y el Apra siempre adolescente y nerviosa, que se levantó en Trujillo y Huaraz. Miles de muertos, ya se sabe.

Dicen que Haya de la Torre dio la orden de conspirar, estaba preso, pero desde chirona dio la voz. La cárcel nunca calma a los rebeldes, al contrario, y así se alzaron en Trujillo asaltando cuarteles y por poco iglesias, y ese otro hermano del jefe, sí, el Cucho, el famoso Agustín que se escondió un tiempo en casa de los Príncipe, al frente mismo de nuestra casa. ¡Ah, pero yo lo denuncié sin consultar con nadie, ni con mi marido! Me fui al puesto de la guardia y dije lo he visto de madrugada, cuando sale al patio y hace sus ejercicios; luego se pasea, y toma el desayuno como un pachá, en la glorieta o enramada, o lo que sea. Estuve casi una semana dudando si era él, pero me convencí por la foto de los volantes. Lo denuncié solita y me quedé mirando desde el balcón mientras David-chico, Pablo, y ese muchacho roto de

---

Andrés corrían a la puerta falsa, a ver la huida, y yo con ganas de gritar, pero muda ahí arriba.

David y yo tuvimos que viajar a Huaraz en medio de los rumores de la revuelta (el señor Neuburger me mandó a depositar su plata en el Banco, y no fui sola de puro miedo), presentando salvoconductos por el camino. Llegamos justo a la manifestación donde habló la viuda de Philips, condenando al gobierno por la muerte de su marido. Algunas canciones de Yungay y Caraz hablan de ese aprista fusilado en Huaraz, por la pretensión de extender el fuego de la revuelta de Trujillo hasta nuestros pueblos; pero callan a la mujer que era todavía más rebelde que él, además de bonita. Subida en un balcón de la plaza de armas, justamente donde se había alojado Bolívar, ella era un águila blanca incitando a emprender el vuelo a los jóvenes y pobretones. En mi vida había visto un espectáculo así, y quienes siguieron la gira de Haya de la Torre por Ancash, el año 31, dicen que tampoco. Hermosa aun a distancia, blanca, de largos cabellos negros y ojos metidos en la sombra, como para enamorar hasta a los viejos, dijo que nos agradecía por nuestro respaldo y por haberle devuelto a su marido, pintado en el aire: "Lo veo clarito, inmenso, con una fuerza que no detendrán las balas ni la muerte. Este día el Callejón de Huaylas, como en los años de Atusparia, ha entrado en la historia, y su voz se oirá más allá de Lima; una fecha así constituye un timbre de orgullo, y mi corazón deja un rato de llorar para decir con ustedes que basta ya de revanchas y de asesinatos. Yo no soy aprista y tampoco lo es íntegramente el pueblo de Huaraz; pero eso no es ningún inconveniente para protestar, juntos, por la ola de sangre y violencia que envuelve una vez más al Perú, un país tan digno y altivo, que no pueden contra él crímenes ni injusticias".

Casi me persigné cuando vino la tempestad de aplausos. "Aquí va a pasar algo, mejor nos vamos", dijo mi David, cruzando por en medio de la multitud y yo prendida de la cartera, con la plata del señor Neuburger. El Banco era una tiendecita a una cuadra de la plaza; esa distancia nos salvó no sólo para hacer el depósito, sino de los balazos y de la trocatinta que se armó. En un abrir y cerrar de ojos, la gente corría como loca y unos

---

heridos entraron en el Banco. El gerente nos echó a los sanos y atrancó la puerta. Nunca olvidaré que entonces vi pasar a la viuda de Philips, despeinada, con un súbito moretón en la mejilla, los pelos cubriendo su cara, arrastrada por un soldado grandote que nos miró con más furia que un animal.

Ese fue día de miedo y muerte, pero en los ojos de esa mujer entendí lo que era un rebelde. Pasó a mi lado desafiante, casi contenta; lloraba, sí, pero su voz se rehacía y gritaba muy fuerte: “¡Vivan los hombres nuevos del Perú!”, y lo extraño fue que entre las balas y el miedo, los aplausos no paraban. Acabé temblando y empujé a David por la primera bocacalle. Era demasiado para mí, aunque comprendí lo que podría hacerse en el país si hubiera gente honesta y sin miedo.

Pero, silencio, alguien abre velozmente esta puerta; no he oído entrar a nadie por la principal y ya esta acá. ¿Quién es?

– Hola, viejita, ya estamos de vuelta. ¿Cómo se ha portado, Milena? –dice este aprendiz de rebelde, comparado con la Philips.

– ¡Oh, señor! ¡Buenos días, señora! Doña Grimanesa ha descansado bien, tomó su café y cabeceó un poquito.

– Es hora de sus remedios –dice la mujer del rebelde; me besa, irradia su perfume como una flor y me alegra, aunque yo no desee alegrarme—. Vamos, Milena, trae sus remedios.

Y así, velozmente como han entrado, se van. Ya cumplieron con la vieja moribunda.

La puerta de calle de la avenida Brasil chirriaba siempre y no me daba sorpresas. ¿En qué año estoy pensando? Ya se había mandado mudar Pablo. Entonces fue mucho antes del golpe de Velasco. Davicho estaba casado con Dora-la-gorda. ¡Uy, hasta yo le digo así, como los que no la quieren! Será gorda y no bonita, pero le ha dado buena vida a mi hijo el serio, el preferido por mi corazón. Mi David ya había muerto y yo recuperándome de la desgracia, cuando Dora y el hijo preferido me ayudaron, la verdad sea dicha, ellos dos fueron mi bastón, no para rehacerme, sino para pasar por la increíble sorpresa que es la vida. Una trabaja años sin descanso, y forma a los hijos y los echa al mundo, y cuando una queda sola con

---

el marido, con la casa a medias en silencio, viene la muerte y arranca al hombre de tus entrañas y te deja rasgada, como el tronco de un árbol partido a lo largo, la forma más horrible de morir, las entrañas blancas, vaciadas como una mirada estúpida. Así, Dora-la-gorda, David-chico y yo salimos a flote merced a la blandura que esparce la muerte ajena. Una se deja llevar y cree que va a morir también; pero la vida nos saca a flote, justo para respirar y comer, y de pronto pasan los meses y ya estamos ayudando a otro. Descubrí a David-chico, estudiando a medianoche gruesos libros con dibujos de muertos a colores; las disecciones del vientre y de la cabeza enredaban su lengua. Yo me iba a dormir y él se abrazaba de mí, ¡oh, mamá, qué carrera he escogido, creo que no aprobaré este año! Y yo estudiando con él páginas de despanzurrados. Fue un milagro que, sin entender yo una jota, él entendiera; por dos veces lo acompañé a San Fernando en los días de exámenes y lo esperé en la puerta, tan desesperada como las novias de los muchachos. No sentía hambre ni frío; sólo rogaba a los muchos santos peruanos consagrados por Roma. No se trataba sólo de pasar el examen, sino de vivir con la pensión de David y con lo que podría ganar Davicho cuando se graduara de médico, en vez de estar pendientes de los cheques del rebelde. He mentido, Dios mío, aun en los pensamientos más íntimos me he negado a reconocer que vivíamos de la plata de Pablo; yo cambiaba los dólares a pocos, para que Davicho no sospechara de tanto dinero. Increíble que llegara yo a tener con el tiempo miles de dólares de Pablo. David-chico odiaba ese tesoro, decía que él me amaba más que Pablo y que por tanto algún día doblaría la suma. Confié en el preferido, sí, pero sucedió que no tuvo suerte, pasó a las justas los exámenes, se graduó raspando y le compré una bata nueva, si bien fue muy difícil abrir un consultorio. Debían al menos reunirse tres o cuatro médicos jóvenes para compartir los gastos de un policlínico, y aunque puse la cuota, nos dimos con unos pícaros, nos robaron la inversión (la plata de Pablo, por supuesto). ¡Oh, cuánto rogué para que el favorito sentara cabeza! Por fin lo nombraron en la Asistencia Pública; no ganaba mucho, pero le dio para juntar y casarse con

---

Dora-la-gorda, cuyo padre le regaló un terreno en San Antonio. "Un terreno y mitad de la construcción", dijo el tacaño; "el resto lo ponen ustedes". Yo hice milagros para decir que el Banco había prestado lo que faltaba. De nuevo fue la plata de Pablo. Que Dios me perdone por haberle engañado así, un hijo rebelde y resentido se vuelve un pretexto en el corazón de una madre; una puede achacarle cualquier cosa.

Desde chicos fueron muy distintos. Primero mi David se aficionó de Pablo, iba ser su favorito, pero le expliqué las cosas inventadas que le hacía a su hermano y que David no podía ver desde la oficina. El acabó por creerme. Pablo bromeaba o molestaba sanamente a David-hijo, y su papá acabó por flagelarlo con el cincho y lo puso en vereda por un tiempo.

– ¡Oigan, ahora está hablando de Pablo, de ti!

– ¡Por fin!

¡Es mi nuera perfumada! ¡Cómo defiende a su pareja! Así defendía yo a mi David de los colerones que le daba Pablo. Cualquier cosa desembocaba en una discusión: si queríamos ir al cine, digo, a la pantalla puesta a la intemperie, en la playa, adonde había que llevar cargadas nuestras propias sillas, Pablo decía que no tenía ganas; si aceptábamos quedarnos en casa, él salía al punto, como de una prisión. Entonces David-chico corría tras él, ¿podemos ir juntos, Pablo?, pero no, ya Pablo se había desanimado. Y si entonces su papá ordenaba a voces que fueran juntos, Pablo, mudo, a punto de estallar, cumplía la orden a regañadientes. Sí, por cualquier nimiedad se encendía el barullo. A los dos chicos les gustaba la pierna de pollo, pero al papá también. ¿Qué hacer? Alguien debía sacrificarse, o sea yo primero y mi viejo después, para que ellos comieran igual. Pero a veces a mí se me metía el indio y le negaba a Pablo su presa; el rebelde saltaba "a protestar por la injusticia", y también

---

saltaba su papá con el cincho y lo cruzaba de latigazos que chasqueaban de veras; pero el maldito rebelde miraba fijamente a David, sin moverse ni pedirle perdón, y yo gritaba diciendo que le diera de alma, hasta que mi David se enfurecía y una ya ignoraba de quién había sido la culpa, porque los correazos cruzaban el comedor en todas direcciones.

A la mañana siguiente Pablo no iba a la escuela; tenía moretones en la cara. Al crecer, fue creciendo con él esa manía de no ir al colegio, al menos dos o tres días al mes. Marqué esas faltas en un calendario y me fui a enseñárselas al director; él se rió y dijo que Pablo no perdía nada faltando, que era su mejor alumno y que quizá sería bueno que continuaran esas ausencias, porque así les daba tiempo a sus compañeros para ponerse a su nivel. Así creció el engreído, inteligente según los demás y desdeñoso para con su familia, mirándonos por encima del hombro, como si fuera el jefe en la casa. Yo buscaba sorprenderlo in fraganti; alguna falta tenía que cometer. ¿Por qué salía tanto a la calle, por qué tenía una llave desde niño y se la pasaba muy independiente? Yo tenía un pequeño baúl de madera, una especie de maletín, con gavetas donde guardaba dinero y unas buenas alhajas que, empeñadas o vendidas, podrían alguna vez sacarnos de apuro. Ahí estaban los aretes y gargantillas obsequiados por tía Patucha, dos juegos de pulseras y collares de oro, estilo peruano, de ésos que gustan a los gringos, un reloj quizá valioso que me regaló Javier, y varios anillos que David me fue comprando con los años. Justamente uno de esos juegos vendí a su muerte, para rehacernos de los gastos. Plata en efectivo había poca, pero sí sobres con membretes indicando los menudos gastos. Pues bien; descubrí que faltaban cien soles, una buena suma en aquel tiempo. Me escondí tras la cortina para descubrir a Pablo, el ladrón de la familia. Casi estaba segura, aunque necesitaba el placer de sorprenderlo. Ya casi me había rendido el cansancio, y las habitaciones parecían desiertas, cuando oí que Pablo, ¿quién más?, entraba furtivamente en el dormitorio. Sólo esperé un minuto, suficiente para que el intruso cogiera el baulito en las manos, y allá salí, prendiendo la luz y dando un grito de triunfo. Pero el

---

ladrón no era Pablo, sino David-chico, y tenía el billete de cien en la mano y la mirada perdida, una mueca de dolor. Su padre llegaba ya a mis gritos, pero él seguía con las manos aturcidas, y no acertaba a cerrar el baúl ni huir. "Di que Pablo te mandó", le susurré, ignorando qué me impulsó a ello. "Sí, ya te imaginarás, papá, Pablo me mandó a sacar este cheque", dijo él, cuando llegó su padre, blandiendo el cincho.

Que Dios me perdone, no lo hice por maldad, sólo para salvar al mimado de una cueriza. Pablo llegó una hora más tarde; a los quince años ya se creía un hombre y llegaba tarde a comer. "Pues ahora vas a ver, ladrón", dijo su padre, y ahí no más, en el pasadizo, lo arrinconamos todos y le cayó una cueriza de Dios es Cristo. Fue la primera vez que lloró, pero de rabia; dijo que era inocente y que no necesitaba dinero ajeno, pues ganaba el suyo redactando trabajos de sus compañeros en la escuela, y añadió que David-chico lo sabía muy bien. Que hablara el cobarde; pero mi preferido se había asustado y era incapaz de una confesión, y mi David temblaba de cólera y seguía flagelando a Pablo. El rebelde, con ese pretexto, volvió a ausentarse de la escuela; en la mesa repitió que le tocaba explicar las cosas al cobarde de su hermano. Hasta que su padre le cerró la boca de un trompón.

Luego, los dos se presentaron a la universidad y tuvimos que gastar mucho en la Academia y en los exámenes de ingreso. Pablo dijo que no necesitaba de Academias, estaba bien preparado; pero yo lo matriculé a la fuerza, para que estuviese al nivel de su hermano. Llegó fines de marzo y preparé una fiesta en honor de David-chico (y de paso del otro también, claro). Davicho llegó solo y callado, casi llorando. "¿Te pegó tu hermano?", grité, llamando a David-papá para que rajara a golpes al abusivo; pero oh no, Davicho soltó el llanto y dijo que no había ingresado a la universidad, aunque Pablo sí. David-grande y yo nos quedamos de una pieza, y más aún delante de los invitados, y Pablo que ya entraba entre aplausos, y no hubo más que seguir con la fiesta. Pablo bromeaba sonriente y decía que su próximo paso iba a ser solicitar una beca y marcharse al extranjero. Mientras, Davicho se había escondido en su cuarto.

---

El siguiente año, Davicho volvió a rendir exámenes. Por supuesto que lo habíamos matriculado en la mejor Academia. Por ese tiempo, Pablo hablaba de la beca a Estados Unidos como si ya la tuviera. Todos menos él estábamos con el corazón en la boca, esperando la suerte de Davicho. Para asegurarme aún más, había yo hablado con el director de la Academia y le había pagado cien mil soles más de lo debido, como hacían los padres de otros alumnos, y finalmente empezaron a aparecer en orden alfabético las listas de aprobados. El primer día Davicho estuvo lleno de sombras, había que esperar la "jota". El segundo fue viernes y tampoco salió la lista. Al volver, oí claramente que alguien abría y cerraba el viejo baulito de madera (no compré otro para no malear la suerte). Por fin, el lunes, Davicho volvió feliz a casa. ¡Ah, cómo lo abracé, y lo llevé corriendo para que su papá lo abrazara! Los tres estuvimos dando vueltas por la sala como locos y nos fuimos a comer a un chifa, sin acordarnos de Pablo.

A la otra mañana, yo no abrí el baúl de madera sino David-grande. Quedó sombrío y silencioso, sentado en la cama, y dijo que faltaban trescientos mil soles. Ardiéndome la cara, dije que había tomado cien mil para los gastos de la Academia y los exámenes. "Bueno, ¿y los otros doscientos mil?" Me miró tan fijamente que fui confesando a pocos: "Tuve que pagarle al director de la Academia una cantidad extra". "¿Ah, sí? ¿Un soborno?" No pude resistir sus ojos. Era un soborno, sí, pero un marido no debe avergonzarse tanto a su mujer. "Inclusive con ese pago inmoral, faltan cien mil", dijo él. Entonces recordé el ruido del último viernes, y aunque estaba segura de que había sido Davicho, dije al punto: "¡Ha sido Pablo! ¡Ese hijo no tiene remedio!"

Lo dije, Dios mío, fue la vergüenza por Davicho y por mí, no podíamos ser siempre los culpables. David-papá salió como un león del cuarto; Pablo leía tranquilamente revistas en inglés, que desde entonces le enviaba la embajada norteamericana. Leía, pero aun se levantó para abrazar y besar a su padre; se había vuelto menos malo por ese tiempo, cuando éste le metió el primer puñetazo en el estómago. "¡Primero habla y después golpea, si tienes razón!", gritó Pablo. "¿De qué me acusas

---

injustamente? ¡Exijo que lo digas!" Pero David-grande estaba tan furioso que empezó a patearlo caído. El corazón se me desgarró de veras cuando Pablo, desde el suelo, dijo con voz agitada pero clara: "¡Viejo, hasta aquí hemos llegado! ¡Me voy y no volveré nunca más! ¡Tú no sabes tratar al hijo que más te quiere! ¡Y ahora di, antes de marcharme, de qué me acusas!" Y entonces tuve que confesar, darle la razón por primera vez a Pablo; lo hice para que no lo matara a golpes. "Pues bien, has oído a mamá, ilustre sordo", se atrevió a decir el rebelde. "Y ahora, adiós". Se fue, no supimos adónde; tenía las narices, la chompa y el pantalón manchados de sangre. Se fue como un carnicero o un asesino, sin importarle mostrarse por la calle y cubrirme de vergüenza, sí, porque yo recibiría al final todos los golpes. Quedé sentada en el suelo, incapaz de respirar, mirando al hombre feroz en que se había convertido mi antiguo y dócil marido. Cerré los ojos, le pedí a Dios que cambiara el mundo, que me devolviera a Pablo y que éste y su padre se abrazaran alguna vez, para entonces morir tranquila; pero, no, aún faltaba otro castigo, el marido feroz enrumbó a casa, se sentó en el sofá, cogiéndose el pecho, y pasó a ser un niño miedoso. Ahí empezó a fallarle el cuerpo, ahí dio vueltas mi cabeza, todos éramos responsables, pero no, quizá únicamente los hijos; y tampoco, sino yo sola, pero la culpa era muy grande y así la rueda continuó girando hasta que se detuvo en Pablo. Y ahora el hijo ingrato se marchaba de casa para dejarme la culpa a mí sola. ¿Era justo eso?

## 24

Los casilleros del edificio para estudiantes graduados de la universidad de Duke, en Durham, North Caroline, estaban en el sótano. Pablo bajaba cada dos días a abrir el suyo, antes de salir a clases. En el metódico horario que se había impuesto, no podía permitirse una visita diaria. Además, aparte de sucesivas cartas de Elaine, cuyo

---

contenido era previsible, el escaso volumen de su correspondencia, incluyendo cartas de Lucía y de su madre, justificaba ese ritmo. Pero, cuanto más se acercara la Navidad, y con ello la proximidad de sus vacaciones en Kansas, las misivas de Elaine casi le gritaban al llegar.

La de esa mañana, por ejemplo. El sobre celeste no sólo olía a perfume, sino que Elaine había dibujado, junto al sello, a un cartero con gorra y valija, y un letrero debajo: "¡Run, poster, run!" Y detrás, en el cierre, la huella roja de un gran beso. Hasta se ruborizó al abrirla: las cosas estaban yendo muy a prisa. "Estoy feliz, y todo te lo debo a ti", empezaba y él creía oír la voz alegre y ver los ademanes pueriles merced a los cuales esa felicidad resultaba auténtica. "Los diseños me están saliendo bien. Oh, boy, siento que Dios y tú me llevan la mano. Mr. Stewart, abogado y gran amigo de la familia –papá y él eran íntimos– se ofrece a representarme para firmar el primer contrato con Woolworth. ¿Te imaginas? Yo no era nadie y no tenía suerte hasta que te conocí. Todo mi amor", y más dibujos, esta vez de una chiquilla volando por los aires.

Por la tarde, de vuelta a su habitación, recibió una llamada de Braulio. También con él se había impuesto un régimen disciplinario: no tomar la iniciativa en las llamadas, responder brevemente sus cartas, no reunirse en las vacaciones ni tocar los temas políticos que lo alejaban de su campo. Ahora Braulio, sin embargo, pedía un favor imposible de eludir. No había consulados hondureños cercanos, pero sí en Nueva York, adonde Pablo llegaría a principios de enero. La policía de su país había resucitado una antigua acusación de agitador universitario contra él y estaba seguro de que las autoridades norteamericanas lo sabían; por ello, sugería que, a través del consulado peruano, averiguara discretamente la magnitud de los cargos y si había o no orden de impedirle el retorno. Negarse hubiera sido entrar en explicaciones y detalles; dijo que lo haría con el mayor gusto, pero se repitió a sí mismo que por ese lado político había que cuidarse del propio cónsul peruano. "Braulio debe de estar muy preocupado y se olvida de que también el Perú padece una dictadura", pensó.

Elaine y Lillian se acostaron tarde, ultimando los preparativos para recibirlo. Por la mañana, víspera de Navidad, Elaine llevó el coche a la revisión y lavado, pero ya se sabía que una podía esperar otras averías en el armatoste; le dijeron que únicamente estaría listo una hora antes de la llegada de Paul, a las cinco. A su turno, Lillian asistió a una reunión de reparto de regalos en el Town Hall, donde había trabajado su marido hasta poco antes de morir; cuando volvió, debió apresurarse con la merienda de Jim y Tommy, quienes a su vez partirían, a las cinco y media, a un refugio de montaña, hasta el Año Nuevo. Se puso el delantal y había preparado ya una tortilla cuando Elaine se despidió de sus hermanos, sin olvidar entregarles sus regalos, y salió a las volandas por el Dodge. Gritó que daría a Paul una vuelta por la ciudad a fin de que Lillian tuviera tiempo de preparar la cena. Sola, Lillian se quitó el delantal y revisó la casa que ambas habían arreglado durante la semana; se había prometido que, so pretexto de recibir a Paul, mejoraría algunos detalles, y lo había cumplido. Menos mal que Elaine trabajaba asimismo en casa, aparte de dividirse las tareas de la cocina, la limpieza y el jardín. En recuerdo de su marido cambiaban las flores a menudo. Habían barnizado puertas, ventanas y hasta vigas, y ahora se destacaban mejor las paredes levemente rosadas. La cristalería brillaba en las viejas y nobles vitrinas; el piso especialmente lustrado se daba bien con las alfombras persas, grandes y pequeñas, sembradas una a una durante años, según los disciplinados ahorros del difunto. Y las escaleras y el pasamanos brillaban todavía mejor, y así Paul (el primer huésped desde la partida de quien jamás volvió) se sentiría halagado cuando subiera al mezzanine y ocupara el cuarto de huéspedes, con las cortinas y cubrecama de color musgo, y con los diseños de Elaine desplegados por doquiera, excepto en la salita de estilo inglés, abierta muy de vez en cuando. Para recoger la impresión final, Lillian salió y siguió el contorno de la casa blanca, de madera, posada sobre pilotes y encima del bello montículo de césped. Tan sólo les había

---

faltado pintar el garaje y echar a la basura algunos trastos viejos, que al parecer se aferraban de su marido, ya no más de ella. Pero lo principal estaba hecho, y Paul no era un simple joven extranjero, sino el primer huésped de una casa redi-viva y remozada, donde las mujeres solas empezaban a abrirse paso.

Junto con la carta de Elaine abrió la de Ewa, que escribía desde Austin. Un hijo en camino. "No estoy absolutamente segura, pero lo sospecho. En unos días te escribiré de nuevo. ¿Has pensado alguna vez en ser padre? Pues empieza ahora".

¡Vaya fruto de la semana en el Franklin Park Hotel! La vida se metía por cualquier resquicio y brotaba como los hongos. Un hombre, todavía muchacho, envejecido a la fuerza por la paternidad. Te hará más razonable, hijo mío; eso decía su madre de "las pruebas de la vida". Se suponía que las suecas eran amantes, no madres. Lo primero, no asustarse. Trata de ser irresponsable alguna vez. Cuando salió a la avenida del campus, flanqueada por edificios geométricos, avanzó desilusionado hacia la biblioteca; alguien le mordía el estómago, le quitaba las ganas de caminar; eso era el colmo. Al fondo vio el hospital y aun toda la facultad de medicina: en uno como ése nacería otro Jiménez. No y no. Sin duda ella se había liado con otro amigo en Austin y quería que Pablo la sacara del aprieto. ¡Vaya fertilidad de las suecas! Su fama era la sensualidad, no el parto sucio y sangriento.

Pero, no, no podía estudiar como si nada a Robertson y Prescott. ¿Le escribiría una carta dura o se encogería en el silencio? ¿Y qué diría Lucía cuando se enterara? ¿Y la cita de Navidad con Elaine? Ewa había cortado los caminos. Tiembles ante la idea de ser padre como tu padre; pero él te tuvo, oh sí, fue más valiente.

Al diablo con Prescott y las fichas. Volvió al pabellón de graduados cerrando los puños de cólera. En medio del frío que le arrancaba bocanadas de aliento, la cólera lo entibiaba hermosamente. Casi podía quitarse el abrigo.

La carta era de tres días antes; el correo era a veces tan malo como el peruano. Pero, mejor, por una parte.

Quizá las cosas estuviesen ya claras. El corazón le empezó a batir cuando se acercó a la recepción; la pelirroja Sandra manejaba el tablero telefónico.

– ¿Yes, Mr. Jaymenez?

Sandra tuvo que hacer varias llamadas, seguir la pista buena a través de falsos informadores; le oyó hablar con el departamento estudiantil de la universidad de Austin. Había una silla desocupada junto a Sandra; Pablo se quitó los guantes; los enchufes entraban y salían del tablero, el pelo de Sandra eran hilachas de zanahoria.

– Mr. Jaymenez, cabin number two.

Entró en la cabina y se encerró con su secreto, que ya era público, y oyó la voz alegre y amable de Ewa. ¿Recibiste mi carta? Oh qué bien. ¿Es verdad lo que dices? Hasta ahora creo que sí, dijo ella, sin pizca de preocupación, amorosa y sin duda sonriente. A otro perro con ese hueso, yo no soy el responsable, te pregunté si había peligro y tú dijiste que no ¿recuerdas? Al cabo vino un silencio profundo. No te pongas así, Paul, tuve miedo y te escribí, habrá que esperar unos días; te llamaré yo.

Colgó, pero no pudo salir en seguida de la cabina; la cobardía y el miedo se lo impidieron; y tampoco quiso mirar a Sandra. Sólo atinó a recoger el abrigo, los guantes y a Prescott y a Robertson, pero también el agujón en el estómago y las enormes ganas de tomarse un trago de verdad, y todavía en una ciudad universitaria donde sólo se vendía cerveza.

Luego recordó que tenía whisky en su cuarto. Avanzó a grandes zancadas por el pasadizo, abrió la puerta esperando ver a Vincent que estudiaba ante la ventana, pero no había nadie; tiró los objetos que le molestaban y se preparó un trago con el agua deliciosamente fría del aparato de pedal del pasadizo. Bebió el primer sorbo y se quedó dando vueltas frente al espejo; acabó por mirarse, sonreír de su miedo y decirse la sueca te ha fregado. Al tercer sorbo empezó a extrañar a Braulio y estuvo tentado de ir a Chapel Hill a buscarlo. Pero renunció y se puso a escribir una carta a Ewa, aún más dura que su cobardía por teléfono.

Por la tarde debió empujarse a sí mismo, camino de la biblioteca; pero, una vez en su cubículo, protegido del

---

mundo por el silencio y las estanterías, no leyó ninguno de los títulos que debería haber leído, sino un tomo que vio por encima de su cabeza sobre las invasiones norteamericanas a México. Leyó sorprendido, absorto, cansado de contar las veces que habían sucedido esas violaciones; su cólera del principio se volvió un miedo largo y frío, y finalmente se secó, diciéndose que esos actos obedecían casi a una simple ley física. Otra cobarería.

Por la noche comió bien en la cafetería y pasó dos horas frente al televisor, la primera mirando a John Garfield y la segunda al senador McCarthy. Paulatinamente las luces se habían vuelto miopes y tibias en la amplia sala de descanso, mientras se esfumaban las voces y gritos de sus compañeros. Por fin se levantó, perezoso y dando tumbos, rendido por el sueño.

De modo increíble, al día siguiente olvidó el asunto hasta por la noche; pero cuando quiso llamar a Ewa, se abstuvo de hacerlo, resentido con ella.

A la otra mañana debía concluir una monografía; desayunó a las volandas y volvió a su cuarto para seguir redactándola, cuando sonó el teléfono. Ewa dijo ¿Paul?, con una ansiedad que le hizo cerrar los ojos, esperando lo peor. ¿Estás ahí, Paul? ¡Óyeme bien, falsa alarma, falsa alarma! ¿No dije que debíamos esperar? Estoy absolutamente segura. ¿Are you as happy as I am? ¿Y cuándo nos vemos? ¿Puedes venir en Navidad o quieres que vaya a verte?

Se excusó como pudo, dijo que él llamaría y por poco dio de saltos en la habitación. Por entonces ya había decidido no ver a Ewa, como si fuera la muchacha más peligrosa del mundo.

Elaine salió con el tiempo justo a la estación. Casi fue una operación militar. Ella y el expreso de Nueva York llegaron juntos, pero Pablo no lo supo, sino cuando Elaine le tocó el hombro y se abrazaron un buen rato, apretándose, dando vueltas y mirándose como dos tontos que ignoraran qué decirse.

En el coche dieron un paseo por la ciudad, que parecía

---

remozada y aun agitada en vísperas de Navidad. El aire frío era muy claro. El cielo, blanco y extrañamente radiante. Los árboles sin hojas, transformados en esculturas muertas, y otros iluminados para las fiestas. El parque junto a la casa sonreía por intervalos, cuando el frío no había resecaado esos antiguos árboles dormidos, que ya despertarían y renacerían de modo increíble unos meses después. Apenas empezó a nevar, Pablo quiso verlo todo cubierto, y por ello retrasaron su vuelta a casa. Elaine observó sus reacciones hasta que las plumas blancas, los grumos y pelusas, además de los copos bien formados, se extendieron con infinita paciencia sobre el mundo de hombres, árboles y edificios. Al abrir la puerta, Lillian recibió el beso de quien ya parecía un miembro adoptado por la familia, y entre todos subieron al mezzanine, donde Pablo abrió su gran maleta y les obsequió varios objetos de plata. Cuando Lillian salió con las manos ocupadas, Elaine dio un grito de júbilo al recibir el anillo de la universidad de Duke, con las iniciales de Pablo. Era el sello del noviazgo íntimo, previo a cualquier otro, que Pablo lo daba absolutamente curioso por descubrir el ánimo con que lo recibiría ella, y por saber qué sentiría él, con una novia fija en Lima, si bien no tenía intención alguna de vincular el anillo con un compromiso formal. No, Lucía seguía siendo la primera. Elaine acabó por besar apasionadamente a Pablo, conforme las manos de él ya habían llegado a sus caderas.

Le dijeron que saldrían a las nueve. A esa hora él estaba ya vestido, con pañuelo al pecho, y un vistoso chaleco de moda entre los jóvenes elegantes. A la hora exacta oyó un claxon. Elaine gritó que por favor él abriera y atendiera a sus tíos Ezra, hermano de Lillian, y Mabel, su esposa. El chofer de un Continental que le pareció muy largo abrió la portezuela y Pablo vio bajar rápidamente a una pareja mayor, risueña y ruidosa. Tío Ezra palmoteó las espaldas de Pablo y tía Mabel lo besó; sabían ya que era el boyfriend de Elaine. El viejo simpático, sonrosado y gritón, había venido manejando desde Charleston, donde tenía una fábrica de papel, pero aquí

había alquilado un chofer en el hotel. “Para tener las manos libres”, dijo, y entró preguntando si había hielo en el bar. Sin más preámbulos, iba a servir el bourbon cuando Pablo dijo que se había permitido preparar el pisco-sour con una botella traída del Perú. “Pues pónme el trago al frente”, dijo él, y Pablo se lo sirvió muy frío. “Otro más”, mandó el viejo casi sin respirar, y sólo entonces bebió con Pablo, mientras le preguntaba por sus estudios en Columbia. Cuando salieron de sus habitaciones Elaine y

---

Lillian, vio que todos se abrazaban y besaban más afectuosa y expresivamente de lo que había visto desde su llegada. "Será porque son sureños", pensó. Tío Ezra se paseó por la salita y el comedor, y aun subió con Pablo al mezzanine, sin dejar su copa. "Te voy a obsequiar otras alfombras persas que quedarán bien acá abajo", dijo a Lillian, y ésta abrazó y besó de nuevo a su hermano.

En cuanto bebieron todos, tío Ezra encabezó la procesión de la familia y del invitado, que entró toda en sólo mitad del Continental. El viejo había reservado una mesa en el roof garden de su hotel, a fin de celebrar la Navidad, y anunció que les invitaba a otra fiesta para el Año Nuevo, pues luego debía seguir viaje a Colorado y Nebraska. En el coche brotaron risotadas y comentarios sobre el viaje desde Charleston, mientras la ciudad de árboles iluminados giraba o patinaba. Bajaron en el hotel Belvedere, un monstruo de edificio asediado de reflectores y sembrado de banderas, que no eran de países, sino de vaya usted a saber qué instituciones. Tomando el ascensor más amplio, el que llevaba al roof garden, a esa colección de luces, brillos y trajes de etiqueta de todos los colores, sombreritos y serpentinas, acabaron en una de las mejores mesas, contemplando abajo la ciudad irisada de luces y quizá de miradas. El vozarrón de tío Ezra ya había ordenado el champagne y su mano sobornado al camarero. Pablo sacó a bailar a Elaine, metiéndose entre el hormigueo de parejas, voces y de la estruendosa batería, y todo seguía flotando sobre la ciudad.

Al volver al grupo, tío Ezra les señaló con una mueca a Lillian, quien de veras había cambiado de semblante; hablaba más vivamente y reía mucho, repitiendo: "Este hombre me va a matar". Pablo sacó a Mabel y tío Ezra a Lillian, y mientras Pablo contemplaba a distancia lo bonita y alegre que era Elaine, sentada sola en la mesa, tío Ezra dio demasiadas vueltas con Lillian, que seguía repitiendo: "Este hombre me va a matar".

En el estrado, sacudido de vez en cuando por los estruendos musicales, desapareció una cantante mexicana que cosechó buenos aplausos y vino una cantante negra. No había como las cantantes negras;

empezaron a servir la cena y tío Ezra y Pablo no cesaron de bailar por turno con las mujeres de la mesa.

La cena iba bien, pero Lillian alzaba mucho la voz, no era su costumbre, y Elaine y tío Ezra la miraban mucho, la una preocupada y el otro divertido, haciéndole señas a su mujer. De pronto, los dedos de Elaine se endurecieron sobre el brazo de Pablo. Lillian quiso levantarse, habló de ir al toilet, e iba a caerse a plomo, cuando Elaine dio un salto y la sostuvo a tiempo, si bien Lillian empezó a reír: "Estoy bien, Ellie, pero este viejo zorro me ha emborrachado". Y entonces tío Ezra, serio finalmente, dijo que llevaría a las señoras a casa mientras los jóvenes terminaban la cena.

La cantante negra no se había ido, pero Pablo sólo pensaba en la cena y el champagne para cinco personas; tenía unos sesenta dólares, a lo sumo. Sin embargo, más pudo su deseo de marcharse con Elaine antes de que volviera el viejo, y así tuvo que pedir la cuenta: si era mucha, esperaría al anfitrión; si no, pagaría él. Entonces se dijo que tío Ezra sabía hacer las cosas, porque no sólo había pagado los ciento diez dólares, sino había ordenado servirles a voluntad. "Tienes razón, vamos a casa", dijo Elaine, todavía preocupada por su madre; así continuó en el taxi e inclusive al entrar en el dormitorio de Lillian. Pero salió envuelta en su alegría de siempre. Ruborosa por la bebida y consciente de su promesa de entregarse a Pablo, fue ella quien rodeó su cuello y lo besó como si fuera a quitarle la vida por la boca. Cuando Pablo pudo respirar, ella dio la señal para que subiera en silencio al cuarto de huéspedes. El casi no tuvo tiempo de prepararse. Más rápida y se diría más sabia que Pablo, descalza y como desvestida por un camisón sin hombros

---

que la embellecía, cada vez más natural en sus actos, apareció en el umbral, una mezcla de mujer plena y de virgen adolescente. Oyéndola susurrar y respirar tan cerca, sintió de nuevo que era una extranjera, y por tanto, destinada a otro hombre; pero que su suerte lo ponía ahí, a traducir sus frases llenas de pasión. Al mismo tiempo, satisfecho, sintió que desplazaba a ese amante invisible, a quien estaba engañando con la complicidad de Elaine, lo que de por sí lo excitó aún más, dispuesto a robarle los sentidos, a fin de que ella no volviera ya con los hombres de su raza.

Despertó cuando amanecía. Habían olvidado correr bien las cortinas, pero no quiso levantarse. Elaine dormía de costado, sobre un brazo. El camisón le descubría un pecho, casi se lo ofrecía. Al levantar la sábana, vio que seguía desnuda de la cintura abajo. Sus muslos blancos y duros, y el pubis dichosamente negro, formaban algo así como un paisaje soñado desde niño. La había poseído, pero esa carne firme y sorda seguía de algún modo virgen, ajena a él. De nuevo enardecido, volvió a abrirla las piernas y las alzó muy arriba para gozar de otro espectáculo y quizá también de su propia turbación. Ella abrió sus ojos grises y sonrió, pero ya no tiernamente, sino como desafiándolo a cubrirla, tomándolo de los hombros para observarlo también. Desde entonces ligaron sus ojos y no los desviaron ni cuando oyeron sus propios gemidos en los rostros acezantes. Después, con un largo suspiro, jadeando y riendo, se adormecieron uno sobre otro. Cuando ella se dio la vuelta, Pablo volvió a alzar la sábana y quedó feliz, mirando la otra cara de ese alimento vasto y enorme, como la tierra.

Por toda una semana Elaine repitió su entrada furtiva a medianoche. La víspera de Año Nuevo, delante de su madre, llamó al comedor a Pablo y puso en la mesa sus nuevos diseños, muchos de ellos influidos por el libro sobre arte precolombino que él le obsequiara. Los ojos de éste se abrieron de sorpresa y admiración. Los había de varios estilos, incluso impresionistas y abstractos, pero más le gustaron los diseños geométricos, que le recordaban a Chavín y Paracas. "Esto no puede quedarse aquí", dijo, entusiasmado. "Tienes razón. ¿Me acompañas a llevarlos a Mr. Simmons, jefe de ventas de Woolworth? También irá Mr. Stewart, amigo de mi padre.

---

Tenemos una cita dentro de dos horas". "Por fin se convenció", aplaudió Lillian.

La acompañó, sí, y aun pidió perdón para intervenir en las condiciones del contrato, que le parecieron leoninas según le explicó el abogado Stewart. "Yo también pienso igual, pero si les sacamos cinco por ciento más de lo que ofrecen debemos darnos por satisfechos", dijo Mr. Stewart.

Al salir de la entrevista, pesaba mucho menos la gran carpeta de los diseños que cargaba Pablo; Elaine, como después de un milagro, reía nerviosamente con el cheque de dos mil dólares de adelanto; y Mr. Stewart repetía que habían tenido suerte y que sólo deberían volver el diez de enero, cuando hubiera estudiado bien la letra menuda del contrato, pues lo que habían firmado era solamente una minuta.

– ¡Tú me has dado suerte, Paul! –repetía en la calle Elaine, abrazándolo–. ¡Si no es por ti no me decido!

– ¿Yo? –decía Pablo–. ¿Yo?

La noche de Año Nuevo, Elaine estrenó un vestido largo, ceñido y escotado; parecía una nueva mujer, en la serie de cambios que Pablo contemplaba satisfecho. Lillian y Mabel los trataban como si fueran prometidos. Hallaron a tío Ezra guardándoles la mesa; el puro humeante, brindaba con sus vecinos. El enorme roof garden, ahora con su mecanismo en marcha, giraba lentamente, y así de un rato a otro cambiaba lo que uno hubiera visto por las ventanas. Desaparecía la orquesta y pasaba el bar; la gente chillaba y se escabullía, pero ignoraba cómo volver a sus mesas. Y la orquesta acompañaba la emoción y todos contaban los minutos que faltaban para las doce, y parecían ebrios, pero no lo estaban aún. El confetti, las serpentinas, los gorros de papel y los silbatos deformaban y alegraban tantas caras. Los ademanes eran de hombres y animales resueltos a ser felices. "Es como cuando acabó la guerra y lo celebramos aquí con mi marido", dijo Lillian, parpadeando muchas veces.

A las doce, el gentío y la orquesta estallaron de júbilo. Los comensales se besaban o corrían a besarse. No sólo Elaine lo tomó fuertemente de la cabeza y lo besó en la boca, sino que también Lillian y Mabel hicieron lo mismo con él, en una rara costumbre que lo dejó confuso. Y

---

ahora tío Ezra ya estaba besando en la boca a las muchachas bonitas de la otra mesa. Dudó en imitarlo: si él las besaba, sus acompañantes se desquitarían con Elaine, y él sabía muy bien que era celoso. Pero pronto estuvo en medio de un torbellino y sintió que lo empujaban. Besó a una rubia y después a una morena. Besaban bien; pero creyó que era suficiente y retrocedió buscando a Elaine, quien saltaba de alegría y arrojaba serpentina. Una trompeta rasgó el aire y después vino la furiosa y entreverada batería, el diálogo de fuego o de luces que provocaba aplausos y gritos, y algunos se habían trepado a las sillas. Otras parejas seguían con las bocas prendidas, en una escena inmóvil, como si no existiera la tristeza.

A las tres de la mañana, enrojecido y sudoroso, se despidió tambaleando tío Ezra. Ellos lo siguieron. Después de dejar en su habitación a tío Ezra y a Mabel, descendieron hasta el coche, todavía encendido en el sótano. Elaine ayudó del brazo a Lillian. Una vez en casa, Elaine tardó en subir al mezzanine; estaba acostando a su madre. En eso sonó el teléfono.

– Es para ti –dijo Elaine desde abajo.

Tembló de miedo. ¿Quién podía ser? No había dado el teléfono a nadie. ¿Era Lucía saludándolo por Año Nuevo, en vez de que él la llamara? ¿Y cómo explicarle a Elaine?

– Soy yo, viejo –dijo Braulio.

– ¿Quién te dio mi número? –casi gritó.

– Llamé varias veces a tu universidad, hasta que me lo dieron.

– Bueno, ¿y cómo estás? –dijo, en vez de increparle por qué llamaba con el pretexto del Año Nuevo.

Pero, no, Braulio dijo que estaba tras él desde hacía horas. Que había un tipo centroamericano rondando por su edificio; podía jurarlo, en serio, no bromeaba. Que por favor Pablo, apenas llegara a Nueva York, hablara con un compatriota hondureño que trabajaba en las Naciones Unidas, no en la delegación de su país, no, eso no, sino en el organismo, y que denunciara esa persecución. Braulio no había querido contarle nunca a Pablo, pero él había sido forzado a pedir la beca, como una forma menos violenta de salir de Honduras.

– ¿Te persigue el gobierno de tu país, entonces?

– Sí, viejo, así es la babosada.

“Durante años he evitado ser militante en el Perú y ahora seguiré escapando el bulto”, pensó Pablo. Apuntó el teléfono y el nombre del funcionario; dijo que cumpliría el encargo, pero que no se comprometía a nada más, ¿entendido?

– Entendido –dijo Braulio.

Luego de esa interrupción, las cosas no fueron lo mismo. Apagó la luz, Elaine entró furtivamente y ambos se desnudaron en silencio. El amor no lo adormeció ni le descansó la mente. Pensaba como si enredara las cosas, no las desligara. Un viejo temor le decía que con cualquier desliz podía perder la beca y él no deseaba retornar aún a Lima. ¿A qué, para qué? Otro pensamiento le dictaba que, al revés, con más ahínco, podría transformar su monografía inconclusa sobre Prescott en una tesis que presentaría en Columbia, junto con una solicitud de prórroga de beca al IIE, por otro año, a partir de setiembre de 1954. Hasta el amanecer, mientras Elaine dormía dulcemente en sus brazos, ninguno de ambos pensamientos desplazó al otro. Se sentía pequeño, miserable, apostando toda su suerte a una beca de ciento sesenta y cinco dólares (en Nueva York, después de las fiestas, le darían doscientos), que dependía del veredicto de unos historiadores extranjeros, para halagar a quienes él, quizá de modo inconsciente, había escogido la obra de un colega bostoniano, superado ya por los historiadores de su propio país. Pero, bien, le decía otra voz, ¿y por qué no ordenar y sopesar los errores y aciertos de Prescott en una obra mayor sobre la conquista del Perú? ¿No valdría eso cualquier sacrificio?

Sin embargo, frente al espectáculo del sol cayendo, vanidoso, en el mar, entre el cortejo adulador de espadas amarillas, rojizas o violetas, formándole una guardia para morir con gloria, frente a ese alarde moribundo estaban las noches de luna en la sierra.

Será porque estoy entretenido por el paisaje que todavía no hallo a Dios. Apenas soy un adorador del sol, de la luna y la tierra, sin penetrar aún en el amanecer o en la noche de los nativos, ni menos en la Edad Media de los conquistadores.

El cambio más notable al dejar Sihuas fue la noche. Quizá la diferencia entre sierra y costa esté en el significado de la noche, cuya lobreguez e importancia subsiste aún en la primera. En los poblados, si hay luz eléctrica, los focos todavía parecen velas, y el pequeño retazo iluminado sigue abrumado por la inmensa oscuridad del entorno. Mamá dijo una vez cuánto le extrañaba que en Lima no se respetara la noche como en la sierra. Aun en ciudades medianas, como Caraz, comíamos al caer el crepúsculo y luego nos servíamos de linternas dentro y fuera de casa; la oscuridad devoraba el alumbrado público y casi lo anulaba. Las calles eran bocas de lobo, y las personas conocidas andaban con un muchacho y una linterna, mientras los pobres lo hacían a oscuras y sólo tenían en sus casas lamparines a kerosene.

Bajo la luz eléctrica, en Lima la comida o cena era otro almuerzo, y después la familia conversaba, jugaba cartas, oía la radio o salía a las retretas del Paseo Colón. En mis primeras noches de recién llegada a la capital, decía mamá, yo extrañaba el silencio, el miedo a la oscuridad, o desconfiaba de que ésta fuera tan delgada que no pudiese llamarla tinieblas –palabra casi proscrita en la costa–, y el sueño me venía por estar de pie desde la aurora; pero en Lima la aurora no tenía luz propia, y el sol se veía únicamente en verano. Así, dice que ella empezó a desvelarse de noche, intranquila porque los demás, con luces encendidas, seguían hablando o riendo en voz alta como en una casa encantada. Con el tiempo se fue acostumbrando, acababa leyendo el periódico, enterándose de cosas del mundo que en la sierra se ignoran, mientras afuera los últimos autos se deslizaban por calles asfaltadas, produciendo el delicioso rumor del agua, en una ciudad donde no llovía. Al parecer, ella nunca perdió el miedo a la oscuridad, inclusive al recordar los viajes por las endemoniadas trochas de Sihuas, Pomabamba o Corongo.

Tío Javier le había contado un sueño que ella recordaba en cada túnel. Era una sombra en la entrada, pero sólo presentida. Él alzó su linterna a pilas y vio a una bruja que desprendía del cuello una culebra y que le cedía el paso: "Sigue en paz, hermano". "¡Oh, no!", gritó él, "primero matas a esa culebra o la mato yo, no vaya a picarme ahí adentro". Dice que la horrible mujer quiso huir, pero él cortó su camino y abaleó a la culebra. "¡Pues ahora te maldigo!", gritó ella. "Tú lo has querido. Te pasarán toda clase de males!" Y así fue. Después de irle tan bien en la vida, empezó a declinar como las tardes sombrías: peleas con Elena, malas cosechas, su hígado enfermo, Andrés que ya levantaba cabeza y le respondía, Shesha también en busca de su independencia, y sobre todo, los terremotos que se espaciaban más que antes y no le daban mucho de ganar.

¡Ah, pero las noches de luna! Con ellas no cabían quejas ni lamentos. Eran la dulzura metida en las tinieblas. Extraíamos frazadas y largos almohadones, y nos tendíamos en el patio mirando la luna como no se podía jamás mirar el sol, con placidez y confianza. Esa luz de milagro, el silencio y las sombras vivas del aire creaban una paz donde reinaban las nubes blancas y viajeras. Y entonces venía el concurso de ilusiones, qué serás tú mañana más tarde; si te dieran a escoger entre una bolsa de oro y la felicidad, qué escogerías. A veces, los hijos del señor González, el dueño de casa, venían a tumbarse con nosotros y jugábamos a qué figuras había en las nubes, y por ahí desfilaban todos los animales, hasta que sólo quedaban los pájaros, los reyes de la luz azul (digo, imaginados, porque ellos estaban durmiendo), y los niños se subían a los cóndores, cernícalos, águilas, guardacaballos y pacapacas, y se marchaban despidiéndose de Sihuas, rumbo a Lima, a Lima, como todos los viajeros.

---

Pero no sólo tío Javier por acá y por allá, durante años y años. Mejor hubiera sido decir tío Teodomiro también, y por último tío Ignacio. ¡Qué familia de ejemplares torcidos! Pero ¿torcidos por quién, vamos a ver? Porque tío Teodomiro vivía de modo tan natural y ajustado a las horas del día, que continuaba siendo un niño, cuyos actos eran todos previsibles. Casi amanecía con el pelo húmedo y peinado por Leoncia, quieto como alguien dormido en los sillones de la galería, recibiendo el sol con los ojos entreabiertos. En el patio callado y silencioso, dividido entre la luz mineral y la sombra dormida, la mañana vivía como separada del mundo. Sólo el rumor de moscardones por las vigas del tejado trazaba y rayaba ese silencio. Al fondo, por el portón siempre abierto, la plaza era aún el territorio de sirvientes indios y algunos perros.

De pronto, el mundo cambiaba con los pasos secos de la descalza Leoncia, y la cabeza de tío Teodomiro empezaba a moverse, merced a un mecanismo descompuesto. Un tic por acá, otro por allá, los ojos disparados como a varios sitios a la vez, y la bandeja del desayuno recibía su gangueo, su alegría. Porque tenía hambre de sano. Leoncia le daba en la boca el pan ensopado en café con leche y el huevo pasado por agua. Él reía con las marcas del huevo en la nariz y Leoncia reía con él.

Después le cerraba la camisa de tocuyo, le ponía una chompa tejida por ella para el más bueno de la casa, y allá se lo llevaba de paseo, rehuyendo toparse con alumnos de la escuela fiscal, y menos aún con los notables del pueblo. De éstos y de los niños malos debían cuidarse. Iban camino de Andaymayo, lejos de la escuela adonde Teodomiro no hubiera podido entrar así hubiese querido. El campo era la sonrisa del pueblo, las huertas cercanas, los retazos de trigo y cebada, los potreros con lustrosas bestias cuyos pechos hervían si uno se les aproximaba. Con Leoncia, el muchacho bueno y sonriente babeaba un poco, casi nada, y andaba como borrachito, no como enfermo. ¿Quién podía hablar mal de él si en las tiendas de abarrotes y en el mercado había tantos borrachos? Si les cansaba la trocha o el contar piaras de burros cargados con mercaderías, rumbo a Quiches y

Pomabamba, pues se metían a una sementera, debajito de un árbol, y entre los dos cascaban una caña de maíz y chupaban el jugo para resistir el sol.

Descansaban muy sentados y ahí le entraban a Leoncia las ganas de curarlo. Él tenía cuerpo de hombre grande y huesudo, pero a Leoncia no le faltaban fuerzas. Lo ponía en pie con algún trabajo; era más alto que ella, y si hubiera tenido la mirada firme y la cara tranquila, hasta una muchacha se hubiese enamorado de él. Lo hacía andar como cristiano, derecho, sin quebrar ni enredar las piernas, e inclusive saludando con la mano, buenos días, señor González, buenas tardes, señora Príncipe. Acababan riendo, Leoncia tan quebrada y caída como él; pero el suelo también tenía su encanto, era la cama de los pobres y desdichados. Riendo, se revolcaban sin malicia, y por fin el muchacho grande y gangoso se quedaba dormido. Entonces ella miraba la sombra del sol en una piedra y contaba hasta un buen rato, nada más, porque debían volver a las once, antes de la salida de la escuela. Esos niños gritaban como pájaros, tirándole

---

piedrecitas a Teodomiro, y luego lo remedaban, y ella debía calmar al enfermo, que se había dado cuenta. A veces, la mala suerte se concertaba: un perro nervioso casi le daba un tarascón, o un caballo se asustaba por la sombra torcida y por los saltitos de alguien quizá picado de avispas. Ahí empezaba la guerra de Leoncia contra los escolares, o contra el perro loco, o contra el bayo zonzo que temía a una sombra. Ponía al inocente tras ella, lo hacía sentar, juntaba unas piedras, le decía que se estuviera quieto aunque eso era imposible, y ahí empezaban las convulsiones de Teodomiro. Se le iban brazos y piernas por todos lados, bizqueaba y babeaba, pero ella dale con las pedradas hasta librarse de gritones y escandalosos. Lo malo era que, cuando volvían a casa, todos ya sabían la historia. Había volado por delante o la veían pintada en la cara sucia de cualquier maltoncillo.

Verdad que tampoco en la casa había paz. Sólo con la señorita Grima podía dejarlo, mientras corría a calmar el otro alboroto armado por Ignacio, a quien ella ya había alcanzado joven. Ignacio protestaba apenas su madre dejara de mimarlo. Le gustaba eso de toda la casa para el predilecto, por ser el vivo retrato de don Amadeo. Al verlo, no parecía un viejo colgado en la pared, sino un jovencito andando muy pije, con polainas y foete por las mañanas, y corbata de pajarita por las tardes. La mamita Grimanesa, mamá de la señorita Grima, había enseñado a Leoncia ponerle al mimado camisas bien planchadas, ternos limpios y ordenados en el ropero, zapatos que parecían todos de hule por el brillo que les daba; y cuando mamita enfermó de bilis y los vómitos la secaron, ayudó a la señorita Grima a llevar la casa, además de cuidar al descuidado Ignacio, que no cerraba el portón por la noche ni sabía a qué hora desayunaba. Había que meter la bañera en su cuarto y arrastrarlo para que despertara y se bañara; y como venía lleno de anís del mono y cañazo, le daba únicamente leche hasta la tarde, en que almorzaba como un león y revivía a tal punto que se marchaba de nuevo, más guapo y más saludable que la tarde anterior. En torno a él había quizá un capricho, creado por el alcohol, nombre que parecía de alguien que desfiguraba a los hombres por la noche, los volvía sucios, malcriados y violentos, y ella debía luchar contra

---

ese demonio invisible que apestaba a podrido: peleaba a quitárselo y la sombra a retenerlo deforme, hinchado, miope y repitiendo palabras fétidas, de zorrillo. Se encerraban los tres con la sombra y sólo después del mediodía rescataba al verdadero Ignacio, tranquilo y limpio, para ponerlo a la mesa. Lo que era un sueño inalcanzable, porque la sombra se le iba pegando cada vez más, y nadie podía contra esa segunda vida. El joven, ya horrible, dormitaba en la galería, pero daban las seis, y en un milagro provisional, lavado y buenmozo, escapaba diciendo que volvería en una hora. Todos pensaban que se vería con una muchacha, lo que era a medias verdad, porque él, de seis a ocho, visitaba a las chicas que pretendía, mientras probaba el vino dulce y conversaba en la sala bajo linternas a gasolina, que se repetían en espejos y rebrillaban en cortinas y tapices; pero, a las ocho, huía también de las casonas demasiado limpias y apacibles, y en otro horario exacto, olvidaba su propio rastro y sólo de vez en cuando descubría quién bebía con él, o a qué mujer, rica o pobre, estaba mordiendo el cuello, a qué hombre había golpeado hasta destrozarse los nudillos, y dónde se había embarrado el traje o poncho de lujo.

Al comienzo, Leoncia lo esperaba sola en el portón, lista a protegerlo; más tarde, la acompañó la señorita Grima, nerviosa no sólo por su hermano, sino por su novio que había ido a rescatarlo. Una madrugada, en el zaguán, las sorprendió un bulto sin linterna. Era don Javier, borracho y tarambana como Ignacio, pero sin trastabillar ni enredar la lengua jamás. Las vio indignado, como si fueran mujeres que meterían hombres al patio, y les prohibió esperar a nadie. Desde entonces, como se suponía, la señorita Grima se fue a dormir temprano, y Leoncia, de nuevo sola, continuó esperando a oscuras y en silencio, como una muerta, y cuando Ignacio volvía del infierno, ardiéndole la lengua y las manos, se abrazaba de ella como de otra clase de carne, la buena y dulce que por fin le daba el sueño.

Dejó a esos dos niños grandes cuando la señorita Grima se casó y la llevó a Chimbote, a una casa frente a una vasta laguna que no dejaba de respirar. "Ahí tienes el mar, te lo presento, Leoncia", dijo su ama, y ella esa

noche se encogió de miedo. Al otro día, vio que la laguna era verde o azul, que había crecido hasta escaparse de los ojos y que respiraba como un monstruo ciego echando espuma a cada rato, pero que al parecer enseñaba a los hombres la distancia y la paciencia. Una se quedaba mirándolo buen rato y aprendía de veras muchas cosas.

Con el tiempo, perdonó que Chimbote no tuviera montañas. De día, David y Pablito le hacían olvidar su apego a la sierra y de noche parecía domesticar a pocos el mar, que, después de todo, sólo vivía por horas, como ella, porque el resto lo ocupaban sus deberes y al final quedaba rendida, hecha una sombra, antes de desaparecer en el sueño.

Volvió a Sihuas como a la felicidad reencontrada. En la nueva casa no había idiotas ni borrachos, como en la de mamita Grimanesa. Casi todos los mayores habían muerto, excepto don Javier; pero menos mal que vivía en una cuesta tan empinada que a su ama no le gustaba subirla. Y Shesha y Andrés alegraban la casa, como si fueran otros hermanos de David y Pablito. Todavía éstos no peleaban mucho entre sí; eso empezó en Caraz, cuando se mudaron a la casona del correo, a media cuadra de la plaza de grandes ficus y kiosco, junto a la pila, y la pila en medio de lindos jardines. Pablito tendría unos catorce años y andaba escapando no sólo de su hermano, sino de los otros muchachos. Le gustaba estar solo. Pensó en que era el desarrollo y se atrevió a seguirlo cuando se perdía en la oscuridad de la calle de Teléfonos. Los focos parecían velas y Leoncia únicamente había podido descubrir que conversaba con Olga Vinatea, en la puerta del chalet del dentista, padre de la muchacha. Conversaban de pie, sus zapatos jugueteaban con las collotas del piso, y reían de vez en cuando, con una dicha nueva que deshizo sus temores. Por unas noches dejó de seguirlo, contenta de que sólo fuera eso. Pero, poco después, las noches de Pablito habían cambiado. Iba primero al billar, donde estaba la gente mayor, la nube densa de fumadores, y las fuertes luces sobre las mesas verdes, mientras el señor Duque, al parecer bueno y serio durante el día, alcanzaba vasos y botellas a las gavillas de mirones. Las apuestas corrían a gritos; entre

aplausos y rechiflas, salían los borrachos a la noche, orinaban como caballos, se desafiaban a pelear o perseguían a las muchachas, especialmente a las sirvientas. Ya fuera en el mundo verde del billar o de la noche, Pablito pasaba de un grupo a otro, hablando lo menos posible. Luego enrumbaba al chalet de Olga; a esas horas, él también debía tirar piedrecitas a su ventana. Leoncia los veía juntos, paseaban muchas veces por la acera, y del diálogo sólo oía unas frases: "Me molesta, no sé qué es" y Olga que insistía: "Pero hoy, por ejemplo, ¿qué has sentido? ¿crees que es contagioso?"

Una noche en que la parejita se abrazaba, irrumpió el dentista como un perro de dos patas; quiso ahuyentar a Pablito; pero éste sólo se retiró después de repetir que no hacían nada malo. "¡Fuera, vago!", estalló el hombre, y Pablito contestó: "¡Soy el primero de mi clase, no soy un vago! ¡Infórmese antes de hablar!"

El genio de su pequeño amo se agrió aún más en la casa; ahora se pateaban con David bajo la mesa, inclusive con los platos servidos. El señor Jiménez se lanzaba a cerrar la puerta para golpearlo mejor, pero Leoncia también se había metido por la ranura y protegía a Pablito, contra quien estaban todos, hasta la mamita Grima, que otras veces parecía tan buena. Pablito y Leoncia recibían los cinchazos, y dale el mandón a decir que Pablito era el único problema de la casa, y sobre eso mamita Grima le gritaba que lo enviaría interno a Lima, para que lo enderezaran. Después de un rato con el veneno de la cólera, el señor Jiménez parecía despertar y la paz volvía al comedor.

Otro día, Pablito, sin probar ni pizca del almuerzo, huyó a la carrera, sintiendo quizá que su familia era el infierno. Leoncia se envolvió el pañolón y salió tras él. Menos mal que era sábado y el pueblo estaba medio dormido. Pablito tocó la puerta del dentista, habló con la sirvienta y se retiró de la acera, por si acaso saliera el hombre. Olga apareció limpiándose la boca y pronto ambos empezaron a correr más que Leoncia, perdiéndose por las sementeras. El sol brillaba de contento, las nubes jugueteaban con el cielo azul, y el río Santa quería decir algo con los suspiros que cubrían los retazos de alfalfa de las orillas. Leoncia creyó que los

---

muchachos cruzarían el puente de Pueblo Libre para huir en un camión.

Nada de eso. Gateando para no ser vista, los descubrió tumbados en la alfalfa, conversando y riéndose. Olga decía un nombre, imitaba una voz, torcía la cara y Pablito soltaba la risa. Iba a volverse, avergonzada de no dejarlos solos, cuando oyó otra cosa: “No tengas miedo, tu tío Teodomiro es de la línea materna, pero tu papá no tiene esa clase de parientes”, dijo Olga. “De padres cojos, hijos bailarines”, dijo Pablito, y otra vez la risa de ambos. “Bueno, entonces sólo te queda ser borracho como tu tío Ignacio”, dijo Olga, y ahora la risa fue tan grande que Leoncia huyó con más miedo que antes.

Luego vino un tiempo en que la familia comió en paz y ella ayudó a mamita Grima a decorar la sala. El señor Jiménez compró en Yungay la alfombra más grande que ella hubiera visto, y dos grandes espejos con marcos dorados. El precio había sido bueno, y toda la familia, inclusive Leoncia, viajó a Yungay a traer esos tesoros en un camión alquilado. Fue hermoso volver bajo cielo radiante y el valle reflejado en aquellos espejos. Bajarlos fue una hazaña, que sólo acabó cuando vieron la alfombra tendida como un inmenso pellón de viajero y suspendidos los espejos con sus propias imágenes de gente cansada y sonriente. Y después, todos apagaron la sed con la chicha de pan y canela que le alababan a Leoncia.

Pero aún más inolvidable fue el día en que Pablito llevó a Olga a presentarla a sus padres. Leoncia no hizo sopa de arvejas ni picante de cuyes, no se trataba de un cumpleaños, sino de una fiesta especial; se esmeró en el asado de cordero y en los huevos a la nieve. Estrenó uniforme y salió con la primera fuente. Los cinco comensales habían tomado el vermouth y buscaban, en el súbito silencio, cómo llegar al tema principal de la noche. Finalmente, mamita Grima dijo algo amable para Olga, que Pablito recogió en seguida y contó de paso que el colegio 2 de Mayo preparaba una excursión a Lima. Otro breve silencio, y Davicho dijo que no iría, que costaba mucho, y mató el diálogo hasta que el señor Jiménez lo resucitó para decir que tarde o temprano lo cambiarían a Lima, y que sólo entonces viajaría toda la familia. “Pero

---

sólo es una excursión de colegiales, no una mudanza”, dijo Pablito, sin que pudiera suponerse que una minucia como ésa encendería la discusión. Mamita Grima hizo callar a Pablito, pero él no se dejó, y entonces Davicho dijo que había visto a su hermano tomando pisco puro en el hotel Giraldo, y que sin duda para tener esas libertades quería ir a Lima. Hasta que Olga dijo que eso no era cierto, que a Pablito no le gustaba siquiera la cerveza. Davicho quiso acallarla, en el momento justo en que mamita Grima intervino: “A mí nada con borrachos ni locos, los odio a todos”, dijo ella, oyendo lo cual Pablito, muy tranquilo, dijo: “Entonces odiabas a tío Ignacio, que era copa firme, y a tío Teodomiro, el idiota”. Davicho y su madre se pusieron en pie, un plato de asado rodó al suelo y manchó todo por el camino; pero el grito más fuerte y salvaje lo dio el señor Jiménez. Correa en mano persiguió a Pablito tras las sillas, como si el muchacho no estuviera ahí con su enamorada. Ella no podía consentir que lo trataran así.

Leoncia se metió en el delgado espacio que todavía separaba a Pablito de su padre; sin saberlo, había arrinconado a su preferido. Una mano con garras le tiró de la trenzas y Pablito alzó una silla para resistir el ataque combinado de sus padres y de Davicho. Nadie se acordaba de Olga, la huésped, que finalmente paralizó a todos de un grito, sí, de dolor, y los envolvió en su propio escándalo. Bastó eso. Pablito se escabulló detrás de Olga, y ésta, protegida por la queja, se escurrió asimismo, rompiendo ambos a correr.

Desde esa vez el señor Jiménez miró mal a Leoncia. Una noche la encontró llevando comida al castigado Pablito, que la esperaba en el coliseo, donde habría un partido de b́asket. “¿Me estás robando?”, gritó el hombre, cuyo genio se había agriado definitivamente. “Sí, señor”, dijo ella, incapaz de decir otra cosa, haciéndole abrir la boca de asombro.

Pero, más tarde, por su parte, Leoncia abrió también la boca, viendo lo increíble. Pablito dormitaba en el sofá, y mamita Grima le pasaba la mano por la cara, como si fuera un santo. Le sonreía desde antes de que despertara, y cuando lo hizo, preguntó a su hijo: “Dime la verdad, ¿cómo te sientes?”. “Nada, de veras, sólo un poco de

fiebre, sin duda es la gripe”, respondió él. “No creas que soy insensible, hijo. A veces me paso todita la noche sin dormir, rogando para que el mal de Ignacio y de Teodomiro no les haya pasado a Davicho y a ti. Ustedes son inocentes, la culpable y enferma soy yo”, y empezó a llorar. “Eso no, mamita”, dijo Pablito, besándola, y con ese cariño de santo que abrumó a Leoncia y le hizo persignarse. “Tú eres buena y mantienes la casa unida. Davicho y yo somos nerviosos, y yo más que él; peleamos mucho, pero eso no es nada grave. Yo quiero cambiar de ciudad, graduarme de médico o de ingeniero, especialmente fuera del país, y volver y ponerles a ustedes una casa grande. Es tiempo de que descanses. Los pobres padecemos mucho”. “Es curioso”, dijo ella, “sin duda ahora somos pobres, pero antes, con varios fundos y la casona de mamita, y mi plata de nueve décimos bien guardada, éramos ricos. No debimos vender nada al tío Javier, ustedes tenían razón; yo a veces me niego a aceptarlo, pero es la verdad”. “Vender, sí, mamita, pero que nos pagara lo justo”, dijo él, arrullado en el seno de su madre.

Desde entonces el miedo del viaje a Lima se le metió en el cuerpo. Estaba claro que el señor Jiménez no la llevaría; él mandaba en la casa y poco podrían hacer su mujer o Pablito en favor de Leoncia. Pensaba en dónde se quedaría. Su cabeza quedó en blanco; de pronto las ciudades grandes y las casas nobles se afearon; les salió algo siniestro en la bonita fachada, y tampoco las calles las imaginó mejor, todas derechas, sin seguir el perfil del terreno, sin árboles o matas que recibieran el sol, y hasta con los ríos abandonados. Sólo había que ver las casas que le habían dado la espalda al río Santa en todo Caraz, sin mirarlo nunca; y todavía así, se extrañaban de las avenidas, de esa justa venganza del agua. Los patronos ignoraban cuáles eran los tesoros, el suave declive que precipitaba la corriente, las sábanas de agua tendidas entre bellos pedrones, la espuma blanca envolviéndolos y arropándolos, y el rumor de toda esa agua que suspiraba o bramaba, según el genio de la tierra. Sí, lo mejor sería volver arriba, a la cumbre donde crecían habas, papas y llacones; marcharse sin nadie y trabajar la chacra desde las seis de la mañana hasta acostarse, ya

---

oscuro, a las cinco de la tarde, cuando el viento la metía a una dentro de la choza, que apenas daría para ella sola.

Con esa decisión firme, que casi la convertía en sonámbula, vio y ayudó los ajenos preparativos del viaje, las maletas por reventar, la increíble ansiedad de Pablito y David por marcharse de Caraz. Algo había sido cortado por un gran cuchillo: la familia ruidosa para un lado, y ella, sin testigos, para otro. Uno a uno se despidieron de Leoncia, diciendo como obligados que mandarían por ella, a sabiendas de que mentían. Y Leoncia que no quería llorar, pero lloraba, porque a los patrones, así no fueran ricos, les gustaba que sus sirvientas lloraran al despedirse, suponiendo que ellos se iban a la mejor ciudad del país y ella al sucucho del mundo.

## 27

Siempre nos había gustado caminar. Una cosa era salir los días de semana, sin darse cuenta, casi como respirar, y otra los sábados y domingos en que organizábamos excursiones. Andrés por delante, feliz del aire libre, Pablo al centro, y a la zaga David, marchando a regañadientes. ¡Ah, qué paseos, con o sin mochila, inclusive en las engañosas mañanas de sol, oscurecidas y tristes por la lluvia final! En cuanto se despejara y la costra húmeda no hubiera secado aún, pues volvían a salir, pero volvía asimismo la mangada, la jaula de rayas oblicuas, los baldazos de odio, el diluvio y la noche, sin que ninguno de esos monstruos alcanzara el otro día, cuando el aire recobraba su espléndida vida azul.

Sobre todo, nos gustaban los atajos, sorprender a la naturaleza por el lado imprevisto; subir a una pirca y sentirse un gigante que resistía el viento y las miradas a distancia, o correr por un declive en pleno aguacero, y con la prisa, dar sin remedio en un lodazal, que cedía bajo los botines y allá resbalábamos, pero riendo.

Nada de eso importaba, por ejemplo, si trepábamos

---

a Llanganuco. Más allá del barro y de los aletazos del viento, entre jadeos y fatigas, coronábamos la última cuesta y hallábamos la laguna verdiazul, perfecta, y también nos parecía tocar el pecho del monstruo blanco que casi nacía, como otra planta, del agua. Pero su extraña carne no sólo era de hielo. Sí, el Huascarán, un monstruo, pero también una cresta de montañas ingenuas, dulces y benignas, deleznables hijas del sol, que las moldeaba según las horas del día, según los años y siglos.

Pensar en esos nevados nos hace soportar estas callejas de Lima, muy pintadas y femeninas en la planta baja, donde se abren tiendas de juguete, pero horrendas por arriba, cuarteadas y polvorientas, y lo peor, inconclusas, sin techos, como seres descabezados. No obstante, la historia corre por estas angostas calzadas y no por el Callejón de Huaylas; el poder o el desgobierno están acá, y por ello vinimos a tomar parte en la comedia, a esperar unas migajas del botín. Menos mal que no caímos en la trampa y somos libres como un pájaro.

La infancia de Lucía, en cambio, reposa en estas calles. Nació en el mismo Mercaderes, donde la gente ya no nace, sólo se deforma; creció en Baquíjano, entre manifestaciones de urristas y sanchezcerristas, y luego entre ecos de la campaña de Bustamante vs. Ureta, el pueblo contra la élite. Esa vez, cosa rara, ganó el pueblo, pero sólo por tres años, y volvió la élite del brazo de un militarote tarmeño y los pobretones de la clase media acabaron en las cárceles, y entonces nosotros huimos en las alas de una beca.

Ella se quedó. Lucía, la antigua niña buena que encantaba con sus ojitos pardos y la sonrisa de muñeca, que de súbito se encrespaba en brazos del ama negra y corría a esconderse en su cuarto. Le gustaba meterse muy adentro en el ropero: nadie sino ella sabía que en unos minutos más vendrían las arengas, el tropel de manifestantes por el jirón de la Unión, la aorta del país, y también los balazos y los heridos que acabarían refugiándose en su casa de tres pisos, junto al cine Excelsior y a La Prensa. Ella lo sabía, pero demoraron

---

mucho en entenderla sus padres y los amigos de éstos, quienes llegaban a las seis de la tarde (todos paseaban a esa hora por el Jirón de la Unión), para salir a los balcones de la calleja histórica, estrecha, y con el tiempo huachafa y maloliente. La familia juraba al comienzo que no oía nada; pero Lucía estaba segura y por ello zapateaba, dice que se tapaba las orejas mientras su carita se arrugaba de miedo; y después le venían los vómitos, porque hasta eso llegaba. Hasta que la familia, reunida en el gran comedor, abierto a cualquier amigo que deseara tomar el té, aprendió que si la niña corría por los salones, tapándose la boca, era porque ya empezaría abajo el tumulto, y entonces se precipitaban al balcón y a las ventanas, por ver la trifulca que acabaría a balazos, y a los heridos arrastrándose escaleras arriba, ayúdeme, por favor, señor, señorita, llame usted a un médico.

La niña crecía y también la banda azul en su pecho. La mereció desde el León de Andrade; pero su educación sólo fue completa cuando entendió los mezquinos límites de la ciudad, todavía provinciana. Tanto, que no hubo un médico capaz de controlar el glaucoma de su padre, y los sueldos eran tan bajos que él no podía curarse en el extranjero. Hubo que resignarse al cirujano limeño y así la ceguera del señor Duarte iba oscureciendo, de modo gradual e inexorable. Su ánimo se apagaba junto con la luz de la casa. Esa fue también una lección para la niña, ya no más nerviosa, por fin sosegada y formal, que luego vivió un larguísimo día de mayo de 1940 (¡siempre el terrible mayo!), al empezar la primaria. Una semana antes, un sismo liviano había provocado el castigo de toda su clase en el Sophianum. La madre Conwell había sermoneado con voz precisa y cortante. Cuando empezó el nuevo temblor, que parecía más intenso, las niñas chillaron, inmóviles, en el sitio. Lucía y su banda azul quedaron quietas, quietísimas, pero los sacudones de la sala, del edificio, del mundo, y el escándalo de la pizarra caída desbarataron las órdenes de la monja. La avalancha de gritos y piernas enloquecidas casi derrumbó la puerta. Lucía, por dar el ejemplo, se quedó temblando, pero inmóvil, en medio de las primeras paredes cuarteadas,

---

de las primeras caídas de estuco y de las últimas barandas que se precipitaban escaleras abajo. Hasta que ella tampoco pudo más, algo iba a reventar en su corazón y en sus sienes; huyó la última, pero no paró hasta gritar y convencer al miedoso taxista. Bajó y corrió despavorida por la Colmena, sorteando las cornisas que volaban por su cabeza, y frenó apenas por la plaza San Martín, como si viajara sobre patines, sólo para ver que todos estaban locos, que los automóviles, como la gente, subían y bajaban los peldaños, y continuó hasta Baquíjano y hasta los brazos de su madre, lo único sólido y fuerte del mundo.

Pero, en medio de días malos, de manifestaciones políticas o de temblores, había asimismo tardes felices en el Teatro Municipal. No le importaba subir con el ama negra a cazuela (con el valor de una platea les daba para dos funciones), adonde subían siempre los entendidos de Lima. Y bien sentadas y comiendo chocolates, veían el desfile de las mejores compañías de ballet. Porque, en ese tiempo, Lima estaba en el itinerario del Coronel Basil y del American Ballet, y de todas las que vinieron después; y si no llegaban nuevos grupos, pues se iban al cine, desde Lo que el viento se llevó en adelante, y también a las zarzuelas, cuando las había auténticas.

Merced a esas veladas pudo soportar la negativa de las monjas a que se dedicara al ballet. Le gustaba mucho y a su madre también; se sabía de memoria el repertorio de las primeras bailarinas y aun se compró malla y zapatillas; pero las monjas (hasta la madre Conwell, que parecía tan buena y comprensiva) sacudieron la cabeza y dijeron que eso o la banda azul, que las dos cosas eran incompatibles. Le dolió, tuvo que renunciar, pero no a ver esa vida soñada y perdida, a la vez, en el escenario, donde hasta las tragedias eran hermosas, y el llanto, una bendición para el alma. Ella se sentía feliz como en otra clase de templo.

Un sábado estaba en Chosica, en casa de una amiga del colegio, bañándose en la piscina. Había aprendido a nadar bien y le gustaba el estilo libre; pero también bucear por ahí abajo como si no tuviera brazos, como un delfín o una foca, y ahí adentro se enamoraba más y más del

agua. Cuando salió a la superficie, sus amigas corrían a vestirse y le gritaban como si se tratara de otro temblor. Pero, no, nada de eso. El dueño de casa dijo que la armada se había levantado contra Bustamante y Rivero y que él las llevaría a casa. ¡Y ella seguía viviendo en el Jirón de la Unión, donde siempre repercutían esas cosas y adonde era más difícil llegar! Los teléfonos empezaron a cruzarse con tantas llamadas. Con el pelo húmedo parecía tener, como las demás, un casquete sedoso y brillante, todas sin pizca de pintura, los pálidos rostros de niñas agrandadas y cogidas in fraganti. Por el camino, la radio iba dando noticias contra el Apra y los comunistas, mientras el automóvil repartía trabajosamente a las amigas de Lucía; pero a ella no había cuándo la dejaran en casa, nadie quería ir al Jirón de la Unión, en medio de una revolución. Así era siempre, y entre los viajes a Barranco, a Miraflores y a Pueblo Libre, cayeron la noche y las noticias más negras sobre el auto, que, finalmente, se acercó, sólo se acercó, a la plaza San Martín, ya medio llena de curiosos y manifestantes. Fue suficiente. Saltó y echó a correr, que en eso era una experta. Por su edificio pasaba algo raro, un gran gentío, pero en silencio, y todos leyendo las noticias de la pizarra colgada en el diario La Prensa, en el edificio contiguo al suyo. Y para remate de preocupaciones, el señor Duarte y sus amigos de esa hora hacían ya la guardia, unos en el balcón y otros abajo en la puerta del departamento; pero ninguno la descubría aún, y eso que ella se había metido por entre los guardias y el gentío, agitando los brazos para que la vieran. Hasta que, finalmente, su padre y los amigos de éste corrieron a darle el encuentro como para librarla de una guerra.

– ¿Cómo fue eso, qué sucedió?

Otra mañana en el centro, sin paisaje alguno, otra cita con ella en el restaurante de moda, como cuando te despediste. Imposible que hayan pasado veinte años y que uno tenga ya casi cuatro de casado. Sin embargo, hay acontecimientos que no suelen o no pueden ocurrir. En un matrimonio de veras sólido, uno supone que conoce a su mujer y que cualquier reacción de ella, así fuera nueva, jamás sorprendería mucho. El rostro dulce

y los ademanes son conocidos; tal vez el propio destino de Lucía le haya deparado sólo las formas suaves y civilizadas de la vida. Imposible admitir que pueda hacernos temblar de pies a cabeza, dejarnos el pecho quemado por la angustia, incapaces de mirar sus ojos cambiados, ajenos. Increíble, la palabra más tonta.

– ¿Cómo dijiste? Repítelo, por favor.

¿De qué tema tan atroz podría hablarnos, excepto, quizá, del adulterio de ella, porque del nuestro no importa un comino? Y como el adulterio no va con ella, el marido se siente tranquilo de antemano; su matrimonio descansa en algo así como una roca. Tranquilo, ésa es la palabra, porque “feliz” es algo presuntuoso.

Pues sí, con esa tranquilidad, uno la espera, a fin de celebrar la fecha almorzando en el centro, por donde ya nadie se pasea, sólo cruzan caras apretadas por la ansiedad y la falta de dinero, eso se ve claro. La crisis, cosa eterna en el país. Nos hubiera gustado invitarla a almorzar en la playa, en la Costa Verde, por ejemplo; pero ella trabaja por las mañanas en el colegio que ayudó a fundar, y desde ahí centraliza nuestros proyectos de Ancash. Ambos nos sentimos así, medio libres, y olvidamos que nadie nos espera en casa, ni siquiera la madre muerta. Y tenemos muchos hijos, simbólicos y ajenos, claro, a quienes deseamos pasar nuestra buena suerte. Quizá sólo para eso sirva la Fundación Grimanesa, cuyos fondos y acciones, ya propios, ganan también intereses aquí y allá. Todo parece ir bien en las cuentas de Lucía y en los resultados que trasmite el ingeniero Eduardo Pareja; pero la gente todavía no sonríe. Todos pasan preocupados, como aquí en Boza. Entremos a confirmar la orden en la florería. Es el cumpleaños de Lucía.

– ¡Oh, señor! ¡Mandé la canasta ahí mismito que usted llegó!

– Pues déme una orquídea, por favor.

También a la florista la conocemos hace años. Ordenando flores para la misma mujer; en Lima, sí, pero en Nueva York tenemos aún a Linda, es nuestro último secreto. Nos hemos reducido a lo que éramos en nuestra juventud, a nuestra ciudad, a las antiguas figuras que vimos por estas calles, y que ahora se ven hinchadas,

deformes, con arrugas y canas. Siempre es la misma sensación; parece que, en un largo paseo, habiendo salido de niños, no acabáramos todavía de llegar, y que alguien invisible nos fuera transformando en adultos y viejos. Bueno, a los demás, porque nosotros nos seguimos defendiendo.

– ¿Que si me puede pagar con cheque? Por supuesto, señor. Y saludeme a la señorita Lucía. ¡Qué tonta soy! ¡Me olvido que ya es señora! ¡Hablo como las negras! Hasta luego, señor.

Lima ha crecido mucho, pero algunos hombres y mujeres no han cambiado de sitio en la calle. Los conocemos bien, excepto el nombre; por fuera sabemos sus hábitos, dónde trabajan, a qué hora salen a almorzar, cuántos cigarrillos compran a los ambulantes y dónde tomarán un café. Son miembros de una familia nacional; no molestan ni se acercan a uno. No saben que uno los quiere. Pablo y una orquídea paseando por el Jirón de la Unión.

Tanteamos el dinero para el almuerzo. Temprano hemos cambiado unos dólares. Una vergüenza para cualquier nacionalista, oh sí, pero San Marcos paga lo que puede. A ese sueldo simbólico (¡todo acaba siendo simbólico!) debemos sumar el interés mensual de nuestros ahorros en dólares. Una pequeña fortuna. La universidad de Columbia sigue depositando allá nuestro sueldo por el año sabático, y la firma Elaine & Friends deposita otro cheque, soy el consultor. Sólo así hemos podido crear la Fundación Grimanesa, que por fin abarca varias provincias. Un viaje por año a Nueva York y otro a Sihuas y Huaraz. Las cuentas claras y la ideología revuelta. Sólo nos falta vencer la desconfianza de quienes no ayudan al prójimo.

La infancia de Lucía sigue también por estas calles. En la esquina del cine San Martín dice que tomaba el ómnibus para el Sophianum, y que antes de eso, su ama negra la llevaba al León de Andrade, por la avenida Tacna, que entonces no existía. El último tramo, ya en la calle de Belén, lo hacemos a pasos largos, entre viejas casonas convertidas en tiendas hasta por los patios. Frente al portón de una de ellas, Lucía nos agita el brazo. Sonríe, y al punto se despeja la húmeda y sucia mañana de

setiembre. De lejos es menuda, delicada y sonriente. De cerca es firme, decidida. Por algo ha vencido a sus rivales, a Ewa, la que temió un hijo nuestro, a Elaine la muerta, a Kate la putona, y a Linda, el último secreto. Su mirada es nueva, como si no viviéramos juntos. La sentimos como un licor tibio y sosegado.

– ¡Vaya, mi amor, y con una orquídea! ¡Muchas gracias!

Nos saluda briosa, con paquetes de compras y la sonrisa que sigue elevándola del suelo, conforme entramos en la casona convertida en El Tambo de Oro. Hay pocos turistas, la revolución peruana disgusta a los gringos; en el bar de muebles coloniales y pequeñas mesillas, el largo mostrador nos cruza los ojos.

– ¿Con quién crees que me encontré en la Plaza San Martín? –exclama ella–. ¡Con mi primo Fernando Elías! ¡Apenas lo conoces, estuvo en nuestro matrimonio, pero de chicos él y yo nos llevábamos muy bien! ¿Y sabes qué? estaba de compras con sus dos hijos, uno de cinco y otro de seis. ¡Se me encogió el alma!

Y de pronto su mirada parda brilla demasiado.

– ¿Por qué? ¿Qué tienes? – y cualquier idea nos traspasa. Pero se interpone el mozo y he ahí las vodka and tonics, ya no el pisco-sour ni el planter's punch cargados de antes; ahora hay que cuidarse el hígado, el colesterol. Lucía no sólo contiene su voz, sino también sus lágrimas, hasta que se vaya el mozo.

– ¡Vamos, dime qué tienes, por favor!

– No es nada –y por fin ella mezcla su incipiente tristeza con un estallido voluntario de alegría, iluminando su rostro–. De verdad, no es nada serio. Sólo el recuerdo de algo que ya te contaré.

– Pues entonces dame un minuto para el brindis. Por tu cumpleaños.

– Y también por el segundo aniversario. Ya no falta nada.

– Sí, dos años de casados. Me parece que fue ayer.

– Gracias, por lo que me toca.

Vuelve el mozo con la carta.

– Pablo, pide lo que quieras, pero con camarones ¿eh?

En cuanto acabamos de ordenar, ella casi detiene el tiempo con la mano, crea un espacio íntimo para

---

nosotros, y dice bajando la voz:

– ¡La última vez que vi a Fernando fue en Chiclayo, hace siete u ocho años! ¡Imagínate que no hubieras tenido novia con quien casarte!

Y se detiene nuevamente. El tiempo ya es un hilo tirante de curiosidad y miedo. Y ahora sigue hablando, con voz menuda y suave:

– No sé cómo pasó. Fernando se había casado en enero con Clara, una chica vecina suya, de San Antonio, y me invitó en febrero a pasar vacaciones con ellos. ¿Por qué no ir, si yo no conocía el norte? Pues allá me fui. El trabajaba en un Banco, estaba empezando, por supuesto, y ella había aprendido a manejar la camioneta que el Banco les prestaba los fines de semana. Me dijeron: “¿Vamos a pasear por los alrededores?”, y yo sí, muy dispuesta, y en el camino, a pesar de la presencia de Fernando, su mujer y yo pudimos hablar de sus primeras impresiones de casada, y yo pensando si alguna vez me llegaría a casar contigo. ¡Porque vaya el miedo que le tuviste al matrimonio! ¡Así has sido, no te rías! Y en uno de esos paseos, de vuelta de un restaurante campestre donde comimos espesao, esa sopa levantamuertos, Fernando dijo: “Vamos a bañarnos en la presa”. Pues sí, vamos. Era como una laguna, quieta y hasta parecía tibia, ignoro por qué. Más tardó él en invitarnos que nosotras en ponernos ropa de baño, ahí atrás, en la misma camioneta. Cuando las dos mujeres nos metimos en el agua, Fernando nadaba en dirección a una especie de islote con plantas, que se divisaba al fondo. “¿Sabes nadar?”, pregunté como de paso a Clara y ella dijo “Sí, un poco”. Pues nos zambullimos, y el agua, Dios mío, estaba fría y tiraba levemente; se sentía en las piernas. Di mis buenas brazadas para calentarme, ya sabes que nado bien, y aun empecé a hacerme la muerta para descansar y gozar del cielo. Cuando recordé a Clara, la vi cerca, al menos eso parecía, pero la fuerza de la corriente se la llevaba adentro, aunque ella sonreía chapoteando.

Lucía se calla; la sombra del mozo pone los platos.

– ¿Y qué más? Sigue.

– ¿Más vino, señor?

– Sí, sí, está bien. ¿Y qué más, dime?

- ¡Hum, riquísimo!
- Vamos, vamos, ¿qué más?
- ¿Dónde me quedé?
- ¿Cómo, no te acuerdas? ¿Qué modo de contar es ése?

– Sí, bueno. Clara estaba cerca y nadé hacia ella, quizá por mero instinto, para defendernos juntas de la corriente; pero no pude alcanzarla. Hasta oí un llamado, tal vez un grito. ¿Era ella? No, yo había gritado hacía Fernando, tumbado allá en el islote, feliz, sin darse cuenta de nada, y Clara que ya agitaba los brazos y chapoteaba más. ¡Se te acabó la copa, amor! ¡Dile que te sirva!

Restallamos los dedos, una mala costumbre que se nos ha pegado justamente en Lima, cuando jóvenes, y que jamás usamos afuera.

- ¿Y entonces?
- ¡Hum! ¿Cómo se llama este plato?
- Corvina rellena con camarones. ¿Y entonces?
- Pero la salsa tiene algo más.
- ¡Vamos, Lucía, por favor!
- Bueno, bueno. Clara agitó los brazos, llamándome, y por fin confesó con ademanes que no podía más. Yo dije, Dios mío, venir desde Lima especialmente a que nos pase algo, y recogí fuerzas y grité de nuevo a Fernando mientras me lanzaba por ella. Por arriba Clara ya no estaba, y entonces bucé; la corriente, cada vez más fuerte, nos tiraba a ambas. Conseguí atraparla, pero quería seguir la norma de los salvavidas, cogerla del cuello o de los pelos y con el otro brazo nadar hasta la orilla. Pensarlo es fácil; le atrapé una pierna, después un brazo, pero ella se desesperaba y me hundía; por una o dos veces salimos a respirar como la última bocanada, gritando y escupiendo; hasta que al fin...

Ya no puede haber otra pausa, pero la voz duda, calla, ha inventado una casa bajo el agua, si bien las dos mujeres no pueden estarse ahí mucho rato.

– No sé si pueda contarte más –y los ojos de Lucía han salido como del agua, las palabras tardan en los labios quietos, pero de algún modo crueles—. Conseguí levantarla, hacerla respirar, pero en seguida se sacudió y me hundió de un tremendo manotazo. Pensé, oh Dios mío, venir de tan lejos a morir acá y sin haberle dicho a

Pablo dónde estoy –y el temblor ha pasado íntegro a nosotros, ahora ella tiene nuestra vida en la mano–. Sin duda me desmayé o morí por unos segundos, porque cuando desperté, ya Fernando me tiraba hacia la orilla, ¿oyes?, a mí, a mí. “¡Yo estoy bien! ¡Salva a tu mujer!”, grité, y Fernando se zambulló otra vez, y yo mirando y tiritando desde afuera. Menos mal que se me juntó un viejo, arreando un burro; pasaba por ahí y lo había visto todo. “¡Señorita, no sé nadar; si no, le ayudaría al joven!”, decía, pero yo sólo miraba a Fernando y él surgía a ratos a respirar y volvía a meterse en ese mundo horrible de abajo.

– ¿Y no la encontró..?

– La encontramos casi por la noche, cuando había un gentío con nosotros, y a todos hubo que explicarles qué pasó, cómo fue, pero había otras cosas que yo me preguntaba: ¿por qué Fernando me salvó a mí primero, por qué yo solté a Clara y no fui capaz de mantenerla a flote? ¡Sin duda no hice lo suficiente, Dios mío, la culpable era yo! ¡Ellos sólo estaban casados un mes, los visité en su luna de miel! ¿Me oyés?

La voz se ha cortado de otro modo, con un ahogo y una tos, y entonces nos precipitamos por el vaso de agua. El mozo hace lo mismo.

– ¡Ya estoy bien, qué dirá la gente! ¡Estoy bien!

Ella siempre buscando la moderación, el orden, la armonía del cuadro.

– Y ahora dice Fernando que se casó de nuevo y ya tiene dos hijos chicos; lo encontré justamente con ellos. Dice que su esposa se había quedado en casa. ¡Dos hijos, y nosotros que perdimos el único!

– ¡Oh, lo hubieras invitado, me hubiese gustado conocerlo! –exclamamos de pronto, fingiendo no haber oído la última frase.

– Varias veces se me ha cruzado por la mente que quizá él no quiso salvar primero a su mujer, que quizá tenían un problema y la prefería muerta. ¿Imaginas lo torcida que puedo ser a ratos? –y le ofrece su carita de buena, para que tratemos de ver las cosas feas que le bullen por dentro.

– No, cualquier persona pudo haber pensado igual. Tal vez te salvó primero porque estabas más cerca, pero depende del tiempo que le tomó zambullirse la segunda

vez.

– ¡Ah, si yo te hubiera escrito las cosas feas que pensaba de ti, cuando no querías venir a casarte!

– ¡Por favor, Lucía!

– ¿Te remuerde la conciencia?

– Sí, mucho.

– ¡Y eso sin recordar a tus amigas de Nueva York! ¡Hasta de Sihuas volviste con marcas como de ventosas por el cuello! ¿Crees que soy una idiota?

En un segundo, las cosas se han vuelto muy desfavorables para nosotros. Ewa, Elaine o Kate no reaccionaban tan firmemente como Lucía, ni nos reprochaban nuestra conducta.

– Pide la cuenta y vámonos –dice ella.

Entonces nuestra mano recorre el largo trecho que nos separa de Lucía y atrapa su mano y la va acariciando, mientras arriba la esperamos con los ojos inmóviles. Tras una pausa en que de veras nos hace sufrir, renace en ella su mirada limpia, aun burlona, que escarba cosas negras en nuestro pecho, pero ya sin resentimiento alguno. Quizá se convenza al fin de que las pasiones nos han dejado por el camino.

– Te has despeinado un poco –dice, componiendo nuestros cabellos–. ¡Vaya, al menos se te ven tres o cuatro canas! Ya era tiempo. No había derecho a que no las tuvieras. Pero no son para echarlas al aire ¿eh? Eso se acabó, porque de lo contrario me divorcio de ti. ¿Has oído?

Su voz es un siseo, un chasquido, pero con una extraña energía que no admite discusión.

– Sí.

¿O sea que tenemos a otra Lucía sentada al frente? Es una sorpresa, pero muy agradable. Así hemos querido tener siempre, una mujer inteligente y astuta, pero sobre todo valiente al defender sus derechos.

– ¿Y no tendrías tú algo que ver con ese Fernando? – preguntamos, tal vez sólo por cambiar el platillo de la balanza.

Ella nos mira fijamente:

– ¿Quieres hacerme llorar de nuevo?

Entonces volvemos a pensar en nuestro último secreto. Con Linda nos damos un beso de vientres cada

---

año en Nueva York, algo ya sin importancia, pues hasta ella ha olvidado que alguna vez quiso un hijo nuestro.

– No, por supuesto –decimos–; ¿por quién me tomas?

## 28

Una de las tardes en que, después de la escuela, Andrés, David y yo oíamos hablar a Shesha, sentados en la galería y trabajando como él en algún menester de la casa (abrillantar los jatos de plata, clavar los estribos, escoger las semillas para el fundo, encharolar los veladores), le preguntamos cómo había llegado a administrador de los bienes del tío Javier.

– ¿Administrador no más? ¿Sólo eso? ¡Pues me van a oír! –exclamó. Y así empezó a contar cómo, desde el quinto año de media, sin esperanzas de seguir sus estudios ni viajar a Lima, había ido bajando (así dijo) a guardián, a capataz de fundo, a vendedor de granos, a carpintero chambón, a vigilante de Elena para que no se viera con otros hombres, y por fin a administrador de bienes del tío Javier, pero a la vez tesorero de la ayuda por desastres, para servir a ustedes. ¿Y cuándo había llegado a Sihuas y desde dónde?, volvimos a preguntar. Su voz cambió. Desde la muerte de su hermano menor Llica, dijo, al que los guardias asesinaron en Corongo, en una trifulca de todo el pueblo, cuando ya él y su hermano mayor Alberto habían huido para no caer presos. ¿Y por qué huían ustedes, vamos a ver? Porque las autoridades los ajochaban continuamente y decían que eran rebeldes, cuando todavía no lo eran. Shesha escapó primero a Yupán, donde su amigo Eustaquio Lagos lo ayudó a comprar una recua de reses, que finalmente llevó a vender en la estación del ferrocarril de Huallanca, punto de reunión de decenas de ganaderos. Los jinetes dejaban sus caballos en grandes establos con el forraje pagado, compraban las reses, regateando mucho, y allá las embarcaban en el tren a Chimbote, rumbo que él jamás se atrevió a seguir. Inclusive Huallanca era ya peligrosa

---

para un fugitivo. Prefirió vender la recua en el andén de la estación y quedarse rondando por ese hormiguero. Un día oyó que otro amigo, Eudocio Malarín, vivía cerca y que además tenía un establo. Pues se fue a buscarlo y hasta pedirle un trabajo clandestino no paró. ¿O sea que vivía y dormía entre caballos? Ja, Ja. ¿Y por qué no?, dijo. A veces le habían parecido más buenos y valientes que los hombres. Ya que no podía salir del corral, reconstruyó y amplió la caseta del guardián, empleando a dos muchachos que también daban de comer a los caballos, bañaban y peinaban el pelo y las crines. A fin de no ser descubierto él, sólo Malarín trataba con los clientes, les alquilaba por diez soles una bestia aperada hasta Sihuas o Corongo, quince hasta Pomabamba y Cabana, y veinte hasta Huancaspata. ¡Ah, esas buenas tarifas de antes! En cada pueblo, los jinetes debían entregar los animales a un socio de Malarín, que los devolvía a Huallanca dos veces por semana. El negocio iba tan bien que les faltaban bestias. Entonces Shesha invirtió su sueldo, comprando una cada mes, luego de revisarlas al revés y al derecho, por supuesto. ¿Y cómo se revisaba a los caballos, acaso poniéndoles patas arriba como a los carneros? Oh no, primero sólo mirándolos, como a las mujeres, dijo él, por ver si eran jóvenes y bonitos, y cómo andaban, si eran graciosos o desangelados, y luego viéndoles los cascos; si tenían cuatro "albos" eran lo máximo, y en fin, abriéndoles la boca como nos la abren los dentistas.

¿Pero, seguía encerrado todo el tiempo? Sólo unos meses. Se había impuesto un horario para el establo y otro para él. En cuanto oscureciera, sabiendo que guardias civiles y gobernadores jamás buscaban de noche a los proscritos (eran comodones, gordos, les gustaba la chicha y el aguardiente, no servían para desafiar la sierra), montaba su bayo y se iba por los atajos, confiado en su suerte de amigo de las sombras. A las dos horas, enfriada su fiebre de galope, se metía por la huerta en casa de Ruperto Zevallos, en La Pampa, donde pasaba los domingos y enviaba recados a su novia coronguina, la Adela, al mismo tiempo que preguntaba por Alberto. A veces, la Adela venía a alegrar su vida y traía de compañía y respeto al hermano, casi un chiquillo; pero una noche,

llorando, ella le dio dos noticias: que las autoridades ya ataban cabos sobre sus viajes a La Pampa, y que su propia familia le había prohibido venir. Así, se encerró de nuevo en el establo de Huallanca, con la única esperanza de recibir cartas clandestinas de la muchacha, mientras Alberto seguía asimismo inmovilizado en su escondite de Yupán.

– ¡Papá estuvo en Yupán! –gritó David, como si ello importara.

¿Y qué hizo Shesha, entonces? Aguardó a que fuera medianoche, dejó su caballo en las afueras de La Pampa, y enrumbó a pie hacia los escasos lamparines del pueblo del cual se despediría. La tienda del señor Chía, el único chino visto en su vida, era un hueco de luz en la negra y dormida cuesta a Palillo; ahí solían reunirse peones de los cañaverales y bohemios empedernidos, en torno a alguien que tocara el rondín o la guitarra. Oyó que al cantar mezclaban quechua y castellano, y entendió en esa música el tamaño de su despedida. Se estaba despidiendo de Adela y de Alberto. De pronto, al dejar su mundo y entrar en la fuerte luz de la zumbante linterna a gasolina, vio un armatoste increíble en el centro de la tienda de abarrotes; parecía el trípode de una ametralladora.

– ¿Una ametralladora? –casi gritamos juntos David, Andrés y yo.

¿O sea que hasta con esas armas lo buscaban? Ya era tarde para huir; hizo una señal a Carlos Chía y pasó al fondo de la tienda, a casa de su amigo, donde habría al menos una pared decente que escalar. Pero, un momento después se echó a reír. No era un trípode de ametralladora, sino de fotógrafo ambulante, con el trapo negro y ciego echado encima. El dueño, abrazado de la guitarra, cantaba con una larga, bella y triste voz de flauta. Entonces volvió, dio la cara a los demás; le seguía protegiendo la suerte y también la barba. Le invitaron una rueda de cañazo y él correspondió con la segunda; cuando el fotógrafo cantó de nuevo, le puso la voz de hombre que ahí faltaba. El dúo gustó en seguida y así brotaron los aplausos desde la primera vez que cantaron juntos. El fotógrafo era un peregrino de su negocio, tan andarín como los mercachifles celendinos; había viajado

---

desde Cajamarca hasta el Cusco, igual que Pizarro, y todo por la sierra, "nada por los predios de costeños maricones". (Rió a medias Andrés, viendo el ceño de Pablo y Davicho). Por la madrugada se sucedieron más canciones y más tragos ardientes, y cuando Chía cerró la tienda, Shesha le dejó una carta para Adela, dinero para Alberto, y se fue cargando la máquina negra, que no podía cargar ya el fotógrafo Lucero Liñan.

¿Shesha, la romana del diablo, se volvió, pues, fotógrafo ambulante? ¡Todo por no vivir encerrado! Unió su suerte a la de ese hombre flaco, locuaz y borrachín. Liñán fue el guía, mejor que pintado, para su nueva vida. Sin entrar nunca en las ciudades, igual que el proscrito, peregrinaba por caseríos ofreciendo un muestrario de ilusiones. Se esmeraba casi exclusivamente en enfocar el rostro; lo demás, el cuerpo de las cholitas, desaparecía entre vestidos primorosos, desde los de pallas coronguinas hasta los de princesas y matronas europeas, y aun los de reinas imperiales. Sabía dibujar el traje que colmara el sueño de la clienta. A las mayores las volvía jóvenes; a las pobres, ricas; a las indias, blancas; a las gordas, esbeltas. Y si a los hombres trataba con mayor sobriedad, también les mejoraba la cara, la ropa o la clase social; y a todos les añadía colores desusados para cualquier iluminador de fotografías. Bastaba que las indias estuviesen limpias; les tomaba las planchas en plena faena, sembrando u ordeñando. Sólo importaba el rostro y su actitud; ya él daría con el traje y el infaltable paisaje serrano al fondo. Viéndolo trabajar, al comienzo Shesha se había echado a reír; pero acabó admirando esa labia para convencer a los campesinos. Inclusive era capaz de detener a las indias cargadas de víveres, rumbo a las ferias, sentarlas sobre una piedra del camino, hacerlas sonreír, y todavía ellas desataban el pañuelo para pagarle.

---

Había un primer viaje para imprimir las placas y recibir el adelanto, y un segundo para entregar los retratos. Shesha le puso orden y puntualidad a ese increíble menester; de todo llevaba el registro en un cuaderno. No ganaban mal y podían haber seguido juntos hasta viejos (jo, jo, rió el desopinado Davicho). Pero, con el tiempo, le pareció a Shesha que el tipo ladino se burlaba de los pobres, haciéndoles creer en grandezas. Las supuestas obras de arte se amarilleaban al sol, colgadas en paredes de adobes, o se perdían bajo la lluvia y el viento. Lo cierto fue que justamente cuando aprendía a tomar las planchas e iluminar los trajes, empezó a acabarse el quinquenio del gobierno, y ya se sabía que al final de una dictadura, llegaba al menos una amnistía. Así, tan de repente como se inició en el arte de las figuras, donde sólo mitad de ellas eran ciertas, así también devolvió el cuaderno a Lucero Liñán, ajustó las cuentas, y montó el bayo con dirección a Corongo, donde seguía prendida su vida.

¿Y qué le pasó en Corongo? Vamos, dínos. Alguna vez ustedes, chicos, siguió hablando Shesha, volverán a un pueblo donde estuvieron de niños, acá, por ejemplo, diez o veinte años más tarde (¡contra, por si acaso, nada de volverse viejos!, sacudió la mano Davicho), y entonces comprenderán lo que sentimos Alberto y yo de regreso. Y nos pintó, como si la viéramos, la entrada al pueblo por la tarde, la cruz de madera que dividía los caminos, uno hacia el fundo de Tulpayoc, el de sus primeras excursiones de jinete, y el otro debajo del Arco, y los caballos repicando en el empedrado de dibujos de flores blancas y negras, mientras sus tres hermanas y Adela venían a recibirlos. Ellas se prendieron no sólo de sus manos, sino de las bestias, a las que acariciaban igual que a sus piernas, envueltas en el llanto feliz de los años corridos, del verdadero amor; y al fondo del bullicio, que súbitamente les daba la bienvenida, como si hubiesen convocado a otra fiesta de San Pedro, vieron a su madre (a tía Concepción, pensó Pablo, ella y mamá son casi la misma mujer), vestida de luto desde la muerte de sus dos maridos, que también habían sido hermanos entre

---

sí, quizá para que todos los hijos tuvieran el mismo apellido. Esa sombra partió en dos la calle y esperó a que sus hijos largo tiempo proscritos volvieran a su pecho. ¡Ah, y la felicidad se completó con los muchos amigos, parientes y conocidos de los Ingar, y en medio del gentío caminó de veras la ausencia de Llica, el benjamín muerto, quien tenía ya en la casa el espacio de un hombre, como si también hubiera crecido!

Entre tantos saludos y abrazos, sólo llegaron a casa cuando la noche punteaba de linternas y velas. El portón tenía las dos hojas abiertas, como para recibir a los santos en las procesiones. Los caballos, ya sin jinetes, cargados de alforjas y ahora asimismo de flores, entraron mezclados con la poblada y siguieron hasta el pesebre, a medida que en el patio se enredaba la gente y Alberto disponía que abrieran los bultos y se cortaran los jamones, quesos y rellenos, y preguntaba por la chicha y cerveza.

Un rato después, pasaron bajo el Arco los demás exiliados, una docena en total, y cuando llegaron al portón, Alberto y Shesha los atajaron, y casi en un solo abrazo los metieron igualmente en el patio, hinchado ya por la música de una roncadora, que para ellos había sido siempre la mejor música del mundo.

Así, en una media hora, casi todo Corongo estaba apretado en el patio, en las salas y el comedor, y las hermanas de Shesha se multiplicaban para atender a los invitados, inclusive a los pantorrilludos, que, ante el cambio de gobierno, venían a saludar fría pero cumplidamente a los antiguos perseguidos. Los últimos en llegar fueron los guardias, algunos ya de paisano; menos mal que eran otros, no los que detuvieron a Llica, y que venían sólo como amigos. Eso sí, todos vieron que faltaban el Alcalde y el Teniente Gobernador, los culpables; ambos habían renunciado el día anterior y aún no habían sido nombrados los reemplazantes.

Shesha continuó su historia. En la fiesta se había dedicado a bailar con Adela, y Alberto había dispuesto que Gaudencia estuviera en la sala y Dolores en el corredor de altos pilares, a fin de que no se vieran entre sí cuando las abrazara. Tampoco los demás miraban lo que no debían en esa especie de teatro público. De

---

repente, dijo Shesha, hice un ruidoso brindis con los guardias y con los menos achispados, para que notaran bien dónde estaba yo, ustedes me entienden ¿verdad?, y me escabullí por la cocina, de la cocina al pesebre, del pesebre a la calle trasera, y corrí empuñando el revólver bajo el poncho, en medio de la oscuridad agujereada sólo por unas cuantas luces. Conocía bien la casa del Huejti, el Teniente Gobernador renunciante; le decíamos así por sus ojos rojizos y legañosos. A esa hora, él acostumbraba a comer solo en una mesa casi desnuda, y todo ahí era mezquino y se veía por la ventana. Rogué a Dios porque esa noche siguiera con sus viejos hábitos, y cuando vi la sombra perfilada, cumplida en la cita, me apegué a la pared como un gato, hice dos veces lo que tenía que hacer, y desandé corriendo todavía más rápido que antes, por el mismo camino. De nuevo en el festejo, busqué con los ojos a Alberto, hasta que lo descubrí saliendo de la cocina, ya sin poncho. Lo llamé a gritos para que todos me oyeran. Yo apenas le había ganado la carrera por un minuto.

Entonces Shesha y Alberto volvieron abrazados al ruedo que formaban los guardias y principales del pueblo, y brindaron por la nueva suerte de Corongo, que ojalá hubiera nacido esa noche.

A los diez minutos, el gentío de mirones del zaguán abrió paso a unas voces, a unas quejas, a un llanto desesperado. Tratando de recordar un ayer que volvía con trabajo, Shesha contó que así entraron la mujer del ex Alcalde y un pariente del Huejti. Alberto y Shesha los conocían desde niños, pero el no haberlos visto durante años les borraba una parte de las figuras. "¡Han matado a mi marido!", chilló una. "¡Han matado a mi sobrino!", gritó el otro. "¡Ellos, ellos lo han hecho!", y ambos señalaron a Alberto y a Shesha.

"¿Están ustedes locos?", dijeron no sólo los guardias, sino las parejas de la fiesta y aun los mirones del zaguán. Y todavía se rieron de esos tontos: "¡Ellos han estado acá junto con nosotros! ¡Ninguno se ha movido! ¿Se han vuelto ustedes completamente idiotas?", y algunos hasta se tocaron las sienes con los dedos, y poco faltó para que echaran a puntapiés a los quejosos.

¿Con que así había sucedido? ¿Y qué hicieron los dos hermanos, luego del reencuentro con el pueblo? La vida, dijo Shesha, volvió más o menos a la normalidad. Por unos meses los ricos temieron lo peor, imaginando venganzas del Apra y cambios del nuevo gobierno, que nadie supo decir cuáles serían, mientras los antiguos proscritos sólo deseaban la paz, y nada de presos ni de mujeres de luto.

Alberto volvió a sus faenas en Tulpayoc, haciéndose cargo también de las chacras del difunto Llica. Shesha, a sus viajes para recolectar ganado ajeno en Cuichín, Mirasanta, Ninabamba y Urcón, y allá lo arreaba hacia el tren de Huallanca, con un mozo ayudante que le aprendió de perlas el trajín. Si bien sólo le pagaban por el transporte, Shesha ganó tanto y juntó esos nuevos ahorros a los de antes, que en medio año se hizo una casa de adobe frente a la casona familiar de los Ingar, y entonces hubo otra fiesta pegadita a la de San Pedro, el día de su boda con Adela. Hasta se compró varios caballos y montaba uno por semana, como pocos hacendados. Por ese tiempo ya se le había calzado la frente, empezando su futuro de calvo. Con la piel rojiza, cierto ceceo al hablar y un carraspeo intermitente, Shesha era inconfundible aun en las tinieblas de las noches sin luna.

Para librarse de esas oscuridades, el pueblo había reiterado un memorial, esta vez al Presidente Bustamante, pidiendo luz eléctrica; seguían con lamparines y velas. Los jinetes y piaras de borricos jadeaban pasando como bultos negros bajo el Arco. Los muchachos llevaban cabos de vela medio escondidos en la mano y así anunciaban su presencia a las mocitas y encendían sus primeros y románticos cigarrillos, controlando a las sombras. Otro sueño colectivo seguía siendo la carretera. Venía de la costa sólo hasta Huallanca, aunque ya estaban listos nuevos planos; se prolongaría a Yuramarca, esa mancha viva de frutales, pasaría por encima de los cañaverales de La Pampa, de donde un ramal ascendería a Palillo, Yanac y Urcón, hasta Sihuas, y otro rumbo a Corongo, y quizá con el tiempo a Cabana y Pallasca. Sí, en cada uno de esos pueblos había copias de planos que se enrollaban como viejos pergaminos,

---

entre un bello rumor de hojas secas. Pero los trabajos habían empezado a duras penas. Y en cuanto a la paz de las calles, en Corongo sólo se alteraba, aunque sin peligro para nadie, en los aniversarios de la muerte de Llica, cuando los alumnos del centro escolar, que parecían duplicarse cada año, desfilaban sin sus maestros y ponían flores junto al Arco, ahí donde lo agujereó la bala de un guardia. Desde el último cambio de gobierno la policía había empezado a perseguir a los muchachos, pero no más allá de una cuadra a la redonda.

¿Y cuántos años pasaron así? Ojalá hubieran sido muchos, dijo Shesha; no habían pasado los tres cuando la noticia de otra desgracia llegó por la tarde al telégrafo del pueblo, a la hora de acostarse de tía Concepción. Los nervios la crispaban por todo. El bocio o "coto" de su juventud había aumentado y por ello usaba toda clase de gargantillas para tapárselo, inclusive unas de fiesta, con lentejuelas. Durante años había adivinado y temido que a sus hijos varones los apresaran, hasta que por fin había sucedido; y en los nuevos años de media libertad había seguido temiendo, cuando sus hijos se burlaban de ella. Hasta que asimismo había ocurrido por segunda vez; lo confirmaba el telegrama. Cuando éste llegó, a ella no sólo la sofocaban sus achaques, sino que respiraba mal. Algo volvería a suceder. Cuando la india le quitó la gargantilla que escondía el bocio y la ayudó a desnudarse, ella oyó con claridad un siseo desde el pasado: "¡Alberto, Shesha, escóndanse, vienen los guardias!" Ya casi no hablaba sino lo indispensable, entreverando las palabras. Entonces pidió que vinieran sus hijos, refiriéndose exclusivamente a los varones; las hijas no le importaban. Oyó que habían dejado abierto el portón para la nueva fuga y que sus hijas entraban primero a calmarla, como si estuviera loca. Siguió llamando a los tres varones, hasta que la obedecieron y cada uno la acarició por separado. Los bendijo temblando, cerrados los ojos, quizá dormida. Así, no pudo descubrir que alguien se había disfrazado de Llica, el benjamín muerto, y que la tercera mano era ajena. No lo supo jamás, ahogada en un abrazo furtivo y múltiple, envuelta en el olor de los Ingar juntos, destinados a esas persecuciones cada tres o cinco años, cuando el país cambiaba de Presidente. No abrió los ojos,

pero supo que las nuevas manos tibias ya no eran de hombres, sino de sus hijas, cuyo olor no la dominaba; y ésa era también la desgracia, volver a vivir entre hembras, polleras, largos cabellos ya increíblemente canosos, y caras que parecían mapas surcados por demasiadas líneas, inclusive la de Amancha, la menor de todas.

¿Y dónde se escondieron los hermanos esta vez? Cada uno por su lado, dijo Shesha. El había pensado en Pataz y Buldibuyo, los primeros pueblos encendidos en su memoria; pero en cuanto llegó a Pataz, tras un día y una noche a caballo, con las nalgas partidas por la fiebre del galope, descubrió que para vivir en un pueblo reseco y minero había que nacer aún más desgraciado de lo que era. Salió pitando; sólo viajaba de noche, diciéndose que las autoridades, así fueran nuevas, ya se habrían enterado del rumbo que siguió en su exilio anterior. Se inventó, pues, otra ruta y acabó en Pallasca, casi dormido y cayéndose de la bestia. Cuando por fin despertó en la calle, vio que una viejita no podía meter en su casa una carga de leña que le había dejado el leñero. Al recogerla se ganó el primer refugio bajo techo, la primera comida gratis. Cuando por la tarde llegó el hijo de la anciana, que era el telegrafista del pueblo, Shesha se sorprendió de su extrema juventud. Quiso huir a la otra mañana; pero el joven, casi un adolescente, dijo tantas frases contra el gobierno usurpador, la dictadura y eso, que se contuvo. El mocito, contento de que alguien pudiera ayudar a su madre, lo invitó a conocer el pueblo y la oficina de telégrafos, sin sospechar el temor de Shesha por un simple telegrama que quizá ya llegaría por el Morse.

Sin duda por la buena suerte que a veces se cuela entre los malos tiempos, el telegrama denunciando a los Ingar llegó al cuarto día, cuando ya la posición de Shesha en la casa se había afianzado, por el natural afecto que le mostrara David Jiménez, el telegrafista.

– ¿David Jiménez? ¡Oh, te escondió papá, fue papá! –gritamos David y yo– ¡Mi tío Jiménez! –gritó y aplaudió Andrés, y todos lo miramos por primera vez, como a un bicho raro, mal vestido y sucio.

Shesha se había escondido ahí, pero sin estarse quieto. Se dedicó a reparar goteras y enlucir paredes, fabricar

bancos y alacenas, mover las manos y calmarse, olvidando su suerte. Pronto tuvo a su servicio a un peón, ignorante para hablar castellano y denunciarlo, pero sabio en moldear adobes, poner techos y fabricar puertas y ventanas. El indio le traía el material y ahora Shesha se llamaba Julio Montes, nacido en Sihuas y educado en Caraz. ¡Vaya, Julio Montes! ¿Cómo sería cambiarse de nombre? Que, por ejemplo, David y Pablo se los cambiasen y sus padres los llamaran así, al revés. ¡Oh, la cabeza se mareaba, y Andrés reía señalando a David cuando quería señalar a Pablo!

Al año, el falso Shesha ya podía andar por las calles. Arrendó una chacra a la salida de Pallasca para rehacerse aún más en el trabajo; y únicamente sábados y domingos (cuando los guardias se relajaban, dedicándose al trago y a los amigos) ayudaba a los Jiménez. David era muy aspirante, como se decía entonces; se presentó a una vacante en Casma y la ganó. Shesha, agradecido, les pagó el pasaje a él y a la madre, mientras David, al despedirse, le repetía que contara con él donde estuviera. Cosa curiosa, un jovencito ofreciendo refugio y apoyo a un rebelde.

Por esa época, el Apra estaba rehaciendo sus fuerzas en la sierra. La persecución se ablandaba; los presos enfermos eran liberados por el temor del gobierno a que murieran en las cárceles. En medio de todo ese cambio lo descubrió Tuba.

– ¿Y cómo, te traicionó alguien? –chillamos.

No, Tuba era un amigo fiel de Alberto, que de pronto empezó a seguirle la pista a ese Julio Montes, de algún modo invisible, por los mismos sitios por donde él pasaba. ¿Y cómo sabía Tuba ese nombre inventado? Porque Shesha, sin pensarlo, se reveló a sí mismo al conocer a una joven, Facunda Alva, maestra de Yupán, a quien había acompañado en un desvío del camino, para no dejarla sola. Habían cabalgado juntos por casualidad, buscando cruzar un río muy crecido, cuando, menos mal, llegó un chimbador experto no sólo en pasar a los viajeros, sino a sus bestias. Al despedirse, cuando ella le dio su nombre, Shesha cometió la imprudencia de decir: “Julio Montes, a sus órdenes, pero mis amigos me dicen Shesha”.

---

– ¡Uy, se te fue la lengua, compadre! –exclamó Andrés.

Y bueno, ¿por qué lo buscaba Tuba? Por dos razones. La una, que Adela no se sentía bien, sin ganas de comer y perdiendo peso, al extremo de que el médico, de visita en Corongo una vez al año, le había ordenado una serie de análisis que sólo podían hacerse en Huaraz; y la otra, que el Apra clandestina había designado a Jorge Zelada como secretario general en Ancash.

Las dos noticias lo llenaron de inquietud; alguien debía acompañar a su mujer, y por otra parte, un aprista de última hora como Zelada no mantendría la unidad ni el espíritu de sacrificio del partido. “Mi mujer puede viajar con Adela, si te parece, pero falta dinero”, dijo Tuba. “Gracias, hermano, le escribiré ahora mismo y le llevarás la plata. Y en cuanto a Zelada, dile a Alberto que me opongo y que él mismo debe ser jefe departamental”.

– No entiendo nada eso de general secretario y de espíritu de maleficio –dijo David-chico.

– Si no sabes, no preguntes –dijo Andrés.

Hasta que, pasando los males como si fueran grandes montañas, y como si uno reviviera en el momento mismo de estarse muriendo, llegó el milagro, la amnistía, el segundo retorno, dijo Shesha, y todos los chicos aplaudimos, casi los vimos entrar nuevamente bajo el Arco, pero en una manifestación más grande que otras veces. Porque ahora los perseguidos se habían encontrado previamente en Pacatqui, en las casetas de aguas termales, donde se bañaron y cambiaron de ropa, y luego subieron por la famosa cuesta de la Culebrilla, a cuyo final se reunió el primer gentío. Y desde ahí empezó el desfile, la procesión de hombres libres (“alguna vez ustedes sabrán lo que eso significa”, dijo Shesha, jubiloso), encabezados por bandas de músicos y hasta por letreros indicando el caserío de cada grupo.

Esta vez no hubo fiesta privada, sino en plena plaza de armas; no se disparó un tiro y nadie al parecer reveló resentimientos. Y acabó como debía ser, con fuegos artificiales, baile general, y con Alberto y Shesha dispuestos a dormir por una semana.

Vanos deseos. Al segundo día, un telegrama del nuevo director de Gobierno, de Lima, designaba a Alberto

---

subprefecto de la provincia, ordenándole convocar a elecciones municipales lo más pronto posible. En menos de treinta días, el partido lanzó a Shesha como candidato a alcalde, y al cumplirse dos meses de su vuelta, los dos hermanos mandaban no sólo en el pueblo, sino en Pacatqui, Ninabamba y La Pampa. Las ocho semanas habían transcurrido como en un sueño, pero al menos ahora, en la mesa, la familia los miraba con respeto y oía atenta la relación de problemas de la zona.

Llegaban delegaciones de peones de Mirasanta, Yanac y Urcón, pidiendo justicia para sus muertos, abaleados con cualquier pretexto por los capataces. Los hermanos insistieron en que carecían de jurisdicción sobre lugares apartados de Corongo, pero tantos fueron los grupos que reclamaban justicia y tanto se llenaba el patio de la casona con heridos y deudos, que por turno organizaron grandes cabalgatas. Acompañados por síndicos y comuneros, cumplían y presentaban las quejas ante sus colegas, dejando siempre constancia de que actuaban legalmente, paso a paso, de que los Ingar no eran agitadores. Con el tiempo, las caravanas presididas por ellos (y sin duda por la sombra del difunto Llica) se desplegaron como una mancha desde el Callejón de Conchucos hasta los valles y puertas de Sihuas y Pomabamba. Los casos simples se resolvían en una semana, pero los otros se enredaban cada vez más, y no les permitían moverse con libertad, sino quedarse en un sitio más de la cuenta, con la secuela de nuevas reyertas, por pequeñas que fuesen. Para llegar hasta ellos había que pasar antes, si se podía, por su guardia personal de jóvenes "atusparias", afectos a las causas populares. En esas escaramuzas cayeron los primeros muertos. Los expedientes y atestados empezaron a crecer en Cabana, Huaraz, y aun en Lima, y todos citaban a los Ingar de dos modos, como inocentes y criminales, agentes de la justicia y del desorden, cristianos y pishtacos. Incluso se leía que no eran ellos, que simplemente repetían las historias de Luis Pardo y de su banda.

Hasta que un día el diputado Zelada, confirmando su desapego del partido, obtuvo una orden del prefecto de

---

Huaraz y la hizo transmitir a Corongo, donde la recibió el telegrafista Jiménez (“¡Papá, papá!”, gritamos de nuevo). Éste la escondió por unas horas, temblando, a fin de alertar primero a los guardaespaldas de sus amigos. Adulteró, por supuesto, la hora de llegada del mensaje y lo entregó a las siete de la otra mañana. De antemano supo que habría aún otro plazo hasta que los policías se decidieran a capturarlos.

A media mañana, el pueblo hervía de rumores, el bando de ricos y poderosos salió a la plaza y se alineó frente a los indios comuneros. En el centro, los síndicos guardaban el orden. De pronto se oyó un galope en el empedrado. Los dos hermanos caracoleaban sus bestias, rodeados ya por seis jinetes de uniforme. Vino un murmullo de sorpresa, si bien apenas por un instante, porque los seis guardias civiles vivaron asimismo a Alberto y a Shesha, en vez de apresarlos. Entonces los notables se refugiaron en el telégrafo, dictando a Jiménez una retahila de telegramas.

La respuesta llegó en dos días, el sábado. No vino por telégrafo, sino por el camino de la Cruz. Era un batallón de soldados jamás visto. Cuando los vigías contaron ochenta hombres, recordaron las cargas de Atusparia y de su lugarteniente Ucchu Pedro sobre los pueblos del Callejón de Huaylas, contra quienes se habían movilizado cientos de efectivos. Esta, sí, sería una revuelta muy pequeña, pero quizá obtendría lo que Atusparia no lograra cincuenta años antes.

Al amanecer del domingo se dispuso la emboscada. A pocos, en pequeños grupos, fuese en torno a burros o cabras que iban a venderse en la feria, brotaron los peones, al parecer muy humildes. Tomada de sorpresa, la tropa los dejó pasar y así aquéllos se convirtieron en la retaguardia del choque. A las seis y media el jefe militar se dio cuenta de la maniobra, cerró el paso y ordenó el ataque. Se le respondió como si una cadena de jinetes, de indios, gritos, ponchos y polleras encerrara a los soldados en una bolsa, tapara la abertura y los eliminara con paciencia. Como los rebeldes no estaban todos armados, el combate dependió de hondazos y lloques. No se imaginan ustedes, muchachos, dijo Shesha, cómo

un hondazo bien puesto es peor que una bala en el ojo. Y luego vino la lucha cuerpo a cuerpo. Sólo por la quebrada pudo el mayor Vivanco (no el Vivanco de los libros de historia, dijo Shesha, sino otro) abrir una brecha, bayoneta calada en mano. Los jóvenes de clase media temblaron, ignoraban esa pelea, pero la lección la dieron los indios, para quienes esos cuchillos grandes eran viejos juguetes de la vida. Al cumplirse las ocho de la mañana, Alberto y Shesha galopaban en dos tropillas distintas, persiguiendo a los vencidos.

El segundo encuentro iba a ser el martes. Las ametralladoras venían por delante y subían por dos trochas empinadísimas, la Culebrilla y Cuichín. Con una sucesión de galgas se libraron de unas cuantas, pero las ráfagas y vómitos de balas era incontenibles. Entonces optaron por la retirada. No había más que hacer.

– Me temo que así fue –dijo Shesha–. Sin ofender al General Cáceres, no se debe librar una batalla de antemano perdida.

– Mariscal Cáceres –dijo Pablo.

– Oh, perdón, Mariscal Cáceres.

– Sin duda fue una retirada en orden, no un desbande general como después de Huamachuco –se atrevió Pablo, haciendo abrir los ojos a Davicho.

– Y entonces me tocó separarme del pelotón –agregó Shesha–, y confieso que fue un sálvese quien pueda. Desperté del miedo por el camino de este pueblo, sí, de Sihuas, y era de madrugada. Disimulando lo más que pude, toqué el portón de tío Javier, le rogué a su peón que me dejara entrar. No, el indio se moría de miedo a los forasteros. Así, tuve que sentarme en el suelo, esperando a que se levantara el patrón. “Bueno, has venido al único sitio del que no sospecharán, porque soy amigo del gobierno”, dijo mi tío. “Pero todo tiene su precio, así seas mi sobrino carnal. Trabajarás, escondido, en un depósito que estoy haciendo en la huerta y no saldrás de ese hueco sino cuando el Apra sea legalizada, si lo es alguna vez. ¿De acuerdo? Y tampoco voy a pagarte jornal, por si acaso, no te hagas ilusiones. ¿Aceptas o no?”. Eso me dijo, finalizó Shesha, tosiendo y componiéndose la voz.

– Y que aceptar no más tuvistes –dijo Andrés.

– Sí, tu papá es duro como la pared –dijo Shesha.

– ¿Y por qué le dices “tu papá”? –exclamó Davicho–  
¿Acaso Andrés es hijo de tío Javier?

– Oh, perdón, se me escapó –dijo Shesha, limpiándose el sudor.

– Eso dicen, pues –sonrió Andrés–. ¡A mí qué diablos me importa! ¡Los padres pa' qué sirven!

Davicho seguía con la boca abierta, y quizá para que no se le viera tan mal pregunté por la suerte de Alberto Ingar.

– Él se escapó sin parar hasta Lima, donde sólo persiguen a los peces grandes, no a los chicos como nosotros.

Por vez primera yo también quedé desconcertado; tal vez era mejor pensar en la curiosa suerte de Andrés, un niño grande, sucio, casi un vagabundo, olvidado por su padre, y no en el azar de los perseguidos.

Cuando Shesha calló, supimos que contar no era un juego. Él sudaba hasta por la calva, sus ojos miraban como a través de nosotros, y no lo veíamos solo al frente, sino que Alberto, los atusparias y aun los caballos del combate frustrado lo rodeaban. Y así, la vida de Shesha parecía un viaje largo que se hinchaba de aventuras y desgracias, pero sin haberle hecho gran daño, porque él se había conservado limpio, bueno, y sobre todo amigo de los chicos, al revés de tanto adulto presumido y mandón.

A las siete de la mañana, desde la ventanilla del tren que venía de Durham, North Caroline, Pablo tuvo la impresión de que Nueva York estaba naciendo en el aire. Sin haber dormido bien, pero tras buscar el sueño toda la noche, sus ojos torpes fueron tomados de sorpresa por esa ciudad que, según decían, era el centro del mundo. Primero fue el gusano del tren surcando entre aéreos castillos de hierro, armaduras u osamentas gigantescas, o entre inmensos pilares que sostenían carreteras

sinuosas y voladizas, y que sólo de rato en rato tocaban la tierra. Le pareció entrar en un gran mecano, infantil pero descomunal. Y de pronto, justamente cuando esperaba el surgimiento ordenado y gradual de Nueva York, los rascacielos brotaron como hongos, y en los escasos intervalos de esos bloques, vio unos bosques resecos y sin hojas, simples esculturas que también parecían de hierro, unos castillos de sucesivos puentes por donde cruzaban los vagones. Sí, todo eran esculturas, edificios quizá demasiado habitados, pero esculturas, cada vez más desafiantes y poderosas, fundando de algún modo otra eternidad, otra forma de reunir y atraer a los hombres.

Sólo había tenido tiempo para lavarse y meter el pijama y la bata en la maleta, para correr por el pasadizo, buscar un sitio en la cafetería y seguir mirando el desfile de bloques, cubos y bosques de alambre, muertos en el aire, que se adivinaba frío y neutro. Y luego, los túneles también sucesivos. El último túnel fue una bocanada de humo, o de alguna nube, para finalmente darse con las luces todavía encendidas y el enorme bullicio de la desconocida estación. Bullicio multiplicado por la prisa de ponerse el abrigo, atrapar la maleta y huir de la absorbente multitud.

Mirando como desde un observatorio la gigantesca ciudad, avanzó por el pasillo y no hizo más que abrir la puerta del 1432 de John Jay Hall, trastabillando con la maleta, cuando sonó el teléfono. Tenía que ser Elaine, con esa manía de seguirle los pasos. Iba a dejar que el campanilleo cruzara libremente la habitación hasta cansarse, pero su mano lo traicionó. Quizá era Lucía. ¿Un inocente y oportuno saludo por año nuevo? Descolgó, y un segundo después ya estaba molesto consigo mismo.

– Hola, Braulio. Acabo de llegar y comprenderás que no he tenido tiempo de visitar el consulado de tu país.

– No llamo por eso –dijo Braulio–. Creo que voy a matar al tipo que me persigue; te llamo para evitarlo.

– ¿Tan seria es la cosa? Pues denúncialo a la policía.

– Ni de juego. Es justamente lo que quiere. No me meteré con otra policía; basta con la de Honduras.

– Te prometo que mañana buscaré a tu amigo de las

---

Naciones Unidas.

– Sí, y ojalá pudieras ayudarme a cambiar de universidad.

– ¿Has pensado en alguna?

– Donde esté abierta aún la matrícula. Pero me gustaría por el norte; en el sur puede suceder cualquier cosa, viejo. Al menos así parece.

– Bien, haré todo lo posible.

– Adiós.

Pero las interrupciones no cesaban. Un toque en la puerta. Su vecino Howard venía a presentarse; dijo que hacía el doctorado en ciencias sociales y que había encontrado equivocadamente en su casillero una carta para Pablo.

– Gracias, Howard –e iba a tirar la carta encima de la mesa, mientras se desvestía para bañarse, pero la carta tiró de él e hizo que la abriera. Y entonces la voz de Elaine, su olor y su tibieza en la cama volvieron, si bien tratara de otras cosas:

– Estoy como una loca con tantas noticias en las manos. En primer lugar, bienvenido a Nueva York, amor mío. Un intervalo para los besos. (Y las marcas de sus labios estaban ahí, en el papel celeste). Ayer firmé el contrato sólo por medio año; Mr. Morris dice que en setiembre las condiciones serán mejores. Yo no sé nada de eso, pero me parecen excelentes las de ahora: entregué únicamente los diseños impresionistas y me dieron cuatro mil quinientos por compra exclusiva. ¿Te imaginas la suerte que me has dado, Paul? Pero negocios son negocios, como dice mamá. Creo que, si te parece bien, mamá, tú y yo podríamos formar una sociedad de cuyos detalles se ocuparía Mr. Stewart. En ningún sitio necesitamos vender más telas que en Nueva York; así me dicen mis amigos de la Escuela de Bellas Artes. Mamá y yo hemos pensado en que quizá tú podrías hacernos un favor: representarnos ahí y hacer los contactos. Bastaría que nos dedicaras un día a la semana, sabemos que no puedes más por la beca. Mr. Stewart llamará para darte el nombre de la persona encargada, a quien te suplico visitar y recoger alguna información. Por todo ello, como adelanto de los primeros meses, mamá te envía un cheque por dos mil dólares. Te ruego, repito, te

---

ruego que no lo rechaces, nos ofenderías a las dos. Es un adelanto en verdad pequeño por un trabajo que significa mucho para nosotras; ahí en esa ciudad está el centro de la moda, de ofertas, de telas y remates de cada temporada. Creo que Dios te ha puesto en nuestro camino. Si yo, personalmente, quisiera hacerme un buen regalo, pues tomaría el avión para verte y pasaría una semana contigo en un hotel, metidos en la cama todo el tiempo, y yo pagaría todo. Pero como sé que las mujeres no podemos ofrecer eso, porque a los hombres no les gusta, me callo. Pero ganas de ir en las vacaciones de Easter sí que tengo.

No siguió leyendo más, el corazón desbocado. Alzó la hoja celeste, perfumada y con dibujos impresos de flores, y ahí estaba el cheque por dos mil dólares en su temblorosa mano, una cantidad que jamás había visto hasta entonces. Tuvo que sentarse, aflojar la correa, quitarse los zapatos y seguir consternado. ¡Valiente dinero que venía cuando menos lo presentía! Una suma que representaba diez meses de su beca, exactamente la prórroga de un año, sin gestionarla siquiera. Pero, asimismo, ¡valiente mujercita que, con torcidas razones, lo sobornaba para tenerlo más seguro! ¡Tan joven y tan metalizada! Primero se apenó por ella, a quien había supuesto más espiritual; luego, dejó que su cólera creciera. Elaine lo traicionaba en aquello que más le dolía, en el desconocimiento de su propio carácter. No sólo desdeñaba el mucho dinero, sino que, en verdad, lo temía. Con él podrían hacerse cosas buenas, era cierto; pero de pronto venía la tentación de usarlo sin discreción ni reparos. Irse de putas, por ejemplo, o comprar ropa y libros que le gustaban, pero más allá de lo estrictamente necesario; o un automóvil, que en verdad no era imprescindible. Pensó, en fin, que tal vez, en última instancia, lo hubiera aceptado de aquí a seis meses, en julio, cuando concluyera la beca y sólo en caso de no obtener una prórroga; pero al menos ahora estaba libre también de esa tentación.

Tomó una hoja de su block de apuntes, ni siquiera el papel de carta, y puso unas líneas brevísimas: "Gracias, creí que me conocías. Te devuelvo el cheque, P.", y se metió en la ducha, molesto con esa muñeca pueril y

---

agrandada que no había madurado aún. Pues sí, estaba dispuesto a romper con ella.

Bajó a la cafetería, menos moderna y aseada que la de Duke University, pero enormemente más concurrida. Los azafates, platos y cubiertos resonaban, en medio de una algarabía mucho menos educada que en Durham. Pero él sabía aislarse de los malos modales, crear una isla de orden y pulcritud en su mesa. Ahí estuvo, aliñando la ensalada, probando el vino, mirando esa comida higiénica y pintoresca, pero poco sabrosa, cuando una voz aguda y atropellada de limeño preguntó:

– ¿Eres tú Pablo Jiménez?

– Sí, ¿y tú?

El joven fornido, de cara cuadrada y anchos bigotes se presentó:

– Eduardo Pareja. Averigüé que venías. Estoy al otro lado de la Explanada; así se llama esa gran plaza de cemento que ves por la ventana. Yo estudio Derecho y Ciencias Políticas.

– ¿Hay otros peruanos en la U?

– Dos o tres, pero en Medicina. Hay una fiesta de comienzo de curso en mi Hall. ¿Quieres venir mañana por la tarde? Te presentaré a unos amigos.

– Gracias, iré. ¿No almuerzas?

– Ya acabé. Voy a clases. Dame tu número de cuarto.

– Y tú dime qué subway debo tomar para estas direcciones.

De nuevo quedó solo. Menos mal, un conocido. La comida era mala y cara. Al salir, seguía en sus oídos el tremendo bullicio, como en las escuelas de secundaria, semejante al de bandadas de pájaros o tropillas de monos.

Lo primero, ir a la sede del IIE que le había concedido la beca. Pensando en Braulio, preguntó por el procedimiento para que un becario pudiese cambiar de universidad; le dieron los formularios que debían ser firmados inclusive por los profesores. Luego, a la sede de las Naciones Unidas, donde el señor Soley, diplomático y amigo de Braulio, lo invitó a conversar más libremente en la cafetería. Y por fin, a correr al consulado peruano, adonde llegó cuando ya cerraban y sólo pudo saludar al frío vicedcónsul, que le hizo inscribirse en una hoja

mimeografiada y que se había marchado cuando él volvió para despedirse.

Preguntó dónde quedaba Broadway, la calle de los teatros, pero en cuanto emergió del subway y se dio con más rascacielos y avisos luminosos, desde donde grandes retratos de artistas lo llamaban, reconoció que lo único que deseaba era entrar en una cafetería, sentarse y comer.

Sus ojos y oídos habían trabajado mucho en pocas horas. Su cuerpo vibraba aún, atento a las cosas y lugares desconocidos; desconfiado de la abigarrada multitud, que casi lo aplastaba y disolvía, temía a ratos perderse a sí mismo en el laberinto del subterráneo. Mirando los techos, perseguía el color de la línea que debía tomar y no otra, imaginando direcciones posibles además de las reales, que ya eran de por sí novedosas y agobiantes.

En la calle, los edificios gigantescos parecían acompañarlo, amenazadores o neutros, en un extraño paseo de gigantes desdeñando a un pigmeo, venido de un país asimismo pigmeo. Eran las montañas metidas en la ciudad, colosos de acero y cemento, mármol y aluminio, por los cuales trepaban ascensores veloces, llevándolo a una nueva etapa de la historia. Desde arriba, detrás de vidrios protectores, fustigado por el viento que casi le arrancaba los pelos, miró esa isla rodeada por el Hudson humeante, cruzada de trenes, pistas y puentes, por donde millares de vehículos corrían en todas direcciones. El observador debía mantener la calma, dominar el viento creado simplemente por la altura, y descubrir a los rascacielos, mirándose entre sí en una especie de éxtasis.

---

Salió satisfecho de la cafetería, que en verdad era todo un restaurante, con manteles en las mesillas y licencia para consumo de licores, lo que había necesitado para sus nervios. Después de un largo paseo hasta Times Square, cuidándose siempre los bolsillos, entró en una oficina de venta de entradas para el teatro y se alegró de conseguir, para semanas sucesivas, boletos para *The Confidential Clerk*, *El inmoralista*, y *Coriolano*. Finalmente dio con una librería de volúmenes nuevos y viejos en la que, dando vueltas, hojeando muchos tomos, pero comprando lo estrictamente necesario, se quedó hablando con el librero hasta casi la medianoche.

Había arreglado su horario de modo que la mayoría de las tardes pudiera ir a la biblioteca o estudiar en su propio Hall, fuese en su cuarto o en los varios saloncitos de la planta baja, donde los estudiantes podían leer sin ser molestados, o recibir visitas. Pero, antes de tales sesiones, dormía inevitablemente una hora de siesta, de una a dos de la tarde.

Eduardo Pareja tocó la puerta cuando revisaba el primer paquete de libros que le pagaba la beca. Dijo que no llovería más esa tarde, como si él hubiera oído lluvia alguna. Mientras le vio acicalarse y ponerse el chaleco de gamuza color oro viejo, la corbata oscura y el blazer azul, Pareja le pidió el frasco de agua de colonia y le informó sobre los cursos de Historia de América, que él también llevaba, e inclusive le dio nombres de profesores de los departamentos de Español y de América Latina. Al parecer, el joven sabía moverse aun fuera de su facultad.

En la planta baja, Pareja le presentó a algunos compañeros norteamericanos. La sala de televisión estaba repleta; pasaban una entrevista a McCarthy. ¡Vaya con el infatigable senador, que veía rojos hasta en la sopa! Cruzaron la enorme Explanada con las primeras sombras de la noche.

El edificio de su amigo estaba casi enfrente, en línea diagonal al suyo. Se trataba de un egg nogg party, pero con el ponche más agresivo y las muchachas más libres que en Durham. Las parejas bailaban abrazadas o conversaban con las chicas sentadas en las rodillas. Algunas incluso invitaban a bailar a los hombres. Esa sola idea lo avergonzó.

– Ven, te presentaré a una de las pocas muchachas que estudia y quiere a América Latina –dijo Eduardo.

Se llamaba Linda, con cerquillo y largo pelo, como una cortina; sin duda era la chica de Pareja, por los ademanes de ambos.

– Linda, mi amigo acaba de llegar y quiere ver qué hace tu grupo por nosotros – dijo Eduardo.

– Bueno, exactamente sobre el Perú todavía no hay actividades; pero creo que le gustará asistir a un debate sobre Puerto Rico y la política de Estados Unidos hacia América Latina.

– ¿Cuándo? – preguntó Pablo en seguida.

– La próxima semana. Será en el club Newman, un lugar católico y abierto.

– ¿Hablarán estudiantes?

– Pues sí, Robert Lewis, John Gilchrist y yo –rió ella–. No sé mucho de tu región, pero me disgustó la forma en que reaccionó la prensa cuando el ataque de un grupo de puertorriqueños al Congreso.

– Sí, leí los diarios –dijo él– ¿Y no habrá sitio para un centroamericano? Caería como anillo al dedo ¿no?

– Bueno, hasta ahora no lo hemos encontrado. Hay uno todavía de vacaciones al que no hemos podido consultar.

– ¿En quién pensabas tú? –preguntó Pareja– ¿Conoces a alguien aquí?

– No, pero tal vez pudiéramos traerlo de otra universidad.

– Veré si queda dinero para pagarle el pasaje; habitualmente sólo pagamos la comida y el alojamiento –dijo Linda.

– Se llama Braulio Arias y está en Austin. ¿Podrías inscribirlo, así fuera provisionalmente? Esta noche lo llamaré por teléfono.

– ¡Formidable! –dijo Linda, estrechando la mano de Pablo con familiaridad–. Eres rápido y activo. Me gusta tu amigo, Edward.

– Y ahora vamos a probar el egg nog –dijo Pareja–. Oye, Pablo, saca a la que te guste, ¿eh?

El ponche no sabía bien, pero tenía malicia, pegaba fuerte. Linda bebió tan rápidamente como ellos y se abrazó de Eduardo, empujándolo a bailar.

---

Solo, tuvo que buscar una pareja. Iba a invitar a una muchacha delgada y de pelo negro, quizá recordando inconscientemente a Elaine; pero se arrepintió, nada de Elaines esa noche. Habían perdido su encanto. Al volverse, vio las espaldas de otra de pelo castaño que, al atraer súbitamente sus ojos, lo dejó al mismo tiempo dudando, casi avergonzado. El espléndido trasero de la muchacha no parecía llamar la atención en ese país donde los hombres le daban más importancia al busto femenino. La armonía de las torneadas piernas, el vigor de los muslos, adivinados a través de la falda muy ceñida, sólo podía culminar en esas nalgas delgadas, pero absolutamente redondas y turgentes, que casi iban a estallar. Pablo dudó abordarla todavía más, porque, si bien su reparo iba disolviéndose (¿a quién diablos le importarían sus gustos?), vio con alguna decepción el rostro duro y aun malgeniado de la muchacha, oh no, de la mujer de unos veinticinco años. Sin embargo, dando disimuladas vueltas en torno a ella, vio también que sus ojos se iluminaban en cuanto descubría a una pareja besándose; un segundo después, la luz parecía huir de su rostro, que recobraba opacidad y falta de atractivo. De tanto mirarla, ella lo miró también: esos ojos no sólo se encendieron con una luz profunda y ardiente, sino que ella sonrió con leve, sensual y quizá clandestina alegría, en un llamado oscuro de la sangre, absolutamente de acuerdo con el cuerpo brioso y la grupa cabal.

Animado, Pablo se encaminó a ella. De pronto la oyó hablar tan velozmente que no le entendió. Optó por presentarse y dijo que éstos eran sus primeros días en el John Jay Hall.

– Perdóneme, no le oí bien –añadió–. Por las tardes me falla el oído izquierdo.

El rostro de mirada opaca quedó a la expectativa. Pareció primero desconfiar de él, estudiarlo muy en silencio; por fin, soltó la risa.

– ¿No bromeas? ¿Has llegado del Perú? ¿Y cómo es eso del oído izquierdo? ¿Y sólo por las tardes? ¡Es lo mejor que he escuchado en meses! –y le apretó el brazo con la fuerza de un hombre.

Pero él tampoco le entendió muy bien.

– Háblame más despacio, por favor.

– Tienes razón. Todo el mundo me lo dice. Soy Kate Dire y trabajo en el Teacher´s College. ¿Del Perú, eh? Pues yo tengo familiares en Italia. Nací en el estado de Wáshington, no en el D.C., sino en el otro extremo del país. Sí, te hablaré muy claro y despacio. Me va a hacer bien hablar contigo. Se supone que una maestra debe hablar claro y bien.

Al callar ya estaban bailando. Cuando el juke-box tocaba piezas norteamericanas, ella corregía sus pasos; y cuando eran boleros y guarachas, cambiaban el turno. En menos de veinte minutos ya se entendían aun sin hablar. Eso sí, prefería no mirarle mucho la cara; había en ella otros encantos. Y por lo demás, Kate olía muy bien.

– ¿Quieres beber algo?

– Me gustaría.

En el largo mostrador había dos grandes recipientes de ponche y los consabidos cucharones para llenar los vasitos de cartón.

– Salud con esta bebida de niños –dijo él– ¿Qué te parece un bourbon o un scotch?

– Por supuesto, pero acá no hay –y en seguida agregó algo que no venía al caso, que sus familiares de Génova le habían prometido invitarla– ¿Te imaginas? Hasta me enviarán el pasaje. Y dice que los alrededores son hermosos, Rapallo, Portofino... Oye, dime ¿Y qué vas a estudiar aquí?

– Por qué no hay una revolución en Estados Unidos.

– Quizá estés bromeando, pero es una gran verdad –volvió a reír Kate–. Necesitamos un cambio, una revolución, pero los tycoons y sus enormes empresas lo impiden. Para ellos sólo existe una revolución, la rusa, y odiada, por supuesto, y una sola felicidad, el dinero. En Nueva York verás algunas cosas, debates políticos, lucha racial y hasta huelgas en el puerto, pero ningún cambio de verdad.

Eduardo venía con Linda. Otra vez reparó en que ella era más alta que él y que tenía el pelo muy suelto, como una cortina. Hablaba un poco el español; había estado en México. Kate la abordó en seguida mientras Pablo tomaba del brazo a Eduardo:

– ¿Hay un bar por aquí cerca? ¿Puedes venir con ella?

– Le preguntaré.

Casi no hubo necesidad. Kate y la rubia, enfundadas en abrigos y bufandas, echaron a andar por delante. Broadway abajo, a unas dos largas cuabras, la media luz de un piano bar los recogió de la noche fría. El mostrador estaba lleno de parejas y de hombres solitarios, pero había dos pequeños reservados libres. Ya se sabía que costaban más, y si bien él estaba dispuesto a pagar, Eduardo lo disuadió. Sin embargo, pronto éste halló un taburete, se sentó en él y Linda encima de sus rodillas, casi ocultándolo. Dijeron que se conocían desde meses atrás. El piano era leve y tristón.

Kate pidió una cerveza, todavía no el bourbon, dijo, mañana es sábado, hay tiempo. Ella y Pablo se recostaron contra la pared y la mano de él empezó lentamente a jugar con su cuello, además de olerse y mirarse mucho. No era bonita, por supuesto, pero Pablo seguía atrapado por ese cuerpo. También los senos de Kate libraban una batalla contra la blusa. Poco a poco, quizá por la ausencia de taburete, Kate se fue apoyando

---

en él, primero de costado, con sus firmes caderas, y luego de frente, rozándole con sus pechos. Hablaba más rápido que nunca. Pablo había dicho que eran poquísimos los jóvenes norteamericanos que visitaban el Perú, y ella, al punto, casi disertó sobre cómo los que salían del país eran mayormente viejos, los que podían gastarse el dinero de la jubilación, las indemnizaciones y eso, pero que los jóvenes recién casados, como su hermana y su cuñado, por ejemplo, sólo tenían dinero para fundar un hogar. La vida era dura, la prosperidad americana no llegaba a todos; los jóvenes pobres trabajaban para pagarse los estudios, mientras que los hijos de ricos podían viajar, sí, pero a Europa, no a América Latina; era una lástima.

– Van a la bella Roma –deletreó.

– Pronuncias bien el italiano ¿eh?

Kate soltó una risotada, lo abrazó y le miró muy adentro en los ojos. Dijo que le gustaba su pelo, increíblemente negro o azul, y sus cejas muy negras. Le hizo recordar a Elaine.

– Y ahora pídemme un bourbon doble –añadió, respirando junto a él.

Cuando el barman le tendía el vaso, Eduardo le hizo una seña.

– Me voy con Linda; nos vemos mañana. Ojalá puedas hablar con tu amigo. Chau –y de un instante a otro desapareció con la rubia del peinado de Cleopatra.

Sin abrigo, con las mejillas coloreadas, revolviéndose el pelo mientras hablaba, Kate bebió, creando un silencio, dentro del silencio mayor, donde sólo dos parejas y un hombre seguían bebiendo, sin picar nada, sólo resistiendo el licor, que ardía y mordía el estómago, provocando bochornos en el rostro. Luego, ella pidió permiso y metió el resonar de sus tacones en el silencio, rumbo al toilet. Todavía andaba muy bien. Volvió con la mirada brillante y las manos frías, cuando ya él estaba sentado en el reservado. Increíble, pero ahora Kate parecía hermosa. Los cabellos y el rostro estaban como en la cresta de una ola, y la euforia era casi natural, y el no saber qué pasaría después también se sentía en el aire. Y la cintura la dibujaba bien toda entera.

– ¿No podríamos ir a otro sitio, Kate? ¿Conoces alguno por acá? ¿O te estoy aburriendo? –preguntó con temor.

– Es lo que iba a proponerte, Paul –dijo ella, tranquila–. Vivo muy cerca y dejé comida en el fridge. ¿Por qué no llevamos una botella de bourbon? Digo, para el recambio, porque tengo también una botella.

Tomaron por la avenida Amsterdam arriba. En los portales de edificios sombríos e innumerables ventanas, se arracimaban bultos, echando el aliento como extrañas máquinas; se oían gritos y diálogos en español. Sintió vergüenza porque vivieran tan mal. El frío había aumentado y Kate y él se abrazaban como por necesidad. El viento silbaba recordándole la puna de Cahuacona, los aletazos sobre el páramo, el silbido triste, el eco transformado en una nostalgia azul. Le habría gustado contarle a Kate la belleza trágica de aquello, pero su inglés no daba para tanto y prefirió preguntar por ese barrio de puertorriqueños. Llegando a la calle La Salle y antes de Moylan Place, Kate se detuvo ante un portal blanco, muy iluminado; abrió y penetraron en lo que pareció un hermoso refugio contra el frío que podía matarles ahí afuera. En el corredor gritaron y zapatearon para reaccionar, y ya metidos en el ascensor, fueron sintiéndose a gusto.

Pablo iba tomando nota: cuatro cuerdas y media desde la Explanada, ahora subían al sexto piso, había minuterero para iluminar fugazmente los corredores y el departamento de Kate era el 6F. Otra bocanada de aire cálido los absorbió.

– ¿Tienes una roommate?

– No, vivo sola. Aquí los departamentos no son caros. Noventa al mes. ¿Cuánto pagas en Columbia?

– Casi lo mismo.

El recibo era un cuadrado exacto, y frente a la entrada, habitación de por medio, estaba la ventana. A la izquierda de ésta, y disimulada por una portezuela, una cocinilla cuya luz hallaron encendida; a la derecha, la alfombra y los muebles blancos formando una mullida esquina; y luego, el pasillo interior. Kate llevó los abrigos y le fue mostrando los dos amplios dormitorios, dos grandes closets, un cuarto de baño; y al volver, a la izquierda, un

estante de libros y un pequeño escritorio cuya lámpara encendió Kate y creó un ambiente verdoso y antiguo, de algún modo semejante al de una linterna a kerosene.

– Miro esa lámpara y pienso en mi niñez –dijo Pablo–. Viví en un pueblo donde no había luz eléctrica.

– ¿Bromeas? ¡Qué hermosa experiencia! Adoro esa lámpara, era de mi padre. El también vivió en pueblos muy pequeños. ¡Pero, ven, ponte a gusto, quítate la chaqueta y los zapatos! ¡Y prepara los tragos, que yo haré la cena!

– Las italianas son buenas cocineras.

– Yo apenas soy media italiana. Mi apellido es DiRé, mira, te lo escribo acá. Quiere decir “del Rey”.

– Como aquí no hay Rey, eres del pueblo, o sea que eres mía. He tenido mucha suerte en dar contigo, Kate. De veras.

Kate rió otra vez con ganas y luego entornó los ojos, mirándolo fijamente, sabiendo que iban a besarse, pero demorando adrede el beso. Pablo alzó esa nueva cara extranjera, donde una oleada de sangre llegaba hasta el brillo de los ojos pardos, y empezó a besarla desde ambos lados del cuello; así, sintió pasarle poco a poco sus emociones, su gratitud por ese refugio contra la inclemencia de Nueva York, por hallar esa carne gemela, tibia y gradualmente plácida; y en fin, en un arrebató, la abrazó como para salvarse de la nueva soledad que presentía, ahora que quizá había terminado con Elaine.

Cuando la soltó, Kate, extrañamente ruborizada, repitió que preparara los tragos y se fue por el pasillo. Él buscó los vasos, extrajo el hielo, y cuando se quitó la corbata y probó el primer trago, Kate había vuelto en shorts grises y una chompita blanca. Whisky en mano, ella se tendió sobre el gran sofá blanco, en un ademán que se sabía reiterado a pesar de verlo por primera vez. Olía a perfume y a jabón, y ahora sus labios estaban gratamente fríos. Entonces él bajó su cabeza y empezó a besar sus pechos y su vientre. Un momento después, Kate le ajustaba la cara entre los muslos, daba de grititos y preguntaba si podía besarla así, pero desnuda.

– Sí, claro.

Más tardó él en responder que ella en desnudarse y quedar tendida aún más plácidamente, sosteniendo con

---

una mano el vaso y pretendiendo con la otra encender un cigarrillo. Pablo entendió al fin por qué ese cuerpo sensual y sinuoso, que parecía despedir chispas de vida y lujuria, hallaba la paz sólo haciendo el amor, pero, eso sí, tras una larga y laboriosa lucha gimnástica, mucho más violenta de lo que hubiera supuesto, a fin de que ella pudiera conseguir su orgasmo. Poseerla era así ayudarla de algún modo a restablecer su equilibrio.

Cuando acabaron de agitarse ruidosamente en el sofá y entraron por turno en el cuarto de baño, de vuelta, medio vestido, Pablo la halló friendo carne en la cocinilla. Kate preparaba la cena completamente desnuda, tranquila, inocente, sin deseo alguno de cubrirse. Iba y volvía del refrigerador como una estatua blanca que se tiñera de verde al pasar frente a la lámpara. Después de servir los platos y el vino, se puso a comer junto a él, con los pechos desnudos y la mancha rubia entre sus muslos, que él veía ahora de modo inocente también, aun infantil, luego de haberle quitado su fuerza, como se quita el proyectil a un arma.

Al volver al John Jay Hall, casi de madrugada, junto con su llave encontró las notas de cinco llamadas telefónicas: dos de Elaine, dos del abogado Mr. Stewart y una de Lillian. O sea que Elaine había recibido la carta ¿eh? Por si acaso descolgó el fono y se propuso dormir lo más posible.

Cuando a la mañana siguiente salió de la ducha lo primero que hizo fue llamar a Braulio, en Austin. Su amigo quedó encantado con el proyecto de venir a Nueva York, intervenir en el programa del club Newman y entregar personalmente al IIE los formularios para el traslado de su beca. Bajando la voz, dijo que el tipo que lo perseguía no parecía centroamericano sino un gringo, cosa increíble, si bien no estaba seguro, porque sólo se había cruzado fugazmente con él. De paso, y a fin de reconfortarlo más, Pablo dijo que le reembolsarían el pasaje del tren. Calló confesarle que él correría con esos gastos, si fuera necesario.

Colgó y en el acto tuvo que responder de nuevo. Era Mr. Stewart, con una aclaración sobre el cheque enviado

por Elaine. Según él, para regularizar el contrato con Woolworth, debían formar en seguida una sociedad. Lillian y Elaine, e inclusive Mr. Stewart, habían tenido la impresión de que Pablo aceptaba ser el tercer socio de la nueva empresa, y como cada cual debía aportar una suma, Lillian simplemente le había prestado los dos mil dólares. Ese era el cheque que debía endosar y devolver, nada más. Pero Elaine se había precipitado en enviarlo sin la explicación que ahora hacía Mr. Stewart. No era un pago, sino un préstamo para que él participara en la compra, una simple formalidad. ¡Vaya modo legal de encubrir a Elaine!

Sin duda el abogado era un experto en contratos, porque respondió indicando un procedimiento viable a cuanto escollo puso Pablo; que no era residente, que era becario, que no le gustaban los negocios, que ignoraba cuánto tiempo se quedaría en el país. Todo se haría provisionalmente con cargo a una ratificación o modificación posterior. Los hermanos de Elaine eran demasiado pequeños para figurar en la nueva sociedad.

Sin embargo, mientras se defendía, cada vez con menos argumentos, sintió que el mayor era su aversión a enredarse en una deuda. Odiaba deber a alguien, y también le disgustaba que entre una mujer y él hubiese un lazo pecuniario, una especie de soborno o truco para portarse bien con ella. Igual como los gringos sobornan a nuestros gobernantes, así hasta sus muchachas aprenden desde muy jóvenes a comprar las conciencias, pensó.

– Pues ya está –dijo Mr. Stewart, zanjando el tema–. Olvídate de todo lo dicho. El dinero me lo debes a mí, a mí, y yo te prometo que con las primeras utilidades, dentro de tres meses, me pagarás los dos mil y quedarás sin deber a nadie, pero como socio de la empresa. ¿Qué te parece?

Tampoco eso le gustó, eran demasiadas facilidades, todas producidas por el amor de Elaine.

– ¿Qué quieres, Paul? –exclamó al cabo Mr. Stewart, en forma cortés, pero firme–. ¿Quieres castigar a una muchacha porque te ama? ¿O quieres que ella deje súbitamente de amarte? Nosotros no mandamos en nuestros sentimientos; tienes que aceptar la naturaleza

---

humana.

– Tiene usted razón, pero le ruego darme tiempo. Contestaré por carta.

– ¿Podrías hacerlo en una semana? Sólo eso te pedimos.

– Muy bien. Adiós, Mr. Stewart.

Pero, solo y en silencio, un asunto como ése le distraía de sus estudios y le obligaba al mismo tiempo a descender en su escala de valores. Desde niño, cuando había condenado las actividades del tío Javier, creía que sólo había dos modos de enriquecerse: con el dinero fácil de un robo o merced al ahorro y al durísimo esfuerzo. El cheque era algo nuevo, un golpe de suerte, es verdad, cosa que él nunca hubiera supuesto; pero, viéndolo bien, también su beca había sido un golpe de suerte, y él la había aceptado. Había, pues, un tercer modo de lograrlo, como si se tratara de una lotería. ¿Qué hacer?

En plena indecisión recibió otra llamada. Era Lillian, siempre afectuosa y gentil.

– No quiero meterme en los asuntos de ustedes dos, Paul. Sólo llamo para decirte que la idea de formar una empresa y de hacerte socio fue mía, no de Ellie.

– Lo sé, Lillian, y te lo agradezco. ¿Cómo está ella?

– No quisiera decírtelo; no llamé para eso.

– Entiendo.

Iba a colgar cuando oyó otra voz, un grito, como un graznido, y la explosión de un llanto que era al mismo tiempo un llamado angustioso.

– ¡Perdóname, Paul! ¡Perdóname! ¡Soy una tonta, no sé hacer las cosas! ¡Sólo te amo, Paul!

– Lo siento mucho, Paul –volvió la voz serena de Lillian–. Ya la has oído, pero no sientas pena por ella; sería lo peor para ambos.

– Tienes razón, aunque ahora sí pónme con Ellie.

Ya para entonces, con esos intervalos, se había disuelto su cólera, y pudo comprenderla mucho mejor. Aún así, repitió que trataría ese asunto sólo con el abogado.

– ¡Sí, sí, juro que nunca más me meteré en cuestiones de dinero!

- 
- Y ahora deja de llorar. Ningún hombre lo merece.
  - ¿O sea que me perdonas? ¡Oh, qué bueno eres, Paul!
  - ¿Yo, bueno? Primera vez que me lo dicen.
  - ¿Puedo ir a verte a Nueva York? Mi maleta está lista.
  - No, Elaine, tengo mucho trabajo atrasado. Si quieres, nos veremos en Easter.
  - ¿Vendrás? ¿Sí? ¿De veras?
  - Seguro.

Ella se despidió con su entusiasmo habitual; nada parecía quedar de la reciente bruma. Pero él sintió claramente que algo se había quebrado, si bien por culpa suya, pues los demás habían actuado con naturalidad, sin esfuerzo, siendo lo que eran, mientras que él había dudado, vacilante, y se había quedado solo, como si su conducta no entrara en los moldes de la sociedad en que vivía.

Retrasó lo más que pudo la respuesta a Mr. Stewart. El aguijón del dinero no deseaba o no podía salir de su carne, tal como había previsto. La tentación era fuerte, dura y cruel, y se abrió paso destrozando lo que hallara en el camino, quizá debido a que su antigua pobreza había creado una especie de culto al dinero, una auténtica adoración que él sólo podía disminuir, pero no eliminar. Pese a todo, nacía una voz en su corazón, al parecer muy sensata: "También el dinero sirve para cosas buenas". Sí, pero debían controlarse mucho inclusive esos gastos para las cosas buenas, nada de abrir las manos ni enseñarlas a derrochar. Uno debía cuidarse del dinero como de un vicio.

Fue difícil conciliar esos principios con la urgencia impuesta por Mr. Stewart. Finalmente, como saliendo de un túnel, le escribió pidiendo que añadiera, en el texto del contrato de fundación de la empresa, dos cláusulas: que de los tres socios fuera él quien tuviera siempre menos acciones; y que el monto de las utilidades, una vez repartidas proporcionalmente a esa participación, no se sumara a sus acciones originales, para así no tener jamás que dirigir la empresa.

Más tarde supo que a Lillian no le habían gustado esas

reticencias: "Parece que este muchacho no vive en el siglo XX, no sabe aprovechar las oportunidades", le dijo Mr. Stewart que había comentado. Pero no por ello se empañó el cariño que Lillian le había guardado siempre. Eso sí, ninguno, fuera de él, había juzgado sus actos como deliberados ni ejemplares.

Eduardo Pareja lo había invitado a almorzar en su edificio de Ciencias Políticas.

– Hola, espérame aquí –dijo su amigo al entrar él, volviéndose y dejando que Pablo tratara de buscar un sitio en el apiñado vestíbulo. Decenas de muchachos y muchachas miraban el televisor y por turno emitían aplausos, gruñidos y rumores. Iba a desdeñarlos dándoles la espalda (¡televisión a medio día, con tanto que estudiar!, pensó), cuando oyó "McCarthy" y tuvo que mirar de frente al monstruo, que no paraba desde hacía semanas diciendo cosas absurdas. Era digno de ver cómo sus frases y argumentos infantiles despertaban tal carga de emociones como un mitin febril. Pronto no sólo él hablaba, sino que en todos los corrillos se había encendido la polémica.

Algunos, en su agitación, se habían levantado para gritar mejor. Pablo aprovechó una silla vacía para sentarse y dejar los libros en sus rodillas, pues aún no se había acostumbrado a ponerlos en el suelo, como hacían sus compañeros. Pero le bastaron unos minutos, oyendo disparates; se puso en pie, y dando vueltas por el sitio, se dijo que había hecho bien en invitar a Braulio y hasta pensó en intervenir él mismo. Esto no podía quedar así. Cuando quiso sentarse de nuevo, ya la silla estaba ocupada; pues mejor, se puso a hablar con sus vecinos y ahí lo halló Pareja, repitiendo frases que le diría a McCarthy.

– Sólo conseguí gin-and-tonics. Salud, viejo.

– Salud.

– ¿Qué te parece tanta gente? La noche del Club Newman caerá de perilla, ya verás. El ambiente es bueno. ¡Y mira, mira, ahí pasan escenas del asalto de los puertorriqueños al Congreso! ¡Pura actualidad! ¿No te

---

dije que era el momento propicio?

– Deberíamos redactar un manifiesto, recolectar firmas, quizá publicar nuestra opinión en algunos diarios de Nueva York. ¿Conoces a algún periodista? –preguntó Pablo.

– Ya veremos después del debate.

– Quizá tú deberías hablar también –dijo Pablo, desviando hacia otro la obligación que sentía.

– No te preocupes. Linda lo hará bien, la he oído otras veces, y no es porque sea mi chica.

– Ojalá –dijo, incrédulo, y acabado el aperitivo, pasaron al enorme y ruidoso comedor.

Cuando volvió al John Jay Hall supo que el ascensor se había estropeado. ¡Catorce pisos a pie! Tras el almuerzo, y con la necesidad de una media hora de siesta, empezó a subir mientras su mente elegía diversos temas para disimular el esfuerzo. Kate no le había llamado como prometiera. ¿Le importaba mucho? Pues sí, una amante, y sobre todo en Nueva York, era absolutamente necesaria, a fin de no perder el tiempo ni el dinero en prostitutas. Nada tan desagradable como la relación de amo y esclava. Ir a un burdel sólo equivalía a un viaje de ida, lleno de ilusiones; el tacto y la vista se disponían a gozar sin medida, ebrios a su modo, y el amo, contando los billetes en el bolsillo, iba a comprar un cuerpo fugaz que le daría, por supuesto, siempre menos de lo que da el amor. Pero ambos fingirían por un buen rato; ella se disfarzaría de novia, arreglando la cama del placer, y el amo pondría sus manos febriles sobre la carne dócil, e incluso, agradecida. Luego vendría el arrebató, la fiebre, el remolino en que volarían juntos, el fugaz estallido de la mente y del tiempo, la eterna sorpresa de cómo era imposible atrapar y esclavizar el placer; se le escurría de las manos como el agua y lo dejaba detrás, distante y frustrado, con el sabor a cobre. Y por fin, se iniciaría el retorno, el vestirse sin las ilusiones del desvestirse, el mirarse mutuamente en los ojos de algún modo corrompidos, y la vuelta a casa, resignado a dormir sin placer y sin amor.

No, se dijo, jadeando por la escalera, a Kate no podía perderla, claro que ambos fingirían amarse y habría

mucho de artificial en las miradas y besos; pero en el momento oscuro y brillante de los cuerpos trenzados, lo había hecho gozar mucho más que Elaine. Él no necesitaba otra cosa, ésa era la verdad. Quizá tampoco necesitaría con el tiempo a Elaine; sólo Lucía quedaba en el futuro. Pero sin Kate la ciudad ajena sería intolerable.

Cuando acabó de trepar, se tendió en la cama más a descansar del esfuerzo que a hacer la digestión. Cinco minutos después se puso en pie de nuevo. Se sentía bien, las cosas marchaban. Entonces llamó a Lima; tenía que hablar con Lucía. Exactamente sin pasarse de los tres minutos, estuvo gritando de contento, oyendo esa voz vivaz y aun sintiendo cómo trabajaba la mente de Lucía, que iba comentando por orden y sabiamente las cosas menores que se habían comunicado ya en sus cartas y preguntando por los cabos sueltos que faltaban.

Hasta le brotaron lágrimas de emoción. Se lavó la cara y se puso a estudiar con ahínco, llenando casi una libreta de notas. Tan bien se sentía que quiso salir a

---

Broadway, a pasear y comer fuera de la universidad. Entonces, sin suponer que era inconsecuente con Lucía, llamó a Kate para invitarla.

– Dije que yo iba a llamarte –dijo una voz dura y casi desconocida.

– Perdón, pero como prometiste y...

– Yo llamaré, descuida, no me he olvidado.

– ¿Y cuándo, Kate? Me gustaría verte hoy.

– Yo te llamaré. Estoy ocupada. Adiós.

Colgó, y al instante, como si la viera por una ventana, imaginó lo que estaría haciendo ella. "Estoy ocupada", quería decir "estoy con un hombre en la cama, no me molestes", y su prisa era la de una mujer interrumpida en su pasión. No necesitó pruebas para convencerse. Así, únicamente se propuso que, cuando tuviera la suerte de recibir la llamada de Kate, la haría gozar lo mejor posible, provocaría y esperaría el orgasmo de ella antes que el suyo, y no la contradiría en nada, a fin de que lo eligiera como a uno de sus amantes regulares. Las cosas eran así, crudas y simples, y así había que tomarlas, ojalá sin contaminarse demasiado. Ardua empresa, como la de aprobar los cursos; pero él confiaba ahora en su buena estrella, así como durante años había sufrido dificultades y obs-táculos.

Vestido como para un compromiso, bajó por las innumerables escaleras y se encaminó completamente solo a Broadway. Compraría entradas para los nuevos y aun lejanos estrenos. Quería tener la certeza de ver Ondine y La máquina infernal.

Era una verdadera lástima, no se veía nada. Las indias orinaban por la calle o encogidas en las sementeras, les daba igual. En cualquier momento detenían su marcha, se pegaban a una pared o a una mata, se acuclillaban armando con sus largas polleras una tienda, y se quedaban en silencio por un minuto, mirando sin mirar. Cuando se levantaban, un chorro culebreaba por el suelo.

---

Pero se inclinaban y levantaban verticalmente, no se veía nada; la india disminuía y recobraba su tamaño, eso era todo, y en sus caras no se leía nada. Una lástima.

Con Leoncia era igual. En medio de su trajín parecía poner atención a su cuerpo; creaba un silencio, y en seguida, dejaba lo que estaba haciendo y corría a la huerta, ganando siempre a Pablo, quien debía correr más cautamente, a fin de elegir, sin ser visto, un punto de observación. Desde ahí la veía como sentada en el aire y mirando los durazneros, o el único laurel. Al levantarse sacudía las polleras y allá volvía a sus quehaceres.

Como él no avanzara mucho por ese lado, esperaba a acostarse. Leoncia casi dormía a sus pies y en algún momento quizá sucedería algo. Aunque entonces parecía suceder justamente lo contrario. Adormecido por el sueño, él sentía desaparecer su cuerpo en la noche aún herida por el lamparín de kerosene. Sus pestañas ya no podían alzar las cosas ni fijarlas en el aire; todas se mezclaban en una penumbra plácida. En ese tibio juego de ojos abiertos y cerrados, las manos de Leoncia lo desnudaban como sin quitarle nada; al contrario, arrojándolo con más sombras y tibiezas. Por un rato, el nuevo olor provenía de ella haciéndose la dormida a su lado, enseñándole a sentir aquella dulce marea, hundiéndolo en un pozo del que ya no quería salir. O si despertaba a medianoche, temblando por el río Grande, lleno y amenazante, que venía por él, quizá había dado un grito; porque Leoncia lo envolvía de nuevo en la oscuridad y él tampoco quería abrir los ojos. Así no podía verla, pero la abrazaba y sentía su largo cuerpo, más poderoso y completo que el suyo.

Por las mañanas, cuando el sol de la ventana era un ojo que lo buscaba y al mismo tiempo doraba el polvo del aire, la veía claramente vestirse; sí, una pollera sobre otra, las blancas de tocuyo y las de colorines, pero tan fugazmente, y como en un juego de disfraces, que no descubría la piel sino en los brazos morenos. Por más que sumara lo visto por las mañanas, apenas surgía una pantorrilla o los pechos de dos palomas que escondían sus ojos. Y eso no era algo nuevo; en el mercado o en la cocina había visto a una india dándole el pecho a su hijo, pero entonces se miraba siempre al crío, vivo y

mamón, en vez de a la paloma dormida.

Por ello, cuando de súbito David y él vieron en la casona de tío Javier, en la primera mañana de llegados a Sihuas, a Elena cambiándose velozmente, mostrándose desnuda por delante y por detrás, ambos rompieron a reír. Pablo descubrió que ella era casi igual a lo que había supuesto, la carne reventando por algunos sitios que daban risa y exhibiendo pelos por unos pliegues oscuros, y eso era todo, pero no mucho. Y cuando se puso delante mismo de las piernas cruzadas de Elena y esperó en vano algún tiempo, de pronto ya ella las había descruzado y vuelto a cruzar en otra dirección. Había algo que Elena ciertamente escondía, pero que también miraba o desafiaba a Pablo, o quizá nacía en él como descubridor del secreto; pero todo eso lo supo sólo tres años más tarde, cuando Elena ya no estaba, por supuesto. El aire se llenaba de su recuerdo y de su olor, pero tres años más tarde, en plena soledad de Pablo.

Un amigo de David dijo algo por entonces, mientras jugaban a los ñocos. Dijo que los muchachos de la escuela debían cuidarse de las dos putas del pueblo, las que vivían por la orilla del río Chico. Uno podía enfermarse si estaba con ellas, pero había también un buen remedio contra esa enfermedad: el muchacho debía esconder en sus ropas la mitad de un limón; así, en el momento preciso en que ella abriera las piernas, debía echar entre sus pelitos unas gotas de limón; si le ardía, estaba enferma y la cosa no podía continuar; pero, si no, todo podía seguir hasta la felicidad. Por una semana, Pablo estuvo acariciando en el bolsillo un limón partido, conforme rondaba la casucha de las dos mujeres flacas y feas, que se burlaban de los niños escondidos entre las piedras del río. De vez en cuando, entraban y salían unos hombres, pero ningún niño. No lo frenaba únicamente esa discriminación, la muletilla "eso no es para ti", sino las figuras de sus padres y de Dios, que se revolvían como pájaros en su cabeza y le impedían decidir en paz. Luego ya no los veía, pero continuaban en la palpitación del pecho, en los nervios a flor de piel, mientras miraba a todos lados, presa de vergüenza. Él no era como ciertos alumnos que se reían de todo, aun de sí mismos; se sentía por dentro muy serio, casi solemne, incapaz de bromear sobre sus deseos. Y la sombra de papá era

todavía mayor que la condena de Dios.

Menos mal que le duró tan sólo una semana; volvió a recordar a Leoncia; si únicamente ella se volviera buena y le quitara esa curiosidad... Porque también había descubierto que, frente al bando de las putas y de sus amigos bravucones, estaban las parejas buenas y tranquilas, que se paseaban al anochecer, rumbo al bosque del camino de Andaymayo, donde sin duda se besaban y tendían en la yerba, sin pensar en ningún limón partido por la mitad. Y había una forma simple de distinguir las que lo habían hecho de las que todavía no, y eso se veía en sus piernas algo arqueadas, según decían los muchachos del quinto año.

Finalmente, Andrés ideó un modo infalible de averiguar cómo estaban hechas las mujeres y se lo dijo a Pablo, a escondidas de David-el-intruso, el que sería gordo mañana más tarde. Ni Andrés ni él podían con los gordos. El huesudo y desaliñado Andrés lo animó con su proyecto de sujetar un espejo en la punta del pie. Andrés andaba descalzo y así le sería fácil mantener el espejo entre sus dedos y presentarse cuando Pablo estuviera conversando ingenuamente con su prima Josefa; en un descuido, Pablo señalaría algo distante a Josefa, y Andrés alargaría el pie, pegándolo casi a los pies de la muchacha, y así descubrirían la verdad. Por unas tardes estuvieron practicando la escena; los nervios se salían por sus manos y el corazón se desbocaba. Por fin vislumbraron algo blanco o rosado en Josefa, y eso fue todo.

Nada de ello valió, no obstante, al despedirse de Sihuas y de Elena. Creyó que nunca la abrazaría ni se apretaría de su abultado pecho, pues sólo hasta ahí llegaba por su tamaño. Subió por la cuesta a verla con cierta pena dibujada en el semblante. Había empezado a despedirse muy temprano del pueblo: de la casona de la abuela, de la oficina que fuera de papá, del sol de Sihuas, de sus pequeños bosques junto a los ríos, de las calles empinadas por donde bajar era una fiesta, corriendo y gritando a través del puente, que, según las lluvias, había sido de cemento o de meros palos. Rozó los dedos de Elena, supo que estaban solos, que nadie miraba, y saltó a su cuello en el instante mismo en que la muchacha lo tomó de la cara. Ella hizo lo soñado, lo besó en la boca,

---

un beso que fue como un viaje por la dulce oscuridad de toda su vida: ella y él, y sus lenguas y alientos, y el fascinante ritmo de su respiración, y cuando la fuerte mano de Elena lo separó y se restablecieron sus tamaños, ella muy arriba, y él abajo, avergonzado, Elena dijo en un susurro: "¡No me olvides, Pablito!", y lo empujó hacia el futuro solitario y ya vacío.

La recordó meses de meses en Caraz, mientras se adaptaba a la nueva ciudad, que no era más un pueblo. Tampoco Leoncia estaba ya con la familia; decían que se había marchado a trabajar en Mirasanta. No solamente debió aprender a dormir en un cuarto propio, lejos de Davicho-el-bicho, sino a mirar de frente la noche, domesticada a medias por los débiles focos, y con la ausencia de una voz que lo sostuviera, de una mano tibia que lo despertara. A todo debía acostumbrarse uno, y así acabó por acompañarse pronunciando en voz alta el nombre de Olga Bolaños, la hija del dentista, menuda, briosa y divertida.

Paseaban juntos por la plaza; no les gustaba tontear de pie en el umbral de la puerta del dentista. Por las noches su nombre se separaba de ella y flotaba en la habitación; parecía otro misterio por resolver. Le había nacido la increíble ocupación de estudiar quién era ella y cómo funcionaba su carácter, muy distinto del suyo, taciturno y silencioso. Quizá sólo pensando en ella empezó a sentir que la amaba, le gustaba apegarse al extraño y magnético halo de su cuerpo, y recibir el brillo de otro pequeño sol, el de sus ojos pardos. Entendió que lo mejor de ella era estar viva y sonriendo a su lado; pero también había en ella el primer y antiguo secreto de todas las mujeres. Tocarla unas pocas veces en cada encuentro, aun de modo inocente, era el prelude de algo desconocido que, sin embargo, podría suceder si ella quisiera. Olga resultaba ser dueña de algo turbador, de un reto para su hombría; pero entendió asimismo que, al defenderse de sus caricias, ella sólo actuaba naturalmente, porque si bien Olga deseaba conocerse más, descubrir su propio secreto, cambiar, en suma, temía el cambio como al mayor de los peligros. Pronto, en menos de seis meses, se sintieron envueltos por esa turbación, por esa extraña fuerza desencadenada por sus besos,

---

algo invisible pero asombrosamente vivo, que los acompañaba. Sin embargo, en el momento preciso, ella o él temía cruzar el límite. Pensando en cómo resolver el problema, si bien incapaz de consultar con nadie (como si se tratara de un problema de matemáticas durante el examen), optó por calmar a Olga, por decirle que no pasaba nada, acariciándola suavemente y llevándola a la campiña. Sin molestarle un ápice, la miraba y estudiaba por todas partes, como a una escultura viva, o a un increíble regalo caído en sus manos. Y todo ello coincidió con la vuelta de Leoncia a casa, por unos días, de paso de Mirasanta a Pomabamba; no volvía a quedarse, sino a "visitar" a la madre de Pablo. Pues bien, una noche halló a ese antiguo bulto dormido al pie de su cama. Las cosas habían cambiado; las tinieblas de la sierra habían sido vencidas, y en todo caso, necesitaba otra clase de compañía. "¡Oye, tú, Leoncia, desnúdate todita y sube a la cama!", mandó. Jamás había hecho eso, jamás la había obligado a hacer algo contra sus deseos. Se preguntaba qué haría ante una negativa, cuando Leoncia, abriendo tamaños ojos de sorpresa, obedeció en silencio, y Pablo, apenas la vio desnuda y enorme, cruzada en la angosta cama, se arrodilló, sediento, dispuesto a adorar a un río espumoso.

Ahora ya podía perdonar los temores de Olga; y además, se dijo, ya era tiempo, pronto su familia se marcharía también de Caraz y había que escoger el momento oportuno. Lástima, eso sí, que el momento oportuno coincidiera con su propia despedida, exactamente como la vez del único beso a Elena. Olga lloró cuando supo de su viaje, pero dos días después, risueña, aceptó y aun organizó la fiesta del adiós. "Será una sorpresa para ti", dijo. Y en verdad lo fue. Lo hizo entrar ella, no la sirvienta; el dentista y el resto de la familia habían ido a Huaraz, a la boda de otro dentista, y tenían toda la casa para ellos solos. Ya se conocían mucho y sus cuerpos se buscaban. En el cuarto de Olga tomaron una sola copa, bailaron nerviosos, y en el momento preciso en que Olga llegó al límite del cual temía pasar, él se encargó de guiarla suavemente, suavemente, porque ésas eran cosas que se recordarían toda la vida y porque no había razón alguna para esconderlas jamás.

## 31

Mientras Pablo recogía del autobús la maleta de Braulio, Mr. Page y Linda ponían al tanto al recién llegado de las condiciones de la invitación.

– El club Newman tiene alojamiento para usted por dos días –le decía el señor Page a Braulio–. En este sobre está el importe del pasaje de ida y vuelta en tren. La diferencia a su favor es lo único que podemos ofrecerle. Su amigo hizo muy bien en decirle que tomara el autobús.

– Sí, el viaje fue bueno y a mí me gustan las grandes distancias– bromeó Braulio–. Gracias, muchas gracias. Pablo me dice que usted hablará también –dijo, volviéndose a la muchacha.

– Como simple aficionada –sonrió Linda.

– Y aquí están los bonos para la cafetería –continuó el señor Page–; si no los usa todos, por favor déjelos en el mismo sobre y entréguelos en la recepción cuando se vaya. Y una última cosa: si vuelve por la noche más allá de las once, aquí tiene la llave.

– Me hubiera gustado venirme del todo para seguir viaje a Boston y quedarme ahí el próximo semestre –dijo Braulio.

– ¿Oh, sí? ¿Te aceptaron el traslado? –exclamó Pablo.

– ¡Te lo debo a ti, hombre! –y Braulio le palmoteó un brazo–. Pero me faltó tiempo para entregar unas

---

monografías en Austin.

Además del traslado, le sorprendió gratamente que el inglés de su amigo hubiera progresado tanto en medio año. No había duda de la inteligencia de ese joven médico. Oyéndolo, uno se preguntaba ahora cómo no hablaba mejor el español.

En camino a su alojamiento, Braulio sonreía satisfecho ante la profusión de avisos y volantes anunciando el debate en el club, en el edificio contiguo. En cuanto estuvieron solos, Pablo lo ayudó con las llamadas al señor Soley y a la universidad de Boston.

– Gracias, viejo –Braulio le dio un manotazo–; vales un Perú, como decía mi abuela.

Si por fuera el club Newman era un viejo bloque de ladrillos, por dentro el auditorio era vasto e imponente, con la cúpula pintada a la moda renacentista, las pesadas lámparas colgantes y los amplios cortinajes rojos con adornos dorados. Poderosos reflectores destacaban el escenario. Abajo, en la platea, menudeaban los gritos hostiles de dos barras sentadas lado a lado. Dejando a su amigo en la recepción, en medio de directivos, Pablo avanzó por el pasadizo hacia el ruidoso grupo latinoamericano. Sí, el ambiente era bueno y agitado; le recordaba, aunque mitigados, los debates en el General de San Marcos. Cuando volvió, Braulio dedicaba casi toda su atención a una muchacha centroamericana muy bonita. Sólo la oyó hablar un instante; ella prefería el inglés.

Pareja tomó del brazo a Pablo y lo presentó a algunos profesores norteamericanos que parecían estar muy al tanto de las noticias políticas de América Latina. Uno de ellos se puso a comentar, de modo extraño para él, la situación “positiva y esperanzadora” de Bolivia, de la que nunca había oído hablar. Luego, todos avanzaron hacia el fondo del teatro, por entre las voces y el mar de asientos ocupados. Una media docena de jóvenes muy altos y con el corte de pelo militar les dieron la mano. Braulio y su grupo se sentaron en primera fila, a la izquierda, y tras un breve intervalo musical en que los altoparlantes ofrecieron un potpourri de música venezolana y mexicana, los oradores subieron al escenario y el speaker anunció el debate entre delegados latinoamericanos y americanos, a tres por cada bando.

Braulio se puso de pie como un resorte y tomó el micrófono:

– ¡Americanos somos todos, señor! ¿Podría usted llamarnos esta noche a unos norteamericanos y a otros latinoamericanos, por favor?

– ¡Sí, sí! –estalló el grupo del fondo y luego el auditorio entero gritó y aplaudió.

El speaker pidió perdón por su error y anunció al primer norteamericano, quien habló gesticulando mucho. Su desagradable voz aflautada traía conceptos tan retrógrados, que Pablo casi abrió la boca, asombrado de que en 1954 alguien pudiera creer que la Unión Soviética

---

manejara a la oposición en Puerto Rico (como si ahí hubiera oposición), o que, yendo atrás, pudiera calificar de comunista la revolución mexicana. Pero más sorprendente aún fue la gran ovación que recibió.

Impaciente, Pablo le hizo señas a Braulio para que replicara al troglodita; pero su amigo prefirió ceder la palabra a Linda. Pablo cerró los ojos, esperando una defensa débil y tonta, pero oh no, nada de eso. Pareja había tenido razón de incluir a su chica entre los oradores. Llevando el micrófono un poco fuera de la mesa, dejándose ver mejor, la chompa ajustada sobre los buenos senos, sonriente en sus ironías y cáustica en sus ataques, ella revolvió sus largos cabellos pajizos, que ya no parecían una inerte cortina, sino un aura viva y a veces violenta para un rostro de veras inteligente y de variadas emociones. Desmenuzó una a una las afirmaciones del reaccionario. Hasta lo ridiculizó por ignorar no sólo la historia de América Latina, sino la de su propio país, pues al parecer había cometido gruesos errores que Pablo no había captado. Y la ovación fue aún mayor para ella.

Sin embargo, el segundo orador del bando rival, un joven de pelo y bigotes negros, con destreza y rapidez, usando latiguillos que se sabía de memoria, aceptó poner a la Unión Soviética de lado, pero dijo que los propios latinoamericanos le permitían a Estados Unidos dominar la región y extraer sus riquezas. La oposición a los regímenes dictatoriales en América Latina se quejaba de que Estados Unidos les impedía la libertad. Pero ¿qué habían hecho los contados movimientos que sí habían logrado instaurar la democracia? ¿No la habían destruido en poco tiempo? ¿Qué medidas de veras antimperialistas habían tomado? ¿Cuál nacionalización de recursos naturales había sido auténtica? Los supuestos demócratas del sur de Río Grande no eran tales, sino simples peones nuevos, que mendigaban el apoyo del Tío Sam, para crear, juntos, nuevas dictaduras. Ellos y la burguesía nacional saqueaban a sus pueblos.

Gritos de protesta por la violenta acusación surgieron del grupo latinoamericano, que casi no deseaba ya volver a sentarse.

– Estoy de acuerdo con lo que usted ha dicho –

---

empezó tranquilamente Braulio, calmando a unos y haciendo inclusive reír a otros. Lento e incisivo en sus juicios, supo también alzar la voz y señalar con el dedo a los oradores previos. Lanzó los argumentos de uno contra el otro y dijo que se anulaban entre sí, que si los demócratas del segundo orador era los comunistas del primero, entonces una vez en el poder todos tenían que boicotear la democracia. Pero que, si no eran comunistas, como él pensaba que no lo eran, entonces se reconocía que luchaban por la libertad de sus pueblos, y que siempre en esa lucha histórica aparecía Estados Unidos en el lado opuesto. Esos hombres con prestigio de auténticos líderes, una vez en el poder, no efectuaban reformas por la oposición del capitalismo nativo, muy ligado al norteamericano, y por la oposición de los ejércitos latinoamericanos, rechazados por Estados Unidos en entrenamientos supuestamente antisubversivos, que simplemente eran antidemocráticos, sin respeto por los derechos humanos y por la opinión de la mayoría de nuestros países, siempre marginada. ¿Por qué en el debate no se hablaba de esa mayoría de indios, campesinos y obreros de América Latina? ¿Y dónde estaba la supuesta raíz cristiana y demócrata de un gran país que olvidaba a las víctimas? La lucha por la independencia latinoamericana –finalizó– tenía el retraso de más de un siglo y medio con respecto a la de este país; ustedes aplauden a Wáshington y Jefferson porque libraron una guerra contra la metrópoli, dijo. Pues nosotros, habiendo acabado una guerra contra España, hemos debido emprender la segunda, contra otra potencia que también nos oprime y que ustedes extrañamente suponen que es demócrata. No necesito decir cuál es el nombre de ese país para que ustedes lo entiendan.

Un nuevo vocerío de agrado y repudio se levantó por doquiera; predominaban los silbidos (valían extrañamente como aplausos, así se lo explicaron). Un sector del fondo no se calmaba. El moderador, casi invisible hasta entonces, se puso en pie y alzó por un buen rato los brazos. Y cuando pareció que toda la sala se había, en efecto, tranquilizado, el tercer orador rival dijo “estoy de acuerdo con Braulio”, y se pasó así espectacularmente

al bando de éste, preguntando:

– Si nosotros hubiéramos nacido en Puerto Rico, si nuestra lengua materna fuera el español, si recibiéramos un modelo de cultura extranjera y una administración que se cree a sí misma superior porque no es latinoamericana, ¿qué haríamos con toda sinceridad? ¿Por qué no se deja hablar aquí a un puertorriqueño? Yo sé que se pretende impedir...

– ¡Sí, sí! –se levantó Braulio– ¡Hemos sabido que el compañero puertorriqueño no puede hablar! ¿Dónde está? ¡Que se ponga en pie!

Un remolino de cuerpos y voces le respondió, y un joven, en efecto, fue alzado en vilo; pero de la otra mitad de la platea avanzó otro grupo, veloz y dominador, que saltó y pareció volar y cubrir al sector revuelto, y ahí empezó una pelea que contagió de diversos modos a todo el recinto. El moderador y sus ayudantes, Linda y Pareja, corrieron a sofocar el tumulto, mientras Braulio era contenido por la muchacha bonita y desconocida. Pronto los profesores más jóvenes rodearon también a Braulio, y le aconsejaron salir discretamente.

– Podemos ir al Lion's Den, de John Jay Hall –dijo uno de ellos–. Pensábamos invitarlos a un buen restaurante, pero si no les importa...

– ¿Tú qué dices, Pablo? –preguntó Braulio, sonriente– ¿Salió bien la babosada, no?

– Yo lo llevo a usted, Braulio –dijo la muchacha, en su español pervertido por la huachafería de hablar sólo inglés–. A mí también me han invitado.

– Vayan por delante, yo avisaré a Pareja y a Linda –dijo Pablo y se volvió; pero alguien lo detuvo del brazo. Iba a zafarse de lo que creyó era la prolongación de la pelea del teatro, cuando una cabellera violenta, castaña, y un perfume provocador lo envolvieron:

– Hace rato que te busco, querido –dijo Kate, abrazándolo, cosa extraña después de su alejamiento–. Me dijo Linda que estarías acá. Te llamé al John Jay Hall, pero habías salido.

– Voy a decir a Linda y a Eduardo que vayan al Lion's Den. Ahí nos reuniremos. ¿Quieres venir? –dijo él.

– Adonde tú digas, querido –y la mirada cariñosa y las manos que no se desprendían de las suyas eran

melosamente gratas. ¡Qué mujer tan rara!, pensó.

Pronto dieron con el grupo y volvieron todos juntos.

– ¿Y Braulio? –preguntó Eduardo.

– Ahí adelante –dijo Pablo.

– ¿Quién es la muchacha que se ha conseguido?  
Suertudo ¿no?

– No sé. Creí que ustedes la conocían.

– Yo no –dijo Linda–; apareció de pronto a hacerle una entrevista.

– ¿Entrevista para qué publicación?

– Tampoco lo sé. Perdona, Paul, pero yo estaba ocupada en la organización.

– ¡Eso a Braulio no le importa! –rió Eduardo.

– ¡Sí, la quiere para otra cosa! –dijo Pablo, mientras Kate lo miraba embobada, como si lo amase–. ¿No podríamos tomar un taxi?

– John Jay Hall está a dos cuadras no más –sonrió Kate–; pensé que volveríamos por acá y me vine con zapatos bajos.

Sí, tan bajos que ahora Pablo parecía más alto que ella. En la fría semioscuridad de esas calles sin tiendas y casi desiertas, la sonrisa de Kate y su aliento parecían no sólo un alivio, sino una bendición. Y más aún cuando ella lo detuvo, le cogió el rostro entre sus manos, le dijo maternalmente “estás muy frío, querido”, lo besó en la boca, y por tanto rato, que Eduardo y Linda tuvieron que esperarlos a que se desprendieran para reiniciar el camino.

– ¿Por qué no eres así todo el tiempo? –sonrió él, agradecido.

– Porque lo perfecto no existe –soltó Kate la risa.

– ¿Sabes que te he echado de menos?

– Y yo también, mi amor, yo también. ¿A ver? Tu abrigo es grueso, pero te falta sweater con mangas largas, no cortas. Y bufanda, tienes que usar bufanda. Mira, casi hemos llegado. Ésa es la espalda de tu edificio.

– Primera vez que vengo por aquí –dijo Pablo.

– Yo también –dijo Eduardo.

– ¿Y el hotel de Braulio dónde queda?

– Hemos venido por un atajo –dijo Linda–; ya ellos deben de haber llegado.

Un minuto después surgió la avenida Amsterdam,

---

luminosa y cruzada de vehículos.

– Me muero por un trago –dijo Pablo.

– Dios te bendiga, dijiste la palabra mágica –lo acarició Kate.

Casi corriendo entraron por el estacionamiento y volvieron a salir, dos pisos arriba, de nuevo al frío de la gran Explanada, y por fin al Lion's Den, una puerta estrecha bajo el aviso de letras verdes. En medio de la penumbra, del humo y de los grupos envueltos por el piano, la risa de Braulio contagiaba a los profesores cuyos nombres y especialidades Pablo empezó a preguntar, intercambiando tarjetas con ellos. La muchacha centroamericana no tenía tarjeta y él no oyó bien el nombre de la agencia de publicidad que editaba su revista; iba a sacar la pluma para que se la repitiera cuando Kate, celosa, lo atrajo a sí y permitió que un joven sin corbata (el único que no la tenía, recordó después) se sentara entre la muchacha y Pablo. A este lado sólo quedaban dos profesores de edad, además de Linda y Eduardo.

– Te felicito, Linda. Estuviste fabulosa –dijo Pablo.

– Te dije que la gringa era buena –dijo Eduardo, con orgullo.

– Me alegro que todo haya terminado –dijo Linda–. Me sentí aterrada en cuanto empezó el jaleo. Braulio y ese chico Murray sí que estuvieron grandiosos.

– ¿Murray, el que se pasó a nuestro bando?

– Eso quisiera hacer yo –dijo Kate.

– Al de los sobrios –dijo Pablo, y todos rieron. Tras de la primera copa, Braulio, cosa rara, vino a despedirse hasta el día siguiente. Unos amigos del grupo lo invitaban a cenar. En efecto, con él salieron tres hombres, pero también la muchacha. Pablo y Eduardo se entendieron con una mirada.

Sí, todo eso recordó, inclusive los sandwiches que comieron, la despedida del segundo grupo al que justamente Pablo acompañó a la salida, porque un profesor enseñaba historia en el Hunter College y Pablo le pidió una cita para hablar de su monografía, sin confesárselo aún, por supuesto. Y volvió a la mesa, oh sí, y Pablo y Eduardo, con otras señales, decidieron emborrachar a Kate y a Linda, aprovechando la agresividad de Kate contra las mujeres que se dedicaban

---

a la política, y el afán de Linda por enseñarle a Kate en qué época del mundo vivían. Así, bebieron menos que ellas y aun se pusieron a proyectar otros debates como el de esa noche. Pablo recordó haber acompañado a Eduardo y a Linda hasta el subway, y luego, ya con Kate, solos por la calle medio desierta, rumbo al departamento de ella. Kate pretendía caminar sin ayuda y decía que aún le faltaba mucho para emborracharse. Arriba, otro recuerdo nítido fue desnudarla, sin conseguir que callara, y meterse juntos en la ducha; repasó sus manos por las ondas del largo cuerpo de Kate, mezcla de pan y de un río de sangre. Y cuando ella volvió a la lucidez, si bien tardó en alcanzar el orgasmo, él la había ayudado desde el comienzo, hasta que Kate creció en la habitación como los grandes monumentos a las mujeres griegas o romanas en las plazas, y ella gritó y roncó, desafiante, para acabar jadeando y riendo, mimándolo entre susurros y durmiéndose de súbito, como se duermen las niñas. Todavía Pablo se levantó a medianoche, sí, recordando que a ella no le gustaba que se quedara a dormir; pero Kate dormía de modo tan inocente y dulce, y la habitación estaba tan tibia, que volvió a meterse en la cama. Hasta que ella siseó con fuerza una sola vez, y casi no lo dejó vestirse. Lo empujó al ascensor con el saco y el abrigo al brazo, y ella, desnuda, esperó en el pasadizo a que se marchara. Muda, le indicaba que cuidadito con hacer bulla y con despertar al portero, que eso nunca debería suceder, nunca.

Pero quizá no recordó todos los detalles de su vuelta; eran las tres de la mañana y él se caía de sueño, si bien no hubo nada especial que recordar sino llegar al piso 14 del John Jay Hall y tumbarse de nuevo, olvidado y feliz.

Cuando lo despertó por teléfono Mr. Page, la verdad es que le pidió identificarse. ¿Quién era Mr. Page, podía ser más preciso? Mr. Page, del Newman Club. ¡Por supuesto, anoche habían estado juntos! Que, por favor, disculpara, acababa de despertarse. No, él ignoraba dónde estaría el señor Braulio Arias. ¿Cómo, que no había dormido en el alojamiento del Club? Bueno, Pablo lo había visto salir del Lion's Den con unos amigos y con una

muchacha. Pero debería de haber un error, porque la señorita centroamericana estaba ahí, con Mr. Page, y ella había dejado la noche anterior a Braulio en el restaurante, con dos señores cuyos nombres no recordaba. El señor Arias le había pedido a ella que estuviera a las ocho de la mañana en el alojamiento, pero ya eran las diez y él no aparecía.

– Póngame con la señorita, por favor.

Mr. Page tardó más de la cuenta en avisar a la muchacha y finalmente volvió a ponerse él, diciendo que al parecer la chica se había marchado de súbito. No había modo de encontrarla.

– Hablaré con la señorita Linda Johnson y volveré a llamarlo –dijo Pablo, como salvándose del asedio.

– Ya hablé con ella y tampoco sabe del señor Arias.

Colgó. ¡Braulio, el irresponsable! ¡Sin duda había pasado la noche con la muchacha, y ahora ella, muy hipócrita, muy latinoamericana, había ido a buscarlo para fingir compostura! Pero, un momento. ¿Con quién iba a reunirse esa mañana? ¿No había hablado de ir a Boston? No, eso no. Él lo había conectado con el señor Soley, de las Naciones Unidas, pero ignoraba si había surgido una cita de esa conversación.

Sin embargo, Braulio podía cuidarse solo, ¿verdad? ¿Por qué tanto barullo? Él había cumplido con facilitar el viaje y ahí acababa su labor. Justamente esa conclusión lo llevó a clase de once y a olvidarse del asunto hasta que, a mitad del almuerzo, teniendo a un lado las costillas de res y al otro el libro de Robertson, tan releído por el propio Prescott, vio de pronto la cara cuadrada y las cejas pobladas de Eduardo Pareja.

– El jodido no aparece –dijo–. He visto su maleta despanzurrada y la cama intacta. No volvió al hostel.

Pablo tuvo que resumir los detalles, quizá para sí mismo:

– Salió del Lion's Den con la muchacha, con dos profesores y con un tercero sin corbata; parecía un estudiante, me acuerdo bien.

– O sea que con cuatro personas ¿ya?

– Aquí tengo la tarjeta de los scholars. Mr. Page conoce a la muchacha.

Linda surgió en ese instante, trayendo una bandeja

---

con dos tazas de café:

– ¡Hola, Pablo, qué bueno que tengas las tarjetas! ¡Dámelas, me falta confirmar un dato! –y la rubia, que ahora se había recogido el pelo en una cola de caballo, desapareció.

– ¿Y la chica morena? ¿Periodista o simple cachera? – preguntó él.

– Linda ya tiene su nombre y llamará a la revista de modas –dijo Eduardo.

– ¿De modas?

– Sí, pero que también publica artículos políticos. Por eso entrevistó a Braulio sobre el tema de la conferencia.

Linda volvió resoplando, con el tercer café, sin duda para Pablo.

– Uno de los profesores se despidió de él antes de llegar al subway –dijo Linda–. El otro cenó con él, pero se retiró temprano, dejándolo con un hombre joven y con la muchacha de la revista, que al parecer se conocieron entre sí sólo esa noche. Punto. Y ahora Mr. Page nos ruega a los tres que vayamos al hostel.

Pero cuando llegaron a la habitación vacía y con la maleta despanzurrada sobre la cama, y más aún, cuando Mr. Page les mostró el pasaporte huérfano, que Braulio había dejado en la recepción, Pablo no pudo recordar más. El saqueo de su memoria pareció haber concluido, si bien todavía los mismos recuerdos, cada vez más voluntarios y menos precisos, volvieron y se despidieron, quedando la figura del joven gordo, de anchos bigotes y menuda sonrisa, jamás callado, lanzando frases como un esgrimista maneja la espada. El vacío salió del dormitorio, avanzó por el largo pasadizo, llegó a la recepción y huyó a la calle, perdiéndose en la mañana brumosa y miserable. El vacío y el recuerdo de un amigo fugaz, casi aéreo. Y entonces sintió el mismo agujijón en el pecho de la primera vez que Braulio contó que lo perseguían: el agujijón del miedo y luego la pena, en ese orden. El miedo a mezclarse en problemas que podrían arriesgar su beca y precipitar el viaje a Lima, adonde no quería volver aún; y la pena, como un ojo muy abierto, el testigo que no da tregua, y otra vez el miedo a las pesquisas, a las declaraciones. Quizá sólo se adelantaba a los hechos, faltaba averiguar en las docenas de

hospitales y asistencias públicas de Nueva York; tal vez se trataba de un accidente y nada más. Pero cuando Mr Page dijo que el Club había averiguado que no estaba en ningún hospital ni en ninguna asistencia pública, entonces Eduardo y Linda lo miraron exclusivamente a él, a Pablo, como si tuviera la llave del laberinto, la pieza faltante del rompecabezas. El agujón del vacío, que no puede ser una ausencia. Y entonces vio o lo supo de algún modo: las figuras de su padre y de Braulio se habían encontrado. De súbito, se creyó dueño de alguna experiencia frente a sus amigos neófitos. Y habló y contó lo que sabía por las llamadas telefónicas de Braulio.

– ¡Imposible, acá no pueden pasar esas cosas! –oyó la rotunda protesta de Linda.

– Raro, pero no imposible –dijo Eduardo.

– ¡Seguiremos investigando, esto no puede quedar así! –dijo Mr. Page– ¡Es escandaloso!

Pablo empujó a sus amigos a la calle, pero todavía Eduardo como que le hizo el favor de preguntar en su nombre:

– ¿Y quién denunciará la desaparición, Mr. Page, ustedes o nosotros?

– El Club ya lo hizo, joven. Creo que nos tocaba ¿no? –dijo Mr. Page.

Pablo se sintió aliviado.

– Por supuesto, bien hecho –dijo Linda–; y estamos a su disposición si nos necesitan.

– Pero, por favor, que esto no trascienda –dijo Mr. Page–; tengan cuidado, muchachos.

El agujón del miedo volvió. Ya somos dos, pensó Pablo, si bien, como reacción última, se sacudió de esos sentimientos negativos y sonrió:

– ¡Pero a lo mejor el loco de Braulio está sano y salvo en alguna parte, y volverá riéndose de nosotros!

– ¿Lo cree usted? –enarcó las cejas Mr. Page.

– Es medio loco, pero no tanto –dijo Eduardo.

Los tres amigos se despidieron del hombre huesudo y alto. Pablo disimulaba el malestar de haber sido utilizado por la suerte para atraer a Braulio desde Austin. ¿O sea que todos nuestros actos, por pequeños que fueran, entrañaban un misterio? ¿Cómo serían entonces los actos trascendentales de la historia?